

De los locos, locuras



Servando Blanco Déniz

De los locos, locuras

Servando Blanco Déniz

De los locos, locuras

Segunda edición

e-libro.net

Primera edición virtual y en papel, e-libro.net, 2001

© 2001, por Servando Blanco Déniz

© Segunda edición virtual, e-libro.net, Buenos Aires,
julio de 2004

ISBN 99934-70-16-3

A mi madre
y
a mi padre

ÍNDICE

Primer capítulo	7
Una historia cualquiera	149
Último capítulo.....	202
Epílogo.....	206
Addenda	208

Antes de empezar a escribir este librito, he estado dándole vueltas al magín sobre ello dos largos meses, tiempo que personajes como los Sres. Erasmo, Eco y tantos otros, han tardado en escribir sus grandes obras, pero luego, lo he escrito hasta la addenda en seis días, pues la noche del sexto, para amanecer el séptimo, hube de dormir, ya que así nos lo prescribió Dios Padre (cf. Gn 1 1-3; 2 2-3) pues ya dijo Jesucristo, que el Padre, hasta el día de hoy seguía trabajando, por lo que a lo mejor el cielo es puro trabajo; aunque algo no hice bien, que se me subió la TAS a 180 mmHg, y supongo que también la diastólica, lo que a lo mejor pudo ser por estar hablando mientras la máquina me la tomaba.

PRIMER CAPÍTULO

I

“¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo que hacerlo!”, me repetía continua y obsesivamente, mientras me dirigía en un vuelo mañanero a Santiago de Compostela. Viajaba con los *free*: descuentos especiales por ser mi hermana Saso azafata.

El viaje fue sin incidencias dignas de mención. Al llegar a la terminal, cogí un taxi, el cual me llevó hasta justo donde había una pensión, la que previamente me había recomendado desde Gran Canaria, un acaudalado vecino amigo de mi madre. Una vez allí, el posadero me asignó distintas habitaciones de cada vez: la primera, de tamaño medio, estaba bastante bien, muy bien diría yo, pero estuve en ésta muy poco tiempo, y enseguida me asignó una de dimensiones tan ridículas, que si abría la puerta del ropero, no me podía meter en la cama, pues aquella tropezaba con ésta.

Esto no era todo, sino que además a modo de ventana tenía un ventanuco diminuto que daba a un patio interior, o mejor decir, a un pasillo techado por el que se comunicaban todas las habitaciones, y si a eso sumamos que yo fumaba más de dos paquetes de cigarrillos (negros) al día, ya supondrán que me estaba asfixiando de continuo en aquel cubículo inmundo; fue por ello, por lo que salí casi corriendo y fui a ver al carismático posadero y mejor negociante. Cuando lo hallé, le dije lo que me pasaba, a lo que me respondió que ya me estaba buscando otra.

A tener en cuenta, es que en nuestra presentación, le hice mucho hincapié en que quería saber el precio de la habitación que me iba a asignar, de cuyo tema quiso desviarme, pero como seguí insistiendo, él medio se picó y enfadó sordamente, ya que por lo visto le di donde le dolía, como supuse desde que lo vi por primera vez. Como pueden deducir, el principio de nuestra relación no fue nada halagüeño.

Desalentado con el recibimiento, me fui a buscar algún piso donde quedarme; la verdad es que sólo busqué uno, y me pareció adecuado, a pesar de ser una buhardilla con el típico techo inclinado, y lo cierto es que vivir en un cuarto así, y sin ropero, no debía ser muy agradable según pensé. Mi compañero de piso, sería un licenciado en Medicina. Teniendo en cuenta lo poco que a mí me gusta buscar donde alojarme, le dije que probablemente me quedara con el cuarto. El precio, aunque no lo recuerdo, no era excesivo, y yo por primera vez en mi vida, empezaba a manejar di-

nero, pues mi madre me había asignado 50.000 pesetas de sueldo mensual, todo un ‘capitalazo’, sobre todo si lo comparamos con las veinte mil que hasta entonces había sido lo máximo que yo había manejado, y no les digo nada lo canutas que las pasé durante muchos años con solo diez mil pesetas para todo, ya en la década de los ochenta. Casi a punto de cerrar el trato con el médico, me fui muy contento a buscar mis bártulos a la pensión donde los había dejado; en eso, el mesonero del San Jaime, que así se llamaba su restaurante, me dijo que ya me había encontrado una habitación; ésta era viejísima, aunque eso sí, en el mismo centro del casco antiguo. Al subir la escalera para llegar a ella desde la calle, la mezcla del olor a moho, rancio, cerrado y añejo me atacó a la pituitaria, y sentí una ligera repulsión; así y todo, al ver la doble habitación con tres camas, cuyo precio no recuerdo con exactitud si era trece mil, o diecisiete mil pesetas, la cosa es que sin saber por qué, acepté. Para mi gusto, ya estaba cansado de buscar dónde quedarme ese, esperaba y estaba seguro que sería mi último año de estudiante. Otra cosa era la comida, la cual, también la ofrecía el amo de aquel sector de la ciudad: el almuerzo me salía por unas doce o trece mil pesetas, acerca del cual, le dije que me parecía un poco caro, pues estaba acostumbrado a pagar cinco mil pesetas por éste, a lo que me respondió que si estaba loco, que eso, había pasado a la historia, y que además, allí, en su restaurante, tenían hasta camarero...; “para lo que a mí me sirve éste”, pensé. Al final terminé aceptando, sin saber por qué,

seguramente fue porque el carismático dueño me convenció ya que como les dije, nunca ha sido lo mío el buscar alojamiento.

Lo primero era instalarme en mi nueva habitación, cosa que hice rápidamente, sin casi abrir la bolsa y la mochila, bultos únicos de que constaba mi equipaje. Seguramente me dediqué a fumar mientras hacía tiempo hasta la hora de la comida, la que me pareció buena, si no abundante, es más, más bien era parca en cuanto a cantidad se refería; poco después también me percataría de la escasez de calidad, pero esto lo aprecié no en ese instante, sino al poco tiempo, con el paso de algunos días.

Aún faltaba aproximadamente una semana para que empezaran las clases, por lo que me dediqué a pasear por La Alameda, lo que me encantó, pues había una feria del libro montada, por lo que me dediqué a dar paseos desde la pensión hasta allí, y en cada paseo me compraba un libro, de los que hasta entonces creía que eran los mejores; con el tiempo me percaté de que estaba con algunos en un gran error, pero en ese momento me parecieron los mejores. Lo bueno era que ya tenía lectura para esos primeros días muertos, así que me encerré a leerlos; la “Doña” de la pensión, que posiblemente ya esté muerta (q.e.p.d. la buena señora), me iba contando anécdotas suyas con otros estudiantes, entre las que me decía, que al principio en mis habitaciones se llegaron a quedar hasta cinco chicas, y muchas de ellas, alumnas de Farmacia, que era precisamente, la carrera que yo me disponía terminar, pues en La Laguna me era

imposible acabarla como a mí me hubiera gustado; ahí la había empezado y ahí había deseado terminarla, pero ahora estaba en Santiago y debía aceptar las condiciones que los profesores me impusieran.

Nada más empezar las clases, me presenté a los profesores, recordando que un amigo en una residencia de estudiantes en la que había vivido hacía un par de años, me había dicho que su tío había sido el primero de su promoción, y que siempre, antes de empezar las clases, se presentaba a los profesores. Uno de ellos me dijo que aunque no era seguro que me pusieran su asignatura de más, era aconsejable que fuera por clase, a quien le respondí que iría. Posteriormente vería como no iría a casi ninguna clase de él, bueno, más que de él, de sus subalternos. Así pues, tan sólo iba religiosamente a las clases que venía arrastrando de La Laguna: “Bromatología y Toxicología” y “Galénica Especial”; a éstas sí que iba, pasara lo que pasara.

Les comentaré, que estuve arreglando papeles de traslado y convalidaciones de asignaturas hasta casi el final del año, pues no eran iguales las normas en las dos facultades.

Cuando ya empezaron las clases, no quería que un profesor al que no me había presentado me cogiera de improviso, así que lo vigilé tras una esquina a la salida del aula, con tan mala suerte, que en ese momento aparecieron, detrás mía, los decanos de Santiago y La Laguna, de Farmacia: “¡Vaya hombre, bien empezamos!”, pensé bastante acongojado, enfurecido y cabizbajo.

Ya por ese entonces, mi estado de tensión era máximo, pues todo era nuevo para mí, y la carrera se me estaba haciendo interminable.

Al Decano de Santiago ya me había presentado para ver si me iban a poner dos asignaturas más de las que traía de La Laguna como había oído, cosa que me ocurrió, o sea, cursaba con cuatro asignaturas, casi un curso completo, con lo que mi estrés seguía en aumento.

No tenía allí ningún amigo ese nuevo año, salvo dos conocidos, bueno, en realidad era uno al que conocía de vista de La Laguna, el otro era un amigo de él, gallego, que estudiaba en Santiago; lo cierto es que me aferré a ellos como a un clavo ardiendo, y con ellos salí unas cuantas noches, pero en esas salidas, lo curioso del caso, era que ellos pagaban las tazas de vino, lo cual les salía por unas doscientas pesetas el total de cada ronda, y luego yo pagaba las copas “duras” en las discotecas y pubs, con lo que la broma me salía excesivamente cara, por lo que opté por no salir con ellos, aunque me quedara solo. De todas maneras, el ‘amigo’ de La Laguna se iba en poco tiempo a Las Palmas, “a luchar de duro, pues si no estás perdido”, según me decía; le respondí, que probablemente esto sería lo último que haría, aunque sabía que terminaría perdido, lo cual me causaba una gran tristeza y desazón, pero también es verdad, que estaba más que quemado del mundo en que me desenvolvía.

Por otro lado, ese era uno de los grandes dilemas que me planteaba: qué hacer después de terminar; lo que fue una gran bobería plantear-

melo, ya que nada de lo que pensaba se cumplió. Ninguno, absolutamente ninguno de los planes hechos se cumplió (los designios del Señor son inescrutables).

En el comedor de la pensión, en la parte en la que comíamos los que lo hacíamos con el plato del día todos los días, iba observando a los otros estudiantes, que si bien se las daban de intelectuales, eran a mi poco entender, unos chorizos totales, y que ellos me perdonen, pero eso es lo que me resultaban.

Un servidor, según parece, tenía cara de pocos amigos. Siempre me sentaba en la misma mesa, solo, en la que me tomaba la invariable sopa de primero, un segundo que variaba entre un total de siete u ocho platos, y la fruta: las manzanas de la variedad más pequeña que se pueden encontrar en el mercado, elegidas por el dueño una a una, debía ser así, si no, era imposible que fueran todas siempre tan pequeñas; la sopa, posiblemente llevaba algo de harina, pues de algo tenían que ser los colgajos que se veían en ella.

Me sentía solo, y realmente estaba solo, pues no me comunicaba con nadie en las clases, y si lo hacía, lo hacía con el menor número de palabras posibles, pues tal como me repetía a mí mismo, estaba allí para quitarme de una vez la maldita carrera de encima, la que ya me estaba costando demasiado tiempo y dinero, y no había ido allí precisamente a estar de jolgorio.

Las primeras semanas, pasaron con gran estrés, por lo que pregunté en el 'restaurante' dónde podría hacer deporte, a lo que me respondieron

las cocineras que en La Alameda, donde fui un par de veces, pero me cansé enseguida, por lo que dejé de ir. A destacar, es que por el paseo al que me dirigía a mi casa desde la Facultad, veía a un señor mayor vestido de tal guisa, que se me metió en la cabeza que era un tirolés como los que salían en las barajas con las que jugaba cuando era pequeño, con su gran chiva y bigote, que daba la sensación de no hacer nunca nada, pues siempre estaba a la puerta de un establecimiento que sospechaba que era suyo; este local estaba destinado a la venta de *souvenirs*. Si era suyo, no lo sé, aunque creo que sí, pues si no era extraño que siempre fuera tan bien vestido, y que encima tuviera un todoterreno como coche; “¿de dónde sacará el dinero para esos lujos?”, me preguntaba, ya que la tienda estaba siempre vacía.

Siempre que volvía de clase para ir a comer, el dueño del ‘restaurante’ me daba la espalda; por qué, no lo sé, a no ser que fuera por el mal comienzo de relaciones que tuvimos, pero lo cierto es que esto no me causaba mucha tristeza, pues a él lo consideraba como un enemigo, ya que era claro que lo único que le interesaba era el dinero, y cuantas más ganancias mejor. Este feo acto suyo era constante, de tal forma que siempre que me veía en la calle, ya fuera mañana o tarde se daba la vuelta, estuviera haciendo lo que estuviera haciendo, que solía ser, el estar jugando al fútbol con los niños en la acera, lo que yo me decía que era simplemente un acto para la galería, para que no pareciera que todo en él era dinero y sólo dinero.

Pero bueno, vayamos de la periferia a la Facultad, en la que como dije no hice casi amistades, hasta el punto que sólo hubo una chica con la que algo hablé, de la que se me ha olvidado el nombre, con quien entablé una débil amistad, pues en parte se parecía a mí, en cuanto al uniforme se refiere, ya que siempre llevaba el mismo conjunto en tonos negros; yo iba con vaqueros azules de pinzas y un jersey, ambos siempre eran los mismos, aunque la camisa y la ropa interior, sí la variaba todas los días; a veces me ponía una camisa térmica que me había traído mi hermana, la menor: Piluca, de Londres (la que había ido allí a perfeccionar el idioma de la carrera que acababa de terminar, cuya estancia se costeaba trabajando de camarera), aunque ésta me quedaba un poco estrecha.

A destacar, el que me extrañó mucho el aspecto de un profesor, creo que ya entrado en años, pues por sus rasgos no sabría decir si era sesentón largo, lo cierto es que supuse que era el mayor genio visto en mi vida, aunque su aura no era colorado-rojiza o blancuzca como la de la mayoría de los genios vistos por mí hasta entonces; se trata, sin lugar a dudas, del Dr. Creus, Juan José María de nombre, para más señas.

De este profesor se decía que era muy buena persona, y así lo creía yo, pues era evidente, lo que no estaba tan claro, era a lo que se dedicaba, al margen de las cosas de la Facultad, en donde llevaba la secretaría del decanato, y que era el mandamás del departamento que yo más temía, el de Bromatología y Toxicología.

El resto del profesorado, no era en absoluto carismático, había desde licenciados, algunos hechos unos malvados a la zorruna, hasta ciertos profesores ya aburguesados que eran catedráticos.

El decano parecía que se estaba muriendo en vida, pues tenía cara y pinta de persona demasiado preocupada, a la que le desbordaban los problemas.

También había jóvenes recién licenciados, unos serios, y otros más bien lo contrario, hasta diría que drogadictos y juerguistas.

Empecé a asistir a clases (a las que iba), y me esforcé a toda hora por pasar desapercibido, y si no lo conseguía, lo sería por cumplidor; sé que lo primero es difícil, pues mi altura me traiciona, ya que mido aproximadamente 1'90 m. aunque según la talla del cuartel era de 1'86 m.

Las clases me parecían aburridas, posiblemente porque ya la carrera me parecía aburrida, y lo único que pensaba era quitármela de encima, aunque luego no supiese qué hacer.

Aún no había abandonado totalmente mis lecturas al margen de la carrera, si bien ya estudiaba las cuatro asignaturas, haciendo más hincapié en las dos citadas: "Broma" y "Galénica".

En cuanto salía de clase, me iba a comer al restaurante, donde ninguno de los jóvenes estudiantes se acercaba a mí, lo que a su vez también me estresaba, aunque yo estaba convencido de que para estudiar hacía falta un poco de estrés, pero no dejaba de reconocer que tenía de éste en exceso.

El único que se atrevió a sentarse a mi lado fue Luis, un señor de aproximadamente sesenta y pocos años, empezó así:

—¿Puedo sentarme en esta mesa?

—Siéntese —le respondí escuetamente. Y aquí empezó una pequeña gran amistad, tal que diariamente, después de comer, nos íbamos juntos a tomar el cortado a otro sitio.

De entrada, me dijo que él era un ex ejecutivo de Ruiz Mateos, y que era ex director regional de banca; con esto ya me hice un bosquejo de lo adinerado que debía ser, así que empecé a decirle, que yo no quería tener mucho dinero, mas que nada porque los ambientes de mi padre, que él sí tenía también dinero, no me gustaban nada, era más, los detestaba.

El cortado después de la comida no solía fallar, aunque yo, la mayoría de las veces, iba a tomarme primero otro al bar que había en la calle paralela y casi a la misma altura de donde comíamos, y allí leía los periódicos locales y luego llegaba a mi casa donde me cambiaba los zapatos viejos que llevaba a clase, por unos más nuevos, aunque fueran éstos de mucha peor calidad, pues me daba vergüenza que él me viese con los otros zapatos tan rotos.

Durante el cortado el que más hablaba era un servidor, y eso que sentía unas ganas irreprimibles de que él me contara su vida, pero Luis, se hacía sobre esto el loco, es más, en una ocasión me dijo:

—¡Ah! Lo que tú quieres es que yo te cuente mi vida.

Lo que me extrañó sobremanera, puesto que casi se lo había pedido con palabras, más que inducirlo a ello, pero no me dijo mas que estaba separado, y que ahora vivía con otra mujer, Begoña: 'Bego', según la llamaba él, lo que a mí me encantó, pues me dije que siempre había tiempo para el amor, y me daba la razón sobre el que a los ejecutivos les está impedido el querer bien a una persona, pues están más pendientes de su propio ego, y su bolsillo, que de la persona que tienen al lado; de todas formas, estas conjeturas las hacía yo por mi propia experiencia, demasiado corta por aquellas fechas.

Le dije a Luis que en Canarias tenía una novia, pero que sinceramente no me volvía loco, que era más, que casi no me gustaba más que su físico y su forma de vestir.

Entre unas y otras cosas, Luis me comentó, que su ex mujer tenía un hermano abogado, y que eso era un gran *handicap*, pues probablemente ella se llevaría un buen tajo.

También me decía, por mí tanto como por él:

—El pastel es siempre el mismo, y cada vez somos más a repartir.

A mí, aunque me aceleraba muchísimo su compañía, pues lo suponía un pez gordo, y yo simplemente un estudiante, y fracasado, a lo que tenía tanto pánico, y por lo que luchaba para evitarlo lo más posible, su compañía me gustaba enormemente, siendo la única persona con la que hablaba algo; también le decía que echaba de menos mi tierra, que aunque allí no lo había tampoco

pasado hasta entonces bien: “el terruño siempre tira”.

También me dijo que José María Ruiz Mateos, era un buen jefe, pero al que sólo le interesaban las ventas; y me dejó entrever, por unos breves instantes, cómo era su imagen ante el jefe supremo de la compañía.

Luis C, se convirtió en mi mejor amigo de Santiago, y diría que él casi me trataba como a un hijo. También me dijo, que sus amigos durante su época de ejecutivo, lo eran porque él era siempre el “paganini”, según su propia expresión y que siempre se creaban a su alrededor celos y envidias.

Luis me caía bien, pues parecía una buena persona, al menos lo fue conmigo.

Antes de las Navidades, no recuerdo si tuve o no algún examen, aunque me imagino que alguno caería. Seguía angustiado con el estudio, al que dedicaba la casi totalidad del día, pero era tan grande la tensión nerviosa, que me costaba una barbaridad concentrarme, no consiguiéndolo siempre.

Allí los estudiantes salían de juerga los jueves, y al día siguiente se iban a sus hogares los que vivían relativamente cerca, por lo que los viernes había mucha menos gente.

Luis me decía que si yo no salía, a lo que le contestaba que no, que debía evitar las juergas, ya que yo había ido allí para acabar la carrera, y no para salir de juerga, que ya tendría tiempo después de acabar.

Mi gran lujo, era ir a cenar un par de huevos fritos con papas (o patatas, como allí las llaman) y una cerveza pequeña, y aún así, esto sólo los sába-

dos, que era el único día en que hacía esos extraordinarios; iba a comérmelos a un bar de trabajadores al que iba muy poca gente, escondiéndome por el trayecto de todos, para que los profesores no me vieran en la calle y pensasen que no estaba estudiando, por lo que sacaba también el portafolios, para disimular, y así si por casualidad alguno me veía, creyese que venía o iba a estudiar.

Hasta ese entonces nunca me había ocupado de esas cosas, pero ahora todo era distinto, y encima mi carácter se estaba agriando; hoy sé que hice fatal, pero en esa época, pensaba que era lo más idóneo. Fueron estupideces de juventud.

En clase, había aceptado ir voluntario a las prácticas de laboratorio de las dos asignaturas que me tenían atragantado: en las de Bromatología fui monitor, es decir, nos enseñaron los profesores las prácticas y nosotros las debíamos explicar a los otros alumnos; no sé cómo pasó, lo cierto es que en el sorteo, me tocó el preparar los reactivos que los otros compañeros debían utilizar; para mí fue mejor, aunque estaba el inconveniente de que sería el único alumno que estaba en todo el laboratorio cuando me tocara, por lo que era más difícil pasar desapercibido, si cabe. Éramos dos a preparar los compuestos, uno cada semana, creo recordar; era pues, cuando me tocaba, el centro de todas las miradas de profesores y doctorandos del departamento.

El material del laboratorio para los estudiantes, no era ni mucho menos bueno, casi más diría lo contrario, o al menos muy viejo y estropeado.

Esto duró aproximadamente un mes y pico.

Así iban transcurriendo los días y las noches, las cuales se hacían largas, pues robaba a éstas bastantes horas, que luego devolvía al sueño en las primeras horas de la mañana. No obstante, he de hacerles notar, que el sueño era bastante irregular, debido a la tensión emocional y fisiológica que llevaba.

Un gran acontecimiento ocurrió en el comedor, y es que empezó a ir a comer una chica guapa y marchosilla; en principio se sentaba con un 'pijito' que estaba estudiando Derecho, quien se veía que manejaba dinero, cosa que yo aunque pudiese, que no podía, no hacía.

Le dije a Luis que esa chica me atraía y él se ofreció a presentármela, lo que me dio mucha vergüenza, por lo que le dije que no; así y todo, a los pocos días pasó por mi pensión a buscarme para ir a tomarnos el cortado diario, llamándome en voz alta desde la puerta de entrada, alargando la última vocal de mi apellido: "¡Fijoleiiiiis!" que era la parte de mi nombre por la que él me llamaba y cuál no sería mi sorpresa, cuando al asomarme a la baranda de la escalera la veo a ella también.

—Ahora mismo bajo.

—les dije, y aunque el corazón me dio un vuelco, intenté no demostrarlo.

Cuando bajé, les dije a ambos:

—Hola, ¿qué tal?

Nos fuimos los tres al bar que por esas fechas solíamos ir, y tomamos nuestras respectivas bebidas: Luis su cortado descafeinado, y Totó (que así se llamaba ella) y yo, cortados con cafeína.

Estuve hablando con Luis casi una hora de política, de que se estaba empezando a olfatear una guerra, a lo que él no sé si me creía o no, lo cierto es que me dejaba hablar, quizás porque sabía que necesitaba desahogarme, ya que sabía que era con la única persona con quien me relacionaba.

Al cabo de un rato, que calculo que podría ser una hora, como ya dije, inesperadamente, Luis dijo:

—Bueno, me tengo que ir, así que los dejo a los dos. Hasta mañana.

Nos dejó solos y como yo no sabía qué decirle a la hermosa joven, le largué lo primero que me vino a la mente, que fue:

—Mira yo contigo no sé de qué hablar, pues con Luis hablo de política, pero contigo no sé me ocurre de qué.

Ella no contestó nada, pero era tan guapa, que sólo con verla me bastaba. Su auténtico nombre, era Dolores, y aunque no sabíamos de qué hablar, nos pasamos juntos más de media hora, haciéndole preguntas a ella, mientras la miraba y remiraba diciéndome para mis adentros: “¡Que chica más guapa!, si fuera mi novia sería la más guapa, pero aún tengo una novia en Las Palmas, a la que en verdad no quiero en exceso...”.

Al tiempo nos despedimos, aunque yo seguí pensando en ella, mientras intentaba estudiar, y aunque en teoría ahora tenía un motivo para estar más tranquilo, ocurrió todo lo contrario, la tensión aumentaba y devoraba cigarro tras cigarro mientras intentaba infructuosamente concentrarme en los apuntes.

A los pocos días, pues a partir de ése nos vimos todos los días para tomar café, le dije a Totó que tenía una novia en Las Palmas, y su instantánea expresión, reflejo de su repentino pensamiento, me dejó traslucir que ella pensó que le ganaría, que aunque tendría que luchar, lucharía, tras lo que me reí grandemente por dos cosas, por descubrir tan fácilmente sus intenciones más recónditas y porque iba a luchar por mí, siendo que no hacía ni dos años, me había abandonado por otro la que yo pensaba que iba a ser la madre de mis hijos, la que creía que era la mujer de mi vida, a la vez que yo, pensaba que ganar a la otra, a la reciente de Las Palmas, no era nada difícil.

En el banco ya me conocían, pues iba a él con mucha frecuencia, de donde sacaba cantidades muy pequeñas, irrisorias más bien, pero como ellos no me quisieron dar la tarjeta de crédito cuando abrí la cuenta, supongo que porque supusieron que iba a manejar muy poco dinero, me tuvieron allí casi todas las semanas. Es allí, observando al empleado que siempre me atendía, donde empecé a advertir lo que era servilismo y miedo al jefe. Pensaba que eso no me gustaba para mí tampoco, pero que bueno, ya veríamos como se encaminaba mi vida.

Las clases iban transcurriendo con normalidad, y como tenía que aparentar ser un buen chico y estudioso, fue por lo que una vez le dije al Sr. Huidobro (éste daba también clases de 'Broma') que yo consultaba un libro determinado, quien hizo un gesto de sorpresa, cuando le enseñé lo subrayadas que tenía las fotocopias encuaderna-

das burdamente, a modo de libro, con cartulina celeste, del libro dicho, utilizadas éstas continuamente los tres años anteriores; cuando vi su respingo, me dije satisfecho y malvadamente: “¡Ahí queda eso!”; luego subimos en el ascensor con unos cuantos condiscípulos míos al departamento.

Del Sr. Huidobro, se decía: “Huidobro, cuidado, que viene el ogro”; aunque sinceramente, yo pensaba que eso era falso, que era simplemente una máscara que se ponía, para imponer respeto, y que en el fondo era un buen hombre.

Con este señor me ocurrió una cosa curiosa, y es que al principio cuando nos estábamos preparando para ser monitores, fui un día, yo solo, a ver unas preparaciones al microscopio, que según deduje en ese momento, eran las que él preparó; y eso le gustó mucho, a la vez que le sorprendió que alguien fuera en horas al margen de las horas de clase, a ver sus preparaciones. Aunque ponía un interés máximo en esas dos asignaturas, no tenía intención ninguna en quedarme en la Facultad a trabajar, pues había sufrido demasiado, y estaba harto de ese mundo. Una vez en una de las clases del Dr. Creus, le miraba de reojo, principalmente a su cara, y pude ver que ésta era de rasgos muy duros, los más duros que había visto nunca en una persona, como de persona que ha sufrido lo indecible en este mundo, por lo que me dejé ir, me obnubiló, a la vez que, aunque de una forma bastante intencionada, me salieran unas lágrimas, con las que se estremeció y le tembló la voz, y casi hasta tartamudeó, a la vez que yo pensaba: “Bueno en realidad, yo también he sufrido algo”.

El Dr. Creus vestía de forma impecable, iba siempre de chaqueta, con camisa blanca y corbata oscura, muy de punta en blanco, aunque en clase y en el departamento, estaba con la bata blanca, sin la chaqueta.

Sé que este singular personaje, entre otras nos enseñó las características del huevo, y su forma de analizarlo en el laboratorio, aunque sinceramente, no recuerdo nada de la explicación; lo que sí recuerdo es que me dije mientras lo oía: “¡Vaya hombre!, menos mal que hay alguien que tiene las clases más o menos sabidas y preparadas”.

También daba el Dr. Creus clases de problemas de su asignatura, una vez a la semana, las que eran en un aula en el piso donde estaba el departamento, a ésta yo solía ir menos, no por nada, sino porque era muy pronto, y siempre he sido un perezoso para levantarme temprano. El aula era muy pequeña y estaba abarrotada de gente, lo que a la vez también influía en que yo no fuera, pues nunca me han gustado las aglomeraciones.

Estaba convencido que sabía atacar bien a una persona, o sea cómo entrarle y caerle respetuoso, pero no me ocurrió así con este profesor, pues un día lo llamé por atrás, y él se sobresaltó en gran manera, y encima era para decirle una bobería; supongo que sería, porque en teoría debía ser el profesor más difícil de superar, a pesar de que varios años después me dijera una colega en Valencia, que ya el Dr. Creus estaba muy viejo y que no servía; no opinaba yo igual.

Pero pasemos nuevamente a las charlas de después de la comida: me gustaba cada vez más

Totó, pero no olvidaba que tenía una novia en la ínsula de la que procedía, y hasta que no cortara con ella, no podía dedicarme de lleno a mi Dolores, lo que estaba deseando.

Este fue el motivo por el que, cuando llamé a la que dejé en mi tierra, por una nimiedad corté con ella definitivamente, y aunque ella decía que iría a verme, yo le contesté que no la podría atender pues estaba muy ocupado, como realmente algo de esto también había; así y todo, hoy pienso que a lo mejor me haría compañía mientras estudiaba, aunque sé que ella no era de éstas, sino de las que irían a lucirse y a pasear; en cuanto a su lucimiento, algo me gustaba, sobre todo en la cama, pues yo era un gran fetichista al igual que ella, de todas formas, está claro que no se puede basar una relación amorosa sólo en el sexo, y yo lo estaba haciendo.

Otra cosa sobre la que anecdóticamente les quiero hablar, es sobre el baño de la pensión, el que estaba en el piso bajo (de tal forma que sólo disponía de un lavamanos en mi cuarto), era muy antiguo, siendo tal, que un día cuando terminé de ducharme, me agarré del toallero y me quedé con éste en la mano, lo que se lo dije a la encargada de la pensión, a la que le entró terror al pensar que se lo tendría que decir al jefe, por lo que le dije que no se preocupara, que yo me encargaba de eso. Ella me contestó que no, que ni se me ocurría. Creo que esto muestra el afán de dinero del jefe y el miedo de sus subalternos hacia él.

El jefe, con quien se comunicaba era con el camarero encargado, el resto del personal, parecía que eran lo que eran, meros objetos trabajadores.

Un dato curioso respecto a '*el jefe*', como yo le llamaba, o '*el gran jefe*', como lo llamaba Luis, es que su hijo era un holgazán de los mayores que he visto en mi vida, hasta el punto que el padre lo colocó en un piso con unas pocas habitaciones, para que él y su familia dirigieran éste; en dicha 'pensión' vivía Totó.

Totó me tenía descontrolado, ahora mis muestras de cariño (al despedirme definitivamente de la novia de Las Palmas), eran cada vez más frecuentes, y no era extraño ver cómo nos mirábamos, como dos tortolitos, aunque cuando la miraba, creía que el que esto escribe sería el que en el futuro debería encargarse de todo, y eso no me gustaba nada en absoluto. Esto era tal, que le decía a Luis, estando ella presente, que si alguien quería un abrigo de *visión* —por hacer el chiste al visón—, que ella se lo comprara, que de mí no lo iba a conseguir, pues yo era partidario de que las mujeres trabajasen, y si querían lujos superfluos que se los costeasen ellas.

Sigamos con mi estancia en Santiago: Luis a veces pagaba los cortados, y otras veces era un servidor quien los pagaba. El primero se puso a trabajar representando a una compañía inglesa, encargada de contratar los hoteles para las vacaciones, por lo que alguna tarde, en que la soledad en mi pensión se me hacía abrumadora, me dirigía a su oficina, la cual no era muy grande, pero eso sí, tenía espacio para colocar la bolsa con los

palos de golf en una esquina, del que me decía que ya no lo practicaba, pues había que pagar una mensualidad superior a las cien mil pesetas para ser socio del club; en un par de ocasiones me había dicho, que no era partidario de los deportes violentos, y que nunca los había practicado (en ese momento, aunque de constitución delgada, tenía una graciosa e incipiente barriguilla). A eso le contesté que “antes hacía *footing*, pero que ya ni eso”, y si tenemos en cuenta que yo era un joven de unos veintiséis años, era grave, pues el anquilosarse, el sedentarismo, no es nunca aconsejable, y menos desde esa edad.

De Totó me iba enamorando cada vez más, y deseaba que a ella le ocurriese lo mismo; alguna vez fuimos a ver alguna película, sobre todo las de unos ciclos que hubo pues eran más baratas éstas que una normal, y quería empezar a ahorrar, cosa que iba consiguiendo poco a poco, más que nada, por si me podía dar algún viaje en las vacaciones. La película que más me acuerdo, trataba de una guerra, en la que había una mujer, que viendo a un militar que llevaba un convoy de gentes y una carreta, se unió a éstos; el militar la aceptó, y puso a los niños de ella en el carro, y la mujer fue a pie. También recuerdo de esa película en blanco y negro, cómo uno de los personajes que en la paz era profesor, gritaba en las trincheras, por la noche, en el catre, que no quería morir, lo que creí que era porque al igual que yo, pensaba que fueran a matarse los que habían organizado la guerra, que uno no tenía allí nada que hacer, lo cierto es que des-

pués recapacité y deduje que el joven profesor gritaba de miedo, porque no quería morir.

Lo que no habíamos hecho nunca era irnos de copas, hasta casi al final del trimestre, en que nos fuimos de vinos, a un lugar donde se tomaban unos licores rarísimos llamados: 'Tumba'; lo curioso de aquel bar, era que la dueña cada vez que servía una copa, pedía y esperaba por el importe de la consumición, lo que sería porque no se fiaba mucho de los estudiantes, pero lo cierto es que esto, entre me asombró y me causó risa, el ver la tacañería de la dueña, pues para mi gusto, las consumiciones eran baratísimas. Ese día de copas fue casi cuando nos declaramos nuestro amor, y también cuando me llevé su primer enfado. Lo primero fue que nos íbamos besando por cualquier calle desierta que veíamos, y lo segundo, era porque como tenía la vejiga urinaria a punto de estallar, miccionaba en cualquier esquina de esas calles, cosa que hoy me parece del todo deplorable, pero allí era un estudiante inexperto (lo que me hizo estúpido), y no se me ocurría que podía entrar en un bar y pedir un cortado y así aprovechar a orinar en los habituales urinarios de Santiago; sí es verdad, que no me gustaba entrar en bares normales, pues creía que eran demasiado caros, con cuyos pensamientos se podrán hacer una idea de lo precario de mi situación durante toda mi vida.

Uno del que aún no he hablado es de mi compañero de pensión, cuyo cuarto, aunque mucho más pequeño, era mucho más acogedor, calentito, y con vistas al centro de la parte vieja de

Santiago; mi ventana daba a una especie de pequeño estercolero formado por las partes traseras de unos edificios, por lo que mi cuarto, siempre se conservaba con una temperatura baja, y eso para un canarión es difícil de soportar.

Estaba cerca la época de irme por vacaciones de Navidad a Las Palmas, y junto con mi madre había decidido llevarles a mi gente mariscos, pagados por ella y por mí, aunque no serían muchos según vi más tarde. Le pregunté a la señora de la pensión, que si ella entendía algo de eso, a lo que me respondió que no, que quien entendía mucho era el dueño de todo aquello, por lo que a éste lo fui a buscar al restaurante, pero no estaba allí. Me dijeron que se encontraba en el mercado, o sea que era una gran casualidad y buena oportunidad. El mercado se encontraba muy cerca, por lo que hacia él me encaminé, y allí lo vi; él, al verme, como siempre, se dio media vuelta, por lo que tuve que correr hasta alcanzarlo, y cuando llegué junto a él le conté el caso, y cuando me preguntó que cuánto dinero quería gastar, se lo comuniqué, a lo que increpó:

—Eso es muy poco, con eso no vas a ningún lado.

A lo que respondí:

—Es tan sólo un detalle, aparte de esto, yo soy estudiante.

Él accedió a acompañarme y eligió lo que creo fue un buen marisco, una mezcla de centollas y nécoras. Satisfecho, le di las gracias y me fui a la pensión: ya tenía el regalo de Navidad.

Un dato a considerar es lo que un servidor adelgazaba cada vez que estaba allí, seguramente sería porque mis cenas eran más bien escasas: leche para régimen en polvo, que por cierto sabía fatal, y un trozo de pan con paté; ese año no sé por qué pero me hinché a paté, no se me ocurría que había más variedad de productos ‘untables’ al pan, lo que se debía sin lugar a dudas a mi obsesión por el estudio, siendo que todo lo demás que me rodeaba, me resultaba totalmente desconocido y falto de valor, aparte de que los años de carencias extremas me hacían imaginar que las otras cosas eran sumamente caras.

Mis relaciones con Totó iban progresando, hasta el punto que algunas noches, cuando ella salía de cenar, la invitaba a café en un bar donde tenían una tele, justo debajo de su pensión, y allí tomábamos cortado tras cortado, mientras ella veía la tele, y yo me ponía a pensar en lo que tenía que estudiar, por lo que se me retorcían las tripas pensando en que estaba perdiendo el tiempo mirando la tele, “pero, en fin, todo sea por ella”.

Llegó el momento de despedirme y así lo hice de Luis, Totó, y la señora de la pensión, con la que no me llevaba muy bien, ya que ésta, no hacía más que gritarme y gritarme y eso a mí me desarmaba y desquiciaba por completo. Tenía esta buena mujer, más de ochenta años.

De vuelta a mi casa, me sentía contento por llevar un regalo a mi familia, aunque aún consideraba un montaje publicitario eso de las Navidades (aunque ya no exclusivamente) tal como lo

había relatado a un periódico de escasa tirada en la isla donde había cursado hasta entonces la carrera: Tenerife (pues empezaban a tener para mí también estas fiestas una connotación festiva, en el que entraba el descanso y el reencuentro con la familia).

Disponía de apenas dos semanas, y las intenté aprovechar estudiando y para salir a ver algo a mis antiguos amigos, los cuales ya se tomaban la vida de forma mucho más sosegada, y me di cuenta, que aunque yo seguía estresado, no ambicionaba sus vidas, tan sólo les ambicionaba el que no hubieran tenido los problemas que a mí me habían surgido, “no obstante, a lo hecho, pecho”.

Como siempre, también visité a las hermanas de mi padre, en los que no encontré nada raro, y a su hermano enfermo: Joaquín.

Seguía pues, aprovechando las vacaciones para estudiar, cosa que hacía tan sólo los últimos tres o cuatro años, ya que así me encontraba más a gusto conmigo.

El día de Nochebuena, nos reunimos como siempre todos los hermanos, salvo mi hermana Saso, que las pasaba por primera vez fuera, con su novio (Juancho), en Madrid, lugar donde ambos residían. Ése día se pasó tranquilamente en casa de mi madre.

El Fin de Año lo pasamos juntos tan sólo los que vivíamos en casa de mi madre, y por la noche, como siempre, el único que salió de fiesta fue mi hermano José Juan con su novia. Estos llegaron de amanecida, cosa por otro lado frecuente en mi hermano.

El Día de Reyes hubo regalos para todos, aunque esto no siempre había ocurrido, pues al separarse mis padres, nuestra penuria económica era tal, que hubo unos Reyes, en los que no hubo más que amor y solidaridad entre los que vivíamos bajo el techo de mi madre, salvo para mi hermano pequeño, al que en casa de mi hermana Maru (la segunda) le pusieron un coche de carreras teledirigido, que aún hoy se conserva.

Me fui a Santiago con unos cuantos gramos de más, de tal manera que al llegar allí, todos me encontraron más gordito, lo cual me angustiaba, pues años atrás había padecido de anorexia nerviosa, y aunque no diagnosticada por ningún médico, ésta era patente, y las manías de la gordura, no se me habían quitado.

Más que gordo, lo que me crecía era la barriga y debido al buen ambiente de mi casa, descansaba más, cosa que se reflejaba en mis ojeras.

No recuerdo si le llevé algún regalo a Totó.

Una vez en Santiago ya estaba preparado para seguir estudiando, según creía; después de almorzar, seguía yendo a leer dos periódicos locales al bar paralelo al restaurante donde almorzaba.

Luego charlas con Luis, y cuando él se iba, me quedaba un ratito con Totó. El estudio me desbordaba, y de entre las dos importantes asignaturas, el primer parcial de 'Broma y Toxi' estaba suspendido, y el primero de Galénica estaba pendiente del segundo, y las otras dos asignaturas estaban suspendidas; algo raro pasaba conmigo, o con mi persona, ¿es acaso, que me exigían a mí más que a los demás? No sabía, lo cierto es que

pensaba que más no se podía estudiar, y sinceramente, entre los compañeros de estudio, no observaba a ninguno inteligente, y mucho menos se destacaba ningún líder carismático. No es que los tuviera mal considerados, sino que opinaba que en La Laguna se luchaba más, al menos eso ocurrió en mi promoción.

Así iba pasando mi vida, y cada vez que iba a ver los resultados de las notas, llegaba estresado y me maldecía por no ser capaz de aprobar nada: “¿Soy acaso un *tolete*?, como me llamaba mi padre de pequeño”, me reconcomía por dentro.

Cuando fui a ver a los profesores de las dos asignaturas que menos me intranquilizaban, fui antes al baño y ensayé delante del espejo, cara de circunstancia y amargura, la cual me salió tan bien con los de Farmacodinamia, que un profesor treintañero casi hasta se pone a llorar, no así ocurrió con el catedrático del departamento, a punto de jubilarse o ya jubilado y ciertamente un tanto decrepito. Me mandaron a otro profesor, que era el que corregía, y por lo que le oía, corroboré que ni éste sabía lo que decía, ni el joven que a él me había mandado, pero me callé. De los que me dieron clase en ese departamento, tan sólo servía uno, que era el más seriecito, pero igual de cierto era que su inteligencia iba en declive a pasos agigantados, pues ni siquiera la regla de la “llave y la cerradura”, algo tan fundamental en nuestra carrera, donde intervienen enzimas que encajan, y que ya sabía yo de La Laguna por catedráticos y fotocopias con esquemas de libros, las supo explicar con claridad.

El otro departamento, el de Microbiología, deduje que debía de ser un desastre total, al ver al profesor que nos daba clases: era el malvado que les mencioné que aparentaba ser buena gente y serio; sí es verdad, que me porté de manera deshonesta con él, de tal forma que cuando fui a ver el examen, vi que él pensaba como que yo “no era (...) a quien quería ‘putear’”, sino a otro; mientras esto ocurría y buscaba papeles y fichas vi la mía, e intuyendo que de esta forma lo sacaría del tris, me apresuré a decirle:

—Si lo que ocurre es que no ve la ficha, pues le traigo otra.

En eso, me convocó para otro día; más tarde vería que ese mismo día tenía el examen de ‘Broma’, el segundo parcial. Mientras me preparaba para ese examen, mi corazón palpitaba y palpitaba de una forma bestial, mientras me cuestionaba sobre si ponerme o no mi mejor pantalón; decidí que sí, que me lo pondría.

Cuando nos estaban colocando en las mesas para examinarnos, el Dr. Creus pasó a mi lado, y fue tal la impresión de verme con un pantalón nuevo, verde, de pinzas, que le salió de dentro un aura blanca densa, compacta y en sierra, al pensar él no sé qué cosa sobre mí; lo cierto es que creo que sabía que yo iba por mal camino, y que estaba dispuesto a hacer lo imposible, hasta jugar sucio, por aprobar.

Pasó el examen sin más incidentes, el que me pareció bastante más sencillo que el primero. Cuando lo terminé y aún durante el resto de mi vida, me he preguntado continuamente y no he

entendido el porqué de esa reacción, la de ese Doctor en Farmacia, a no ser que fuera que en ese momento pensó que yo tenía dinero, y que simplemente iba siempre igual vestido porque me gustaba, no sé.

Tenía que ir ese día al departamento de Microbiología, pero pensé, “viéndome con esta ropa, se va a sentir incómodo, pues siempre se viste con ropas desteñidas, y encima acabo de salir agotado...”, y por último, fiándome en lo que Luis C. me había contado de lo que le dijo su ex jefe:

—De cada vez, una sola cosa.

Por todo esto decidí no ir al departamento de ‘Micro’, y dejarlo para el día siguiente, pero la mala suerte quiso que ese día fuera viernes, por lo que lo dejé para el lunes siguiente.

Me fui rápidamente a mi pensión y no recuerdo cómo, me puse en contacto con Totó para ir a conocer a su prima e ir de marcha loca con ambas. Salí de juerga, de nuevo esa noche, y me puse mis mejores galas, es decir, unos vaqueros nuevos, una camisa no muy vieja, y una chamarra de cuero toda desteñida, regalo esta última de mi padrino.

Nada más ver a su prima, ésta se quitó los pendientes que llevaba puestos (muy bonitos por cierto), no sé por qué, quizá porque pensara que uno era muy marchoso, cuando en realidad era todo lo contrario. Esa noche estuvimos de bodega en bodega, y de bar en bar; no sé cómo lo pasamos, pues cuando salía de copas, generalmente me iba aturdiendo, hasta llegar a un punto en que todo me daba igual. Lo cierto es que me fui solo a

la cama, pues Totó se fue con su prima al hotel donde se hospedaba, pagado éste por la empresa.

El fin de semana pasó sin pena ni gloria, aunque Totó no hacía más que hablarme de lo bien que se ganaba su prima la vida, hasta el punto que me lo creí, aunque desconfiaba algo. De nuevo vino la paz entre nosotros, si eso era posible en mí.

El lunes, lo primero que tenía que hacer era ir al departamento de Microbiología, y allí el profesor me dijo:

—¡Sí, sí! ¡Era usted al que yo me refería!

Por estas palabras pensé que dicho profesor se ponía a espiar a los alumnos para ver qué hacían y quiénes salían de copas, o bien que me hubiese visto vestido algo marchoso, si no, no sé por qué lo dijo, aunque como ya dije era un cabroncete a la zorruna; o aunque no estaba convencido de ello, quizás fuera porque no asistí a la cita el día prefijado.

Los domingos solía ir a comprar el periódico y el dominical de más venta por aquel entonces en España, y luego de dar ese pequeño paseo sin hablar con nadie, me iba a la pensión y allí la señora me decía que me pusiese en el saloncito a tomar el sol, y que por qué no bajaba a un bar con terraza y allí tomaba el sol, cosa que rechazaba, para que los profesores no me vieran haraganeando en la calle, y encima consumiendo alcohol.

Me ponía allí a leer sobre la guerra del Golfo Pérsico, aunque más que ojear, escudriñaba (lo que la ansiedad me dejaba) las noticias, para hallar la verdad de lo que estaba ocurriendo, para

ver si podía averiguar leyendo entre líneas lo que en realidad pasaba entre Oriente y España.

Otra cosa que me ocurría, y de la que ya me había percatado años atrás leyendo a Fernando Fernán-Gómez y a Antonio Gala, era que lo que ellos escribían en el dominical de 'El País', me solía pasar a mí más adelante, varias cosas o parecidas de las contadas por estos señores, me solían ocurrir generalmente la semana siguiente de leerlas, siempre que leyera el artículo la semana en que se publicara.

Si en los fines de semana no nombro a Totó, es porque ella se iba al Ferrol a ver a su familia, motivo por el que dichos fines de semana se me hacían interminables, pues también Luis se iba con Bego y sus hijastros a donde tenía su chalé de alquiler, de cuyo nombre no me acuerdo.

Entre semana, un buen día conocí a Bego, quien era una señora un tanto obesa, la que según nos dijo, acostumbraba a echar las cartas, aunque según decía Luis, era sólo una aficionada; yo le decía que me las echara, aunque lo que no le decía era que no confiaba en ellas, y que por tanto ningún mal me podría hacer. Eso pensaba antes, no ahora.

Según ella, a mí siempre me salía como que continuamente estaba luchando por todo, pero quién no lucha por sus ideales por fútiles que sean éstos. También decía que me casaría con una morena, y mi amada lo era.

Me echó, tanto a mí como a Totó, las cartas varias veces y casi siempre decían lo mismo, pero cierto día dijo, que según las cartas, ella se casa-

ría con un hombre rubio pero que no iba a ser yo, lo que se me quedó muy grabado en la mente.

Cada día veía más inminente la guerra, y así se lo contaba a Luis, el cual no desmentía ni afirmaba cosa alguna, no sé si le transmitía mi temor, creía que sí, pero bien debía ser que no, pues yo creía que la guerra se iba a librar bien cerca de Canarias, al lado justo, con lo que eso suponía.

Cuando fui a ver las notas de 'Broma', observé como la media de las notas del total de las preguntas, me salía suspendida, lo que me produjo un gran bajón, por lo que decidí ir a ver el examen. No recuerdo si fui ese día u otro, lo cierto es que cuando fui a hablar con el Dr. Creus, éste me preguntó si no había ido a ver el primer examen, a lo que le respondí que no, y me dijo, que no me preocupara, que yo estaba ya aprobado (tratándonos siempre ambos de usted). No sé si se me cambió el rostro, lo cierto es que no me lo podía creer: "¡Que le digan a uno que ya está aprobado, antes de hacer el último examen, y en la Universidad, y encima en la carrera de Farmacia!", eso era mucho para mí, así que medio atolondrado por la emoción le di las gracias y me fui. Así y todo, no quería dejarme ir, por lo que otro día, pasé por el departamento, no para hacerle la pelota sino porque no entendía un problema; cuando fui por allí, al primero que vi fue al Sr. Huidobro, el cual me dijo que el Dr. Creus estaba en otro despacho, de muy mal humor me lo dijo, como indignado de que no fuera a él a preguntarle dudas, pero si me basaba en eso, todo lo que él explicaba era dudoso; por cierto, él estaba intentando estudiar algo de

inglés de un libro de texto de un curso de BUP: “Seguramente para explicárselo a sus hijos”, pensé.

Fui al despacho que me indicó y observé un detalle que me sorprendió tremendamente: estaban tres profesores (dos profesoras y el Dr. Creus) hablando con la luz apagada, sería para ahorrar, sé que me dije, pero aún no me lo explico, si era por eso, o por qué.

Cuando el Dr. Creus vio que era para él, a pesar de su cojera inmediatamente se puso de pie y me llevó a su despacho; este genio tenía una suela del zapato más grande que otra, con diferencia, lo que se debía a que tenía una deformación en la pierna, seguramente sería de nacimiento: sí, tenía una pierna más corta que la otra.

Como siempre, iba impecablemente vestido, no porque fuera presumido, sino porque se tomaba el trabajo como un gran acontecimiento, aunque a veces me cuestionaba si ya no ahondaba en él, aunque en lo que se especializaba, no lo sé, lo que me intriga bastante. Cuando vio la duda que le llevaba, hizo un mohín de extrañeza por lo absurdo de ella y me la resolvió en un par de segundos.

Otro detalle digno de mención, es que me dijo nada más entrar, que tomara asiento, cosa que nunca jamás me había hecho ningún otro profesor en la carrera.

Ese día estaba bastante acelerado, pues iba a hablar con el ser más extraño con el que me he topado, pero todo salió bien, gracias a Dios.

Una observación que debía haber escrito antes, pero que por olvido lo digo ahora, es que mi hermana la mayor, la azafata: Saso, me había

llamado un día de examen de 'Broma', cuando almorzaba y me preparaba para ir a éste, para decirme que mi padre y mi tío habían muerto. Lo de mi padre pensé que no me afectaba, pues mis padres llevaban separados unos nueve años, y no se había portado nada bien con nosotros, es más, estaba convencido que se había portado bastante mal, ya que no había pasado la manutención de ninguno de los hijos a los que nos correspondía, y nos habíamos quedado prácticamente en la indigencia; sin embargo, mi tío Joaquín sí se portaba muy bien con nosotros, y yo creo que se alegraba siempre de vernos, es por ello que llamé a mis tías para darles el pésame (sólo por mi tío), cosa que no les sentó nada bien, y cuando las llamé pensé que ellas pensaban que yo no me tomaba en serio la muerte de mi tío. Por mi padre no les di el pésame pues lo consideraba más mío que de ellas, y no se me ocurrió que su expresión fuera por no compadecerlas por mi padre, sino que más bien me pareció que estaban cansadas de ver a tanta gente que les daba el pésame sin sentirlo, pues mi tío era un pez gordo que conocía a mucha gente por interés, y que por tanto no le tenían aprecio sino a su dinero e influencias. No tenía nada claro respecto a lo que estaba pasando con esas muertes, pero tenía la mosca tras la oreja.

Pero volvamos otra vez a la consulta al Dr. Creus, la que me dejó contento por lo dicho, y a la vez extrañado por lo raro de su persona. Totó y Luis me seguían dejando solo el fin de semana, por lo que esos días se hacían interminables, aburiéndome al máximo, a la vez que subía mi ritmo

cardiaco. También cuando esos días iba a llamar a alguien a los teléfonos públicos, cerca y lejos a la vez de mi pensión, pensaba que me iban a ver los profesores vagabundeando, y eso me ponía enfermo. Con estas cosas se pueden percatar, hasta dónde llegaba mi obsesión por terminar la carrera, y el terror que tenía a seguir fracasando.

Llegó la época de vacaciones de Semana Santa (uno no había hecho casi mas que estudiar y estudiar); Luis nos invitó a pasar un par de días en su casa; el resto de los días me los pensé pasar viajando por Galicia, así que tomé la bolsa y el paraguas y me fui a ver esas tierras. Totó no quiso ir conmigo.

Nada más llegar a mi destino, dejé la bolsa en consigna en la estación de trenes y me fui a buscar pensión, ese era el primer trabajo, pero como no sabía dónde ir, me metí en un bar y allí pregunté por éstas. Al primero al que fui, me fue fácil localizar unas tres pensiones; una de las que fui, me gustó, pues acertó el precio en el que estaba pensando que sería lógico y justo pagar, aparte de esto era una mujer, aunque entradita en años para mí, aún joven: tendría treinta y pico largos, pero no me quedé en ese sitio, sino en una pensión llevada por una familia muy agradable; no comería allí, sino en la calle, y mis comilonas serían a base de tapas, cervezas y ribeiros. La casualidad fue que cuando iba a la pensión, me encontré a un estudiante de Santiago con el que comía en el mismo 'bareto', al que saludé con un ligero movimiento oscilatorio (arriba y abajo) de la cabeza, a la vez que con cierta complicidad en los ojos y un

ligero rictus de alegría en la cara; esto me gustó enormemente, que me reconociera y me saludara: ¡no estaba tan solo!

Antes de ir a dormir a la pensión, me compré unas galletas rellenas de crema, agua y leche, cosas con las que pasar la noche y el desayuno del día siguiente.

Al siguiente día, me fui a una agencia de información para el turista, que encontré por casualidad al visitar la población, y me dijo una chica que podría ir a La Toja pero que si venía de Las Palmas, no encontraría nada nuevo, pues eran también centros comerciales turísticos.

Deambulaba por las calles sin saber qué hacer, por lo que bebí en exceso, por hacer algo.

¿Se han dado cuenta? Efectivamente, no sabía dónde estaba.

Llegó el miércoles y le dije al dueño de la pensión que al día siguiente me iba, a lo que él me dijo que no había problema; el jueves salí a la calle a sacar dinero de alguna oficina de mi banco, para pagarle la factura al dueño, y me sorprendí enormemente al ver que éste estaba cerrado, y como no me habían dado la tarjeta de crédito, no podía hacer nada. Desesperado llamé a Luis para ver qué podía hacer, y me dijo que no me preocupara, que debía hacer un escrito tal como él me lo redactó, y entregárselo al posadero, lo que hice un tanto avergonzado y acoquinado. El dueño se portó muy bien, y me dijo igualmente, que no me preocupara, que él conocía al director del banco, y que no habría problema alguno.

Me quedaba muy poco dinero en efectivo y tan sólo me llegaba para ir a un sitio cercano a donde estaba, pero a la vez lejos de Santiago. Cuando allí llegué, pensé ir caminando a Santiago, pero me dije que no me conocía el camino y que no sabía si aguantaría, por lo que decidí ir a la policía y contarles el caso. Pasé delante de un policía nacional que custodiaba un edificio oficial, y a él le pregunté por la comisaría, quien me la indicó temblando y muerto de miedo, mientras miraba para mi bolsa, pues veía salir de ella el extremo puntiagudo del paraguas y pensé que pensaba que yo no era de fiar; me dio la dirección a la que me encaminé. Una vez llegué a ella, hablé compungido con un policía de muy mal carácter, y le expliqué lo que me ocurría, a lo que me respondió que qué quería que él hiciese, que ese no era su problema, que lo más que podía hacer era dejarme llamar por teléfono, con lo que decidí llamar a Totó desde allí mismo y contarle el caso, y que si podía ir al día siguiente donde yo estaba, y traer dinero de reserva. Ella, a regañadientes me dijo que sí.

Tal agente me dio la dirección de una pensión donde podría dejar la bolsa, lo que hice tras previamente contarle al mesonero la situación en la que me encontraba.

No tenía más remedio que vagabundear, lo que hice hasta que llegué a unos bares muy raros donde me tomé una sola copa, y contento me dije que ya sabía donde llevar a Totó al día siguiente; pero ese día me tenía que quedar en algún sitio

tranquilo y no visible, para que la policía no me detuviera por vago.

La calle estaba llena de noctámbulos, pero con dinero, que salían a divertirse y yo en cambio buscaba un sitio donde sentarme a esperar que llegara el día siguiente; no se me ocurrió otra cosa que sentarme en medio de unas chabolas, pues por otros sitios, podía ir la policía, al ser sitios respetables, y donde podría mi presencia molestar a las personas que tuvieran dinero. Allí pasé la noche, y supe que pronto empezaría un nuevo día por las luces que se encendían en los edificios frente a mí, en los que creí que lo que veía era gente que se levantaba para ir a trabajar, sin caer en la cuenta que estábamos en vacaciones, y que por tanto pocos son los que madrugan para trabajar.

En toda la noche tan sólo vi a una persona que llegaba a su chabola, según parecía, había escogido un buen sitio en el que esperar.

Como digo, las luces me indicaron el próximo alborear de un nuevo día, y es por ello por lo que miccioné cerca de donde había pasado la noche, y me dediqué a deambular por las calles hasta encontrar un bar, el más cutre que pude ver y allí me tomé un café, con lo que después de pagarlo tan sólo me quedaban diez o quince pesetas, con lo que no sabía siquiera si podría comprarme un pan, cosa que no hice, pues me dio vergüenza entrar a comprar sólo eso a un supermercado, los que di por supuesto que estaban abiertos, al ver lo enormemente transitada que estaba la calle, sin reparar otra vez en que era día de fiesta.

Estaba bastante cansado, por lo que decidí ir a esperar a Totó donde habíamos quedado.

Cuando la vi, me llevé una gran alegría, y no sé si ella sentiría lo mismo, pues me echó un medio rapapolvo nada mas bajarse de la guagua.

Al instante, nos metimos en un bar cercano a tapear y a tomarnos un par de cervezas. Nos supieron a gloria, sobre todo a mí, que como han visto no me había alimentado bien los últimos días.

Me basaba para beber las cervezas y no otra bebida, en que eran muy nutritivas, ya que éstas cuando se van a analizar, al llevarlas a cenizas tras una previa desecación, se observa que contienen una gran cantidad de materia orgánica.

Posteriormente fuimos a la pensión donde había dejado mis cosas y nos dijeron que allí no podíamos quedarnos; le pedí el favor, al señor mayor, que al menos nos dejara poner la bolsa de Totó en el mismo sitio donde estaba la mía. Lo hizo a regañadientes, pero lo hizo.

Nos fuimos ambos a buscar pensión en la que poder pasar la noche; buscamos unas cuantas, y una pareció tener un precio razonable, por dos camas separadas por dos mesillas de noche y el baño aparte, común con otros cuartos.

Fuimos a buscar las bolsas, y luego las llevamos a nuestra pensión concertada, donde tras dejarlas nos duchamos.

Llevé a Totó al bar que había descubierto la noche anterior, y estuvimos danzando por la zona. Los gastos, aunque ella los pagaba, corrían de mi cuenta.

Fuimos a unos cuantos bares, y por fin desistimos de ir a ningún otro; que nos retirásemos ya, adujo Totó, cosa que hicimos, y ahora mi sentido de la orientación falló estrepitosamente, por lo que tras caminar cerca de una hora fiándonos de mí, tuvimos que empezar a preguntar la dirección del hostel, pues estábamos totalmente perdidos.

Cuando llegamos a éste, me encontraba rendido, así que me metí en la cama y al poco ya estaba dormido. Por la mañana nos levantamos temprano, nos duchamos, pagó Totó la cuenta y nos fuimos a Santiago en tren.

Estuvimos esperando en Santiago unas cuantas horas, haciendo tiempo a que llegara la hora de que Luis nos fuera a buscar, las que pasamos en un bar, el que no sé por qué, me dio que era de citas de homosexuales, por las pintas de los que allí se veían, y cómo me miraban, lo que le dije a Totó al oído.

Luis y Bego llegaron en punto a la cita, y el primero, muy hablador por el trayecto, camino a su casa en su coche largo, nos iba informando de todo lo que veíamos.

Cuando llegamos a su casa de alquiler observé que era un chaletazo impresionante, en cuya parte superior vivían el dueño y su mujer; éste era ejecutivo, y no sé por qué se me metió en el magín, que también era maricón, tal como le diría a la noche a Totó; pero antes estaba la cena, abundante y opulenta, en una mesa mejor puesta aún. Estuvimos un rato en el que nadie empezaba a comer, por lo que yo golpeaba con la pierna por debajo de la mesa a Totó para que ella empezara,

pues ésta no sabía que la mujer invitada era la primera que debía empezar; al final se lo dije, y se rompió el hielo. La comida estaba muy sabrosa, como hacía tiempo que no la comía, y por tanto alabé a la cocinera. Cuando ésta terminó, nos tomamos un coñac y nos fuimos relajando cada vez más. Mientras, Luis fregaba la loza y me decía:

—Hay que dar ejemplo a los pequeños, aquí todos contribuimos en todo.

El chalé era magnífico, aunque para ellos era sólo la parte inferior, pero según dijo Luis, aquello era un chollo, pues tan sólo pagaban cincuenta mil pesetas de alquiler, y no les había hecho falta traer nada de Madrid (que era donde él vivía anteriormente), pues estaba perfectamente equipado. Llegó el momento de los jóvenes: Totó y yo ir a dar un paseo, y como no nos quedaba dinero, no me quedó más remedio que pedirselo a Luis, al cual no le hizo ninguna gracia, pero al fin nos dejó cinco mil pesetas. Ahora sería yo el que las administraría. Nos despedimos de todos, y nos fuimos caminando a ver una pareja de amigos de Totó que vivían en el pueblo cercano, pues donde nosotros estábamos era en la periferia de dicho pueblo, del que tampoco recuerdo su nombre.

Para variar, nos fuimos a tomar unas copas, y mientras yo animaba al novio de la otra chica a seguir luchando en la vida, ellas hablaban de sus cosas. Nos dedicamos a tomar copas fuertes, las que no me sientan nada bien.

Estuvimos así una cuantas horas, y a una hora más o menos imprudente nos recogimos.

El camino de regreso a la casa, se me hizo más largo que la ida, posiblemente porque no pasaba ningún coche que iluminara las grandes sombras fantasmagóricas que se dibujaban en el trayecto y que me tenían atemorizado. Cuando llegamos, descansé. Vimos a Bego en la cocina haciendo la comida, Luis y los niños se habían ido a dormir; con Bego nos quedamos un rato, más del prudencial, pues estaba borracho, así y todo, nos echó las cartas, y no sé si nos tomamos un café, creo que sí. Poco a poco me fui recuperando del cansancio y del alcohol, y por su parte, Totó parecía casi recuperada del todo, aunque no decía nada, tal vez porque estuviera molida y algo bebida, y prefiriera no hablar.

Cuando llegó la hora de irnos a dormir, nos fuimos al cuarto asignado, con una cama de matrimonio. Aquello era superior a lo que me podía haber imaginado, y algo de eso comenté con Totó. Me puse el pijama delante de ella, y ella me dio la espalda para ponerse el suyo.

Nos acostamos y hablamos muy poco, ella se dio la vuelta y se puso a dormir, yo en cambio me entretuve toqueteándole los senos y haciéndome una idea de cómo eran; así pasé mucho rato. Al final, creí que ella se había dormido, pues no hacía movimiento alguno, por lo que desistí, y me puse a pensar en todo lo que me había pasado ese día, sobre todo en el carismático casero.

Con los nervios, pasé la noche en vela, y por la mañana, tras ducharnos muy a gusto, en un lujoso baño, fuimos a hablar con Luis al salón,

pero éste, aún no se había levantado, lo que tardó en hacer.

A destacar del también lujoso y nuevo salón era la minúscula tele que tenían, pues Luis no quería que los niños la vieran mucho. Charlamos hasta la hora del almuerzo, mejor si cabe al del día anterior; Luis estaba regocijado con los buenos platos que nos presentaba su mujer.

El anfitrión propuso para la tarde una excursión a ver las rías, cosa que hicimos, y que a mí personalmente me gustó mucho. Allí estuvimos sacándonos fotos en los barcos y pantalanés. Propuse ir a una iglesia que había frente a nosotros, a la que entré como quien entra para ver una obra de arte ajena al Señor, como siempre hacía por ese entonces. A Luis le pareció aquello muy buena idea. Posteriormente nos fuimos a un bar, en el que tardaron una eternidad en traernos las consumiciones, y encima no nos trajeron todo lo que pedimos. A la hora de pagar fui a hacerlo con Luis, aunque éste no me dejó ni siquiera contribuir; se portó constantemente, como el buen caballero que era.

Se acababa la Semana Santa, y nos tuvimos que ir a Santiago mi acompañante y un servidor (a ella no le gustaba que dijera que era mi novia); nos llevó Luis en su coche de regreso, mientras nos decía que ese trayecto era corto y ameno y que él lo hacía todos los días, lo que a mí me pareció un disparate, pues me resultaba enorme, comparado a las distancias en las islas de las que yo procedía y en las que yo siempre había vivido cerca del lugar de estudios y de los pocos trabajos

que había realizado, salvo de uno en un invernadero, en el que trabajé tan solo un par de días, de peón.

Llegamos, como era de esperar, sanos y salvos a Santiago, y con ganas de empezar la rutina; ésta no se hizo de rogar.

Por lo pronto, ese día saludé a la señora de la pensión y me dediqué a desempaquetar la bolsa, tras haber dejado a Totó en su cubículo.

Al día siguiente le di a Luis las cinco mil pesetas que me había dejado, quién las cogió enseguida, con mala cara, y la verdad, bien no sé por qué, pues había sido puntual al pagárselas, a no ser que fuera porque no nos justificamos ni con una pequeña bandeja de dulces, que bien que se la merecían.

La guerra en el Golfo era inminente y aún seguía sin saber dónde quedaba el Golfo Pérsico, creía que estaba por Marruecos, o por ahí, o sea al lado de la Península Ibérica y más cerca aún de mis islas queridas.

Una cosa que nunca había hecho, pues de pequeño pensaba que todos vivíamos en casas iguales y de mayor ya me daba vergüenza decirlo, es que le dije a Totó que yo vivía en un chalet en Las Palmas, y que venía de una familia bien (si eso se puede decir de mi familia). Todo era para encandilarla y que se olvidara de mi contrincante en cuestión de amoríos, el joven del restaurante con el que ella me daba celos; hoy lo pienso y me parece un disparate, ya que aparte de lo deteriorado de la vivienda, el paisaje que se veía frente a la que era mi habitación en dicha casa, resultaba

del todo deplorable pues a unos siete metros de ella, había un poblado de chabolas, las peores y más conflictivas de la ciudad.

Ese mes pasó normalmente, pues así sentía ya mi estado de angustia y desnutrición caquética.

Una noche al poco, antes de la medianoche, mientras estaba solo y normalmente, estudiando en la diminuta mesa iluminada por el flexo más barato del mercado, sentado en mi incómoda, vieja y desvencijada silla, y sin que previamente me sintiera, ni anímica ni fisiológicamente, peor de lo normal, oí una repentina voz en el interior de mi cerebro, que era una mezcla entre: en falsete, como con bocina, medio en susurro para que no lo oyeran otros pero que yo sí lo oyera clara y perfectamente, y entrando dentro de mi cerebro desde el exterior, por arriba del cráneo y cejado al mismo, por el hemisferio derecho, cerca de la cisura interhemisférica y próximo a la coronilla, sin oírse fuera sino dentro de mí, que me decía: “¿Rosa?!” Por lo que pensé medio extrañado, un poco irguiendo la cabeza desde los apuntes: “¿Qué raro es esto?”, seguro de que tal cosa no me había pasado nunca, ni tampoco nunca había leído ni visto nada al respecto.

De adolescente, había asistido a unos cursillos sobre control mental, y no hacía mucho que había bajado al estado mental alfa, a ver a mis consejeros, donde pude observar que uno de ellos era ahora Totó; como tenía fresco en la memoria estos métodos, cuando oí esa voz, me protegí el cerebro mentalmente, con una campana de cristal; poco después seguía escuchando la voz, pero

ahora correteando por todo mi cerebro, más diría, por la parte interior del cráneo, por las meninges, y llegando incluso a traspasar la campana de protección, como dando saltitos; pregunté quién era y la voz me contestó que era el dueño de la pensión, así que me dije con reconcomio: “¿Quieres guerra? ¡Pues la tendrás!”, y acto seguido le mandé una descarga de energía mental, que casi me dejó destrozado a mí, aunque no sé si a él le afectó, lo que sí sé es que yo me quedé exhausto. Comprobé que la campana de cristal no era suficiente, así que opté por una de acero. Tampoco fue suficiente, pues al poco rato empecé a oír otras voces, sobre todo la de Felipe González (la que sí se le parecía, no como la del jefe de la pensión, la que no se le parecía), quien me pedía mis datos personales y me ordenaba a que le dijera mi número del DNI, al que se los di con mucho gusto.

Fueron días enteros soportando absurdas órdenes y mortificando mi cerebro, así estuvieron seis días con sus respectivas noches sin cesar, dándome órdenes por todos lados; generalmente, unos me decían que fuera a un sitio y otros a otros: casi siempre todos a la vez. Recuerdo que una vez me dijeron que saliera al cine, pero yo no sabía a qué cine ir, así que casualmente (aunque todo debía de ser casualmente según la mayoría de los que me rodean aseguran, en esos momentos todo coincidía, no quedando prácticamente nada al azar), las voces, sin decirme exactamente dónde me llevaban, sino hablándome de mil y un asuntos distintos, me dirigieron a una cartelera que estaba en una calle peatonal, cerca de mi pensión,

la única del barrio, la que yo no tenía ni la más remota idea que estaba allí, donde estaban anunciadas las películas que se proyectaban ese día, en unos tablones de madera casi a ras del suelo apoyados en unos pequeños caballetes rudimentarios y mal acabados, también de madera, en los que vi que me tenía que ir al otro extremo de Santiago, en la parte nueva, a ver “Ciudadano Cane”, pues así me lo ordenaban las exigentes órdenes de Felipe. Allí me dirigí. Llegué al cine casi justo: yo llegando, y en cinco minutos empezó la película. También fue una casualidad. Una vez dentro, mientras empezaba la proyección, pude ver en una alucinación, cerca del borde del vértice superior izquierdo de la pantalla, cómo de doce compartimentos cuadrangulares (pegados y divididos en filas y columnas), que habían allí representados, a modo de pequeñas cajas oscuras de delgada y frágil madera, sin tapas, de entre ellos, uno estaba corrupto, lo que comuniqué mentalmente a ‘mis superiores’, aviso del que ellos se congratularon. Les indicaba que debían expulsar a ése, pues era el que delataría al líder, a Felipe González (FG).

También me enseñaron en esa parte, los ministros, que eran los que me interrogaban en esa ocasión, a Totó, como si fuera una negra, una cubana mulata, a esa misma altura de la pared, y mientras, las voces me señalizaban el punto G de ella, que allí se representaba como un pequeño punto, del tamaño del clítoris. Lo mismo me harían, pero con todas las chicas que veía, mientras iba otro día ‘desnortado’ por la calle a tirar unas

diapositivas porque salíamos en ellas Luis y nosotros, en la excursión que hicimos juntos en los días que pasamos en su casa, alegando las voces que ellos eran mafia, que esa gente era mafia, y por tanto, peligrosísimo estar con ellos, y que debía borrar todo rastro de ellos, lo que hice más que amedrentado, la verdad es que iba casi muerto de miedo. Cuando estaba buscando un contenedor de basura, las voces no paraban de decirme: “¿Ves, esa chica?, ¡lo tiene ahí.!” y me señalaban dónde tenía el susodicho punto. Cuando llegué al contenedor, tiré en su interior el paquete de diapositivas (que previamente me habían hecho quemar —las películas sólo, no los marcos— en un cenicero en mi habitación), como quien no quiere la cosa, sin mirar a lo que hacía: “Para disimular, y que los que me siguen no se den cuenta de lo que hago, pues están los de la basurología”, los especialistas que analizan las basuras, estudiando todo lo que en ellas hay. Esta gente va con bata blanca, con lo que ya podrán intuir de qué calidad es su trabajo, si para analizar los despojos se ponen de esa guisa. Por éstas es por lo que de Luis no tengo ningún recuerdo visible; sí, todo por las voces, que me hicieron deshacerme de todo lo que estuviera relacionado con él.

La película era subtitulada, y sólo podía y debía leer lo que ellos me decían, pero eso era con una concentración tal, que me daban ganas de vomitar de lo fuerte de los textos. Cuando vi a Hitler despistado, me entró pánico, pues debido a su gran influencia en tantísima gente, estaba casi seguro que él nunca había estado en ‘discontrol’,

como allí se llamaba al hecho de estar como todo bicho viviente, o sea, medio despistado, sin tener los ojos como los tienen todos los que a toda hora leen, ni tampoco el aura de éstos.

Las voces me decían: “¿Ves eso?, pues mira...”, y me hacían leer los subtítulos con una concentración absoluta, sacándome, o haciéndome creer y sentir que me lo sacaban, un aura enorme, máxima, como nunca la había visto ni sentido.

Las ganas de arrojar, debido a lo fuerte de lo que veía, hicieron que saliera corriendo del cine, a la vez que no me podía explicar cómo la pareja que estaba frente a mí, podía él tranquilamente, pasarle el brazo por encima a ella, siendo que la película, como a mí me la mostraban los socialistas que estaban en mi cerebro, me producía auténtico pavor. Cuando salí, el portero, con pinta de alcohólico, me dijo algo que no entendí, pero al que respondí afirmativamente con la cabeza. Casi diría que me decía que cualquiera entendía esa película, que era un rollo, teniendo que leer lo que ponía debajo. Lo cierto es que ocurría todo lo contrario, era demasiado fuerte, tal como me la mostraban, para mí. Excesivamente real y crudo, y mis tripas no podía soportarlo. También vi con una concentración absoluta, como si alguien (¿un mago?, aunque allí los que me hacían esto eran Felipe y su camarilla) desde atrás y desde arriba a menos de un cuarto de metro, hiciera que me concentrara en las imágenes de la pantalla, sacándome como dije, un aura tremenda los que así me impulsaban a mirar, cuando a uno, parecía que le hacían leer, poco a poco de cada vez, su

nueva vida, como haciéndole un lavado de cerebro, para que olvidara su auténtica vida, y aceptara la que sus señores le habían dictado.

Cuando salí del cine, las voces de Felipe González sobre todo, me decían que respirara profundamente, entonces creí acercarme a una fábrica de mercurio altamente tóxica, casi al lado del cine, en unos escombros que allí habían. Con esa información que les estaba facilitando, estaba convencido de que estaba favoreciendo el buen discorrir de la civilización, pues alertaba a los grandes del país, que aquella zona estaba altamente contaminada, de lo cual nadie se había percatado sino yo (que dicho sea de paso, nunca había oído el mercurio, ni siquiera sé si huele, o no).

Este humilde servidor, seguía total y absolutamente enamorado de Totó, motivo por el que unas semanas antes había analizado, y casi aseguraría que transmitido telepáticamente al Dr. Creus, a ver si éste tenía dinero y si quería a su mujer, sobre todo esto último; intuí, según la que supuse clara respuesta no verbal de él: por la mental y psicológica, que sí la quería y a la primera afirmación, que sí lo tenía; estaba pues, ya tomando a Totó como mi mujer definitiva, y encima ahora las voces no hacían más que corroborarme lo dicho.

Oyendo las voces, otro día fui por primera vez al cuarto de Totó, a su pensión, donde le dije que me tenían cogido, a lo que ella me dijo:

—Pues ¡que te suelten!

—Si supiera, pero espera un poco.

En esa ocasión estaba en su cama, la que estaba en el suelo, seguramente para no hacer ruidos delatores de mi presencia a la familia del hijo del jefe, y casi aseguraría también, que ella había dispuesto hacer el amor conmigo. Estando allí, había un caos total de voces en mi cabeza, desde grandes ajedrecistas (los mejores del mundo de la época), como los políticos de renombre internacional de moda en el momento, que me hablaban alocadamente unos y otros, todos a la vez, aunque durante segundos me dejaban oír una sola voz en primer plano, mientras que el conjunto de las otras se quedaba en un segundo plano, para que pudiera atender lo que me decía.

En eso, las voces me dijeron que saltara por la ventana, con cristales cerrados incluidos, a lo que pensé, “no, eso es una locura”, y fue entonces, cuando casi por primera vez les desobedecí una orden; las voces quedaron a la expectativa, al tiempo que yo pensaba, intentando que mis pensamientos no traspasaran mi persona hasta él: FG, que si lo que ocurriría era que el cristal se rompería como los de las películas de vaqueros, y por tanto, aunque se rompiera, no se me clavarían, pues eran de agua cristalizada (de hielo), no me importaría hacerlo, aunque claro, mejor era prevenir, por si acaso. Les pregunté si sería posible que Totó viera algo de lo que estaba pasando, y cosa inaudita, vi un ligero resplandor carismático a su alrededor, por primera y única vez en ella, vi ese ligero aura, mientras se toqueteaba a sí misma.

De esta manera, recibiendo órdenes absurdas y demás, todas en contra mía, me pasé en vela creo que un mínimo de seis días con sus respectivas noches, como les comenté.

En otra ocasión, sobre las ocho de la noche, me hicieron entrar en un bar al que iba por primera vez, que era de gente de dinero, vamos un café-bar para licenciados modernos, y pedir copas duras; estando allí sentado, en una pequeña silla en una mesa yo solo, de golpe y porrazo, sentí como si me estuvieran golpeando, fuertes y continuos puñetazos en el estómago, hasta casi hacerme vomitar: a alguien no le gustaba que las voces me ordenaran e indujeran a emborracharme en un momento como aquel. Sería la única vez que sentiría esos fuertes puñetazos en medio de los intestinos.

Por ese entonces, ya Luis no iba con nosotros, según me enteré más tarde, era porque había encontrado “Las Minas del rey Salomón”, tal como diría en una única y escuetísima carta manuscrita suya enviada a mi pensión; debía ser con algo de las declaraciones de la renta, sospeché. La carta, las voces, también me hicieron que la destruyera.

Las voces en definitiva, lo que querían, era que yo solito resolviera la guerra, de la que ya casi no leía nada más, cosa que me parecía imposible resolver, pues de ello nada entendía, pero sí estaba dispuesto a ser útil al país, en lo que pudiera, por lo que mandaba energía positiva a todos los ministros, con lo que en cada emisión, me debilitaba cada vez mucho más, pues el mandarles cada ráfaga de energía, me dejaba totalmente extenuado.

Otra noche, me metieron en un bar, en el que me decían y atolondraban con que estaba todo controlado, y que viera por ejemplo, que la pequeña lucecita roja en forma de minúsculo apéndice que sobresalía de la pequeña alarma blancuzca rectangular que estaba frente a mí, en la pared, sobre el dintel de la puerta de entrada de dicho bar, vibraba y se iluminaba al son de las preguntas y respuestas que las voces me decían. Allí mismo, cualquier paquete de cigarros que fuera a comprar, apretara la tecla que apretara de la máquina expendedora, salía de la marca Coronas, siendo que yo apretaba la de Ducados, no por nada, sino por la enorme diferencia de precios; extrañado, me decía si no sería que instintivamente, y por costumbre, apretaba siempre la misma tecla, por lo que volvía a repetir la operación de meter el dinero, y volver a apretar, pero siempre salían de la misma marca, apretara la tecla que apretara. Esto me hizo comprender que todo estaba controlado, y que los magos, pueden hacer cosas increíbles, y más a uno como yo, que no sabía hasta dónde podían alcanzar los trucos de esos señores, los mejores debían ser, pues se relacionaban con el mayor líder de la sociedad española del momento, o al menos éste así a mí me lo parecía.

Al sexto o séptimo día sin dormir, caí rendido en la cama, tras tener que despertar al camarero de confianza del dueño, a la señora de la pensión, cuando le pedí dinero para irme a dormir a una pensión, pues ésta desde que llevé una noche de esas locuras a Totó a dicha casa, quien tropezó con la escalera y se confundió con la puerta del

baño, pues subimos a oscuras, y con la que por las voces nada pude hacer, las que se intensificaron cuando me encontraba con ella en mí cama, había estropeado la cerradura de la puerta de entrada, de tal forma, que sólo se podía abrir desde dentro, motivo por el que pasaba algunas que otras noches fuera, pues no tenía la llave de dicha puerta de entrada.

Es muy difícil de explicar lo de las voces, lo cierto es que cuando me desperté, tras dormir unas pocas horas, después de esos días en los que no había dormido ni una sola hora, seguí oyéndolas otra vez, como si todo un enorme enjambre de personas ordenándose incongruencias estuviera en mi cerebro.

Las voces, siempre fundamentalmente la de FG, una vez me hicieron que me masturbara, mientras todos estaban ‘viéndome’ desde otro sitio, como a lo lejos; los sentía detrás y encima de mi cabeza. El batiburrillo de voces calló mientras me masturbaba, pero desde que eyaculé, volvió a su apogeo máximo, comentando cómo había sido el acto del onanismo, como si de un partido de fútbol se tratase.

Uno de esos días, le diría a Totó, que mi ídolo, mi norte, era Pedro Toledo, aunque no le dije que lo que de él me atrajo era su corte de pelo, sus trajes azules cruzados, y que había llegado arriba viniendo desde abajo; sí se había casado con una mujer de una familia de dinero, con lo que llegué a pensar si lo había hecho para tener más puertas abiertas e influencias, pero lo cierto es que para mí, era todo un héroe, “¡y encima con melena ru-

bia!” Me decía que así quería ser yo: “Un líder pasota”. De él había leído por primera vez en mi vida una noticia hacía pocos días en una revista, pues de antes no lo conocía.

En una de las muchas veces que me tenían desquiciado y desjarretado en mi cuarto, preguntándome y haciéndome hacer mil y un disparates absurdos, aunque ellos hacían que parecieran muy lógicos y congruentes y que por tanto parecieran reales, sentí como que algo o alguien, estaba mirando por encima de todos, alguien superior. Fue un instante, pero lo justo para yo darme cuenta, y los demás no.

Una tarde me fui a la pensión de Totó y me quedé toda la noche en vela frente a su ventana; mi cara debía ser de una persona tan irracional, que cuando pasó por allí un perro pastor alemán con su dueño, al verme los ojos, salió ahuyentado, amedrentado; su dueño me da que no se dio cuenta de que el perro había observado algo que no era humano en mí. Las voces me tenían transformado, y casi diría que podía llegar a ser agresivo, al menos mentalmente. Cuando a la mañana siguiente bajó Totó, después de llamarla desde el escalón de la fuente donde estaba sentado, donde había pasado la noche, a la vez que le había tirado pequeñas chinas a su ventana, le dije:

—¡No me digas nada, que yo estoy más despejado que tú!, entre otras cosas porque no tengo abrigo y la columna vertebral está más estimulada por el frío...

Ella accedió a que subiese a su habitación, y allí me escondió de los que realquilaban ésta tras

las cortinas, desde donde en una ocasión en la que miró para verme, me volví loco con sus enormes ojos, mientras me decía para mí: “¡Qué hermosa es!” al tiempo que yo seguía acurrucado detrás de la larga y blanca cortina de encaje que daba a la puerta de hierro forjado junto con una ventana de cristal que desembocaba en el balcón.

Al final tuve que salir disparado de allí y sin saber hacia dónde, pues las voces me indicaban alocadamente, “¡aquí!, ¡aquí!...” a mil y una direcciones distintas y opuestas, por lo que casi nunca sabía qué hacer, a no ser que hablara el que fuera líder absoluto. Cuando me quise dar cuenta, estaba en la zona nueva, en un lugar en el que no había estado antes, pero parecía que gracias a Dios, las voces se habían calmado un poco. Me preguntaba a la vez y no me explicaba, cómo es que las voces siendo de gente importante, tenían tiempo para estar perdiéndolo con un don nadie como era uno, un fracasado total. Tras esto fui a buscar otra vez a Totó y la encontré cerca de la Catedral de Santiago, quien me dijo que había ido a misa, lo que me sobrecogió por completo, mientras pensaba: “¡Fue a rezar por mí, ésta es mi mujer!”; pues nunca antes ninguna novia había hecho por mí eso.

Otra noche, ella fue a cenar como siempre al restaurante, al que yo no iba a esa hora por salirme muy caro; anteriormente, le comuniqué que la esperaba en un sitio, pero las voces me alejaron de allí, y cuando me di cuenta Totó estaba a mi lado, a la que como si hubiera hecho algo inaudito le dije:

—¿Cómo sabías que estaba yo aquí? ¿Me estuviste buscando mucho tiempo?

No recuerdo lo que ella me contestó, pero, haberme encontrado, lo supuse digno de la mujer de un líder, lo que a veces me consideraba (aunque por otro lado, como les he dicho, me sabía un fracasado), que rastrea y rastrea hasta encontrar lo que busca. Las voces me daban órdenes constantemente, por lo que no podía atender a nada ni a nadie, más que a lo que algunas de las voces que de vez en cuando se oían más claramente por gritar más alto que las demás me decían, o dejar a las otras en otro nivel. Una vez me pusieron un examen consistente, en que si acertaba las preguntas que ellos me hacían podía miccionar, pero si no decía las cosas como a ellos les gustaba, se obstruía mi pene, como si tuviera arenilla en su interior, y de él no salía nada, hasta la siguiente pregunta, la que era acto seguido y de forma atolondrada, imperativa y rápida, como todo allí.

Entre bebiendo agua y orinando me pasé la noche entera, pasando el desesperante y acuciante examen, que más era un examen de conciencia y de tendencias ideológicas que de conceptos.

Esa misma noche, les dije que el libro de adultos que sobre los trece años me leí, y que más me gustó, fue el de E. M. Nathanson: *Doce del patíbulo*, el que ni mucho menos era un libro de guerra, sino que la guerra era una disculpa para contar cómo un superior, un mando militar, hacía de unos reclusos gente que diera su vida por un ideal loable. Eso le dije a FG, quien en un tono bastante irónico, proclamaba como a los cuatro

vientos: “Un genio, pero si es un genio...”, y lo cierto es que yo había dicho eso con esa intención, pero eso no quitaba para que me doliera el que se burlara de mí por mi prepotencia. No le conté que leía desde toda la vida, toda clase de lecturas, desde Corín Tellado, hasta el *Quijote* (en versión juvenil), y aunque pensé decírselo, me lo callé, en vista de lo visto. Sí quería preguntarle sobre si él se había leído *El Capital* de pequeño, pues por sus ínfulas así me lo parecía, aunque también me lo callé.

Cada vez las voces se me hacían más insoportables, cuando de repente aparecieron sorprendiéndome y emocionándome unas de un ser muy conocido: mi padre, quien aparecía con una voz regia, y quien vino como la salvación a mi tortura, a pesar de que todo lo que él me decía y por tanto me parecía que era lo único que le interesaba, era que pidiera dinero a “¡estos socialistas de mierda!” Me animaba muchísimo ver a mi padre conmigo, con el que me sentía infinitamente más seguro.

Mi padre era de derechas, y por tanto empezaron a aparecer personajes de derechas, entre ellos, Aznar como líder visible, y Mario Conde como mediador de la fortuna que deberían desembolsar los socialistas hacia mi persona por el abuso que habían cometido conmigo.

Otro examen que me pusieron fue el salvar al mundo de una hecatombe mundial relacionada con esa guerra, por lo que llamé a un profesor de La Laguna, Matías Ll, para que ejerciera de árbitro; a Pepe, mi cuñado, para que se encargara de

regular mi corazón para evitar los posibles infartos, extrasístoles, arritmias, etc., y a mi padrino para que se ocupara de la ventilación pulmonar, pues han de tener presente que soy asmático; todo esto pues, lo hacía para prevenir una más que posible parada o colapso cardiorrespiratorio, tal y como iban las cosas, y si encima me iban ahora a examinar, no les cuento cómo debía y fue aquello.

La cosa era, en resumen, que al fin de éste, un servidor había salvado al mundo de un gran malhechor, el que había organizado el tinglado de la guerra, Saddam Hussein, por lo que ahora debía ocultarme; me escondía en medio de la plebe mientras ésta miraba desde la calle hacia el balcón donde estaban los dirigentes negativos, tal como yo estaba convencido que ocurría en *Fuenteovejuna*, e iba hacia atrás y corriendo de un lado a otro entre todos, mientras preguntaban los líderes opresores a los presentes, que quién había sido el malhechor. Y el pueblo, todo a una, respondía:

—¡Todos nosotros!

En lugar de Fuenteovejuna, que por lo visto es lo que dice en realidad el pueblo.

Otra cosa que no recuerdo exactamente, era que después me pasaron a una playa canaria desierta muy conocida y querida por mí: Los Secos, y allí intentaba intercambiar mi cara con la de mis amigos, especialmente la de Miguel, quien a su vez tomaba mi cara, pero conservaba su cuerpo. Así intercambiaba rostros y caras varias veces.

Y allí, en esa playa, intentaba perderme en el horizonte, para huir de mis perseguidores, quienes de esa forma, no me podrían localizar por

medio del rastreo de y sobre mi mente, por no estar ésta 'disponible', sino perdida en algún lugar del océano. Recuerdo, aunque no con demasiada nitidez los pensamientos sobre los que creía que eran hechos que quería de esos momentos envolver, pero sí que para conservar en mi memoria todo lo que ocurría, otros y yo envolvíamos mentalmente mi cerebro con varias cosas varias veces, entre ellas, y principalmente como mejor conservante, en papel platina, al igual que mi espina dorsal, y así infinidad de cosas raras. Cosas que a la vez me preguntaba cómo se me podían ocurrir, asunto de qué venían a mi mente. Todo esto se acompañaba de lecturas de un par de renglones únicamente de cada vez, salvo en alguna que otra ocasión, sobre la guerra que empezaba, y las voces alocadamente me hacían girar como un robot la cabeza de un lado a otro, o bien mirar colores de una parte a otra, hasta me dijeron que cambiara de cama para no ver los monstruos, entre ellos ratones gigantescos, que pasaban por la ventana de mi doble cuarto. Esto era a toda hora, de tal manera que un día fue la señora de la pensión a ver qué pasaba y le abrí con las sábanas y las mantas por el suelo, donde yo estaba arrastrándome y reptando, pues allí me tenían las voces de los socialistas con motivo de salvar al mundo, y luego esconderme de mis perseguidores.

También me daban órdenes gente de fuera, e incluso llamaron a Hawking para que lo hiciera, con el que sentí verdadero pavor; su voz y su boca pasaron revoloteando a mí alrededor diciendo:

—¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?...

A distintas frecuencias de voz, casi indistinguibles unas de otras, para ver si podía ‘coger’ en alguna de ellas al que le había perturbado en su trabajo; por fin se marchó, al tiempo que pensé que si este genio se introducía en mi cerebro me destrozaría, con un simple gesto, vamos al más mínimo deseo suyo.

Las voces eran crueles.

Mi profesor de Galénica de La Laguna, al final, viendo el descontrol y desastre que era aquel pseudoexamen dijo:

—¡Pero bueno!, yo soy un preclaro y a mí nunca me ha pasado nada de esto...

—¡Preclaro de los cojones!, ¿y yo qué soy?

Esto respondí de mal talante al que fuera un profesor de los más respetados por mí, pues lo cierto es que me tenían más que hartos. Todos.

Otro de esos días me dijeron que saliera a la calle, donde fui, y allí me decían: “A la derecha, ¡corre!, ahora a la izquierda”, etc., etc. Otra vez volvía a no saber qué hacer, por lo que en esa ocasión, intentando ir a un sitio y a otro de los que me decían las voces, no me moví del mismo. Sí me extrañaba, que habiendo guerra como la había, la gente siguiera tan normal, yendo a tomar cañas a las terrazas, y demás.

Una noche, según las voces, la guerra con España era inminente y el que esto escribe decía que daba su vida por salvar a su familia, a cambio de ello, debía haber un avión disponible para toda ella; y me imaginé que estaba en la pista al borde de la escalinata del avión, y les iba diciendo a todos los familiares que entraran; la que se retrasó

fue mi hermana Maru (la segunda), por lo que me indigné con ella, pero es que no venían sus hijos, a los que estaba esperando al pie de la escalinata.

Antes de esto, las voces de los socialistas, me habían asegurado que había un tanque blindado frente a mi casa, en Las Palmas, para proteger a mi familia de cualquier invasión.

A todo esto llamaba a los líderes de mi familia para ver cómo estaba la situación, y para tranquilizar a los que no eran líderes.

Una vez mi padre me cogió, pues su voz iba y venía, del que me extrañaba el que tuviera la voz más regia de todos, lo que achiqué al alcohol, o porque fuera el mayor de los allí presente, y me dijo: “Ven a la calle”, y salí. Era de noche, y por el camino, me hizo ver cómo FG y otros, iban sobre mis hombros, como si fueran en un camello, y el camello, un servidor, los dirigiera a su antojo. No era mucho, pero algo me consolaba este dominio sobre mis dominadores absolutos. Luego me escondí en un portal, donde meé y donde se confabulaban Mario Conde y mi padre para pedirles cantidades desorbitadas de dinero a los socialistas, por el disparate que seguían haciendo con mi persona, se hablaba de oro en todo el mundo, pero principalmente en todos los países europeos y de Oriente Medio; eran tan fabulosas las cantidades de dinero que según ellos iba a conseguir, que ni siquiera me haría falta viajar con tarjetas de crédito, pues tendría crédito en todos lados.

A todo esto, Juancho, que ya parecía que se decantaba hacia mi familia, y por tanto también hacia mí, me preguntaba que qué libro era ese del

que se hablaba. Supuse que debía ser un libro que pertenecía a mi tío Joaquín, uno que era o bien un manuscrito que tenía él muy viejo o quizás el *Quijote* propiedad de ese mismo tío, que tenía yo en mi casa. En ese mismo momento metió como su mano (la de Juancho), en mi cabeza, y me cogió como unas cáscaras similares a los esqueletos del calamar, mientras decía: “Deja ver lo que tienes aquí”. “¡Eh, cuidado, que eso es mío!”, repliqué. De todas maneras, al instante, me di cuenta que era imposible saber qué tenía yo en mi memoria por ese sistema, por lo que le dejé hacer.

Las voces me dijeron que fuera a Madrid, mientras y continuamente, pedía yo que a mi familia no se la tocara.

Una cosa que me extrañaba, es que fuera donde fuera, nunca me faltaba dinero, es más, siempre gastaba justo lo que tenía, y esto, sin yo saber lo que llevaba en los bolsillos, ni lo que me quedaba nunca, pero siempre llegaba de vuelta a la pensión, con diez pesetas o poco más, o sea, nada. Una noche, amargado, salí de mi casa con un cuchillo, dispuesto a cargarme a un espía, pues tenía claro que era un espía el que me estaba vigilando por Santiago, y que hacía posible que a los sitios a los que iba, todo coincidiera exactamente con lo que me decían las voces. Cuando llegué a donde estaba Totó, solté el cuchillo encima de la cama y me asusté como pocas veces, mientras pensé: “¿Yo, qué hago con esto?”.

Le dije a Totó de irnos a una pensión los dos solos, que sacara dinero, pues yo seguía sin tarjeta, y eso hicimos. La habitación no tenía llave.

Nada más entrar, me fui a la ducha, y de la barahúnda que tenía en la cabeza, ya ni siquiera coordinaba como para saber lo elemental, si el agua caliente era para relajar y la fría para estimular o viceversa, lo cierto es que abría y cerraba las llaves del agua y que Dios hiciera lo que quisiera, aunque no fue esto lo que pensé, pues nada me dejaban pensar las disparatadas voces. Esa noche después de estar otras cinco sin dormir, dormí algo, pero antes de hacerlo, vi la ventana, miré hacia abajo, y me dije: “Uf, espero que no me manden saltar por aquí”. La puerta de la habitación no cerraba, así que tuvimos que poner una mesa que la atrancara. No sé si Totó durmió conmigo, pues cuando me desperté la vi a ella como llegar y entrar en el cuarto; no le dije nada.

FG se pasaba muchas veces diciendo que había que hacer un *‘pre-program-desprogram’*, dando a entender, que había que hacer un lío lo más grande posible en mi cabeza, de tal forma que yo ya no supiera qué es lo que había pasado y qué no. Y algo de eso ha ocurrido, olvidándoseme muchas de las cosas que me había a mí mismo obligado a no olvidar.

El par de horas que dormí me recuperaron, gracias a lo cual fui al banco y saqué bastante dinero para pagar las deudas y poderme ir a Madrid, si era necesario; sí, ir donde vivía FG, aunque tuviera que ir a La Moncloa saltando de casa en casa para burlar la guardia personal, pues lo que a mí me ocurría, tenía que aclararse. Anteriormente, me había visto una noche en el aeropuerto de Santiago, yendo y regresando en distin-

tos taxis, al no atreverme a coger un avión, ya que como bien me decían las voces de los socialistas (principalmente FG, siempre él), si cogía el avión, está claro, que mandarían un misil para destruirlo (escudándose en la guerra), pues yo era el que tenía el secreto único que podía derrocar a Felipe, el que hubiera hecho abuso de poder sobre un joven indefenso: un servidor. Al final, me entró miedo, y volví como dije en otro taxi, al que tuvo que llamar el vigilante de los aparcamientos del recinto, ya que me dio terror entrar al edificio del aeropuerto, aparte de que creí que podía estar cerrado, pues no sabía si éstos abrían por las noches, vamos, si se viajaba de noche o no.

Una tarde me fui a un bar de muy buen aspecto a tomarme con Totó un café, en el que vi un teléfono, y le dije a ella, insistentemente, que me iban a llamar allí. No le dije toda la verdad, que quien me decía que me iba a llamar era FG, desde su teléfono rojo personal, y que cómo no iba a saber él dónde estaba yo en ese momento, cuando era el hombre mejor informado del país, según él mismo me estaba diciendo. Que no me preocupara, que ya llamaba, me repetía insistentemente nuestro líder político, pues me lo tenía merecido, por haber sido tan fiel a la patria. Esas y todas las voces, me decían continuamente que en ese mismo instante me llamaban, siempre que ya me llamaban, o sea, que lo estaban haciendo o lo iban a hacer ya, pero nunca llamaba nadie. Estaba sólo, bueno, con demasiada gente en mi cabeza, pero casi todos desconocidos, personas que no me querían nada bien.

Otra tarde, cercana a la del aeropuerto, har-to de todo, me puse los vaqueros nuevos aunque por el torso iba con el uniforme de siempre y salí de la pensión con la intención de arreglar todo. No recuerdo qué más hice ese día, sino que cuando me di cuenta estaba en un tren, pero el paisaje que veía me parecía muy verde como para estar-me dirigiendo a Madrid, que era donde pensaba ir, por ello, pregunté a un chico, que si iba a Ma-drid ese tren, y me dijo que no, por lo que volví a preguntarle dónde podría coger uno para ir allí, y me lo indicó, donde me bajé; seguía oyendo las voces pero algo más lejanas.

Cuando llegué a la estación, pregunté que a qué hora salía el tren para Madrid, y me dijeron que a las doce de la noche.

Salí a dar una vuelta por el pueblo y me compré una camisa y luego tiré la que llevaba en una papelera y el jersey por encima del muro de un edificio en construcción (pues no era plan pre-sentarse así en casa de mi hermana y su novio, y caso de tener que ir a vigilar a FG), con lo que oí a los obreros congratularse con ese regalo, no sé por qué pues llevaba un año casi sin quitármelo de encima. El de la tienda, viendo el negocio que había hecho conmigo al comprarle una camisa tan cara sin casi preguntar ni probármela ni nada, me regaló dos pares de calcetines de colores: amarillo, unos, color vino brillante los otros; todos los tiré en una papelera, pues tampoco era plan llevarlos en la mano, en una bolsa plástica. Pregunté en una parada de taxis que cuánto me saldría ir a Madrid, y todos me decían que sobre las treinta

mil pesetas, lo que me pareció un disparate total, por lo que decidí hacer tiempo en lo que salía el tren.

Seguían las voces, las que no me dejaban hacer nada, ni siquiera comprar, ni alimentarme, de lo que me había olvidado por completo, haciendo ya días que no comía nada o casi nada, pero ahora estaba la de mi padre para consolarme, la que iba y venía, según me decía, porque estaba buscando aliados para nuestra causa; éste me espoleaba, cuando estaba por una finca a la que por allí me llevaron las voces, para que ensuciara los zapatos de barro en los descampados, alegando que eso era vida, que el barro era la vida. No me preocupaba porque se me ensuciaran los zapatos, sino que lo que quería era agradar y estar un tiempo con mi padre, con el que hacía años que no estaba. Suponía que el barro a él le debía recordar sus años de adolescencia, en los terrenos de su madre.

Después me dijo que subiera las escaleras de una casa atípica respecto a las de la zona, por ser la más pobre de todas y que tocara en la puerta, cosa que hice, y aunque la puerta no se abrió, sí vi en una alucinación sencilla y traslúcida, como las imágenes de una bruja con su bola mágica, a lo que le dije que si eso era todo, que después de lo vivido eso era calderilla; posteriormente me hizo pasear por el campo, donde había grandes terrenos con sus respectivos enormes chalés.

Como me dio la impresión que lo que mi padre buscaba era tenerme como quien tiene a su lado a un perro asesino, con el que siempre hay

que estar alerta, era por lo que me revelaba, y le gritaba: “¡No, no, quiero ser una persona normal...!”; le decía medio temblando, al imaginarme cómo me veía él, o sea, sentado en un sillón frente a una chimenea, y con ese dobermann negro asesino a mi lado, al que yo le acariciaba pensativo la cabeza. En esa imagen me veía a mí mismo con traje azul marino, y corbata oscura, siendo los ojos del atlético perro, sanguíneos.

De pronto me dijo: “¿Ves ese coche? —era un Citroën de esos de centro de gravedad variable, un cuatro latas creo que se llaman—, pues bien ponte en la parte de atrás y mira hacia dentro”, lo que hice y me causó una sensación sumamente agradable; desde ahí se veía como si la manivela de las marchas se pusiera a funcionar por sí sola, y dentro del coche, entre brumas, se apreciaban como muchos pájaros en el cielo dando vueltas y vueltas, sobre los que él me decía que eran carroña y buitres, y que como no me diera prisa en contar todo lo que me había pasado, me quitarían todas las ideas y otras me las robarían de mi mente —y así parece que ha sido, pues ya no soy capaz de recordar ni la mitad de las cosas que me ocurrieron, aparte de que se han escrito libros y se han hecho películas sobre voces y alucinaciones—. Luego me dijo que me subiera al coche, cosa que hice, y que me pusiera la rebeca verdosa que allí había, cosa que también hice, y que condujera (cosa imposible pues no sabía conducir); en eso llegó uno y me increpó:

—¡Eh!, ¿Qué haces ahí?

Me disculpé y me avergoncé, aunque no como debiera, pues mi estado de ánimo no me lo permitía.

Seguí deambulando por las tierras, hasta que me cansé y opté por ir al pueblo, a cuya entrada había un parque en el que las mujeres dejaban jugar a sus hijos, y aseguraría que mi aspecto les tuvo que dar miedo, pues retiraron inmediatamente a éstos de mi lado.

Una vez en el pueblo observé cosas muy extrañas, así por ejemplo, me sorprendía ver a camareros con chaleco rojo y fajín negro, llamando por teléfono de la calle, y chicas riendo por los alrededores míos, parecía que estaban todos enamorados, danzando a mí alrededor, no sabía qué pasaba, lo cierto es que me fui a sentar en un escalón de la entrada de una casa, y allí me quedé un rato. Cuando pregunté la hora, eran las doce menos veinte: “¡Hora de irme!”, por lo que me encaminé a la estación.

Mientras esto ocurría, las voces me decían que Saso estaba protegida bajo una campana de acero inexpugnable, y Juancho estaba en Vigo, intentando resolver este problema.

Cuando cogí el tren, había vuelto a perder la noción del tiempo, y aunque sabía que era de noche, pues oscuro estaba, no sabía cuántas llevaba sin dormir, ni qué día era. Tampoco sé si di alguna cabezada en el tren, creo que sí, pues de éste sólo recuerdo que éramos tres en el departamento, y que el que se sentaba a mi lado se quitó los zapatos y se acomodó para dormir, tumbándose a lo largo; del resto no me acuerdo de nada más, a no ser que al principio, hubo como una confabulación

entre FG y sus ministros a ver qué hacían conmigo y cómo pasaba yo la noche, pero de eso no hice caso, ya que estaba rendido, y lo único que me interesaba era que tenía que arreglar esta situación y ver qué estaba pasando en realidad, si estaba yo mal, loco, o era un truco mágico lo que allí pasaba, y si era así, por qué a mí.

Cuando llegué a Madrid, no sé cómo pude dar con la casa de mi hermana, lo cierto es que me encontré en ella, tras tomarme un cortado en una terraza y un vaso de agua.

Cuando llegué, vi que no había nadie en el piso, al menos nadie me abría la puerta al llamar, por lo que bajé al recibidor, luego pensé en llamar a la vecina y decirle si sabía dónde estaban, lo que hice, y la que me contestó que no sabía nada, pero que si quería saltar por el balcón que seguramente estaría abierta la puerta. Eso hice, pero una vez en el balcón de casa de mi hermana me dije: “¿Y si Juancho viene y me dice que qué es lo que hago yo allí?, y la cosa es que tendría razón”, fue por lo que opté por volver atrás, y le dije a la vecina que los esperaba abajo, en el hall, quien me contestó que como quisiera.

Me fui a éste y allí sentado, empecé a quitarme los rastros de los calcetines, de los que me había llenado en el pueblo; a los pocos minutos y mientras seguía con esta labor, vino Juancho, el cual no se asombró mucho de verme, y sólo me dijo:

—Si a lo que vienes es para traer algún problema a tu hermana, no cuentes con eso.

No le respondí, es más no hablé en todo el día. Él me dijo tan sólo cosas sueltas tales como:

—...Un *yuppy* macarra... ¡Ay, Arturo!

Arturo fue el profesor que me puteó de forma inaudita en La Laguna, y por el que tuve que marcharme a Santiago.

—...Vengo de Vig...¡Cádiz!

Al decir esto, suponía que había estado allí arreglando mi problema.

—Porque escribí un artículo en el que decía que John Lennon vive...

Esto también creía que lo decía por mí, como si yo fuera de un calibre parecido a ese músico, y por lo tanto, que la cosa marchaba, que iba todo sobre ruedas, y que estaba ya en familia.

A todo esto, barruntaba: “Bien, la cosa va bien, pero qué mal vestido viene, si quiere dar la impresión de que viene de unas conferencias y con una maleta vieja, del trabajo de mi hermana, cuando creo que éstas son ilegales usarlas las personas que no pertenecen a la compañía”, con ello también sacaba en conclusión que había estado por allí cerca, espiándome, y observando mis pasos, para ver qué hacía yo.

Otra cosa que me sorprendió y me daba la razón sobre que algo pasaba, es que según él dice se controla mucho con los puros que fuma, y en un poco de tiempo de la tarde que estuve allí, primero lo vi ir al salón con uno a la mitad, y luego con otro algo mayor: “¿será que está nervioso por algo?”, me preguntaba. La verdad es que estaba seguro que estaba nervioso porque estaba sucediendo algo realmente importante en el mundo, y

que el protagonista de todo ello era este, en esos momentos, nada humilde servidor.

Poco después puso música clásica a todo volumen, para que yo no oyera lo que habían grabado en el contestador telefónico y mientras llamaba por teléfono. Cuando esto acabó, puso la tele, y el primer programa que se vio fue una película española basada en algún clásico. Cuando empezó, en las primeras imágenes de ella, a él lo encontré rarísimo y como si le estuvieran invadiendo alocadamente las voces ahora a su cerebro, e inmediatamente cambió de canal a uno de un musical. También pensé, aunque lo descarté enseguida, si era porque suponía que iba a ser erótica la película, lo que le resultaría violento ver con un desconocido como casi era yo.

Poco rato después me duché, o quizás fue antes de ver la tele, no sé, lo cierto es que mientras eso hacía observaba todas las reformas hechas en la casa.

Ya por fin me fui a dormir al sofá, no sin antes insinuarme, que para la próxima fuera a un hotel, en lugar de quedarme allí.

Ese día dormí como hacía meses que no lo hacía. A la mañana siguiente, se levantó antes que yo y se fue a desayunar y a buscar los periódicos; cuando llegó le pregunté que dónde podía desayunar. Me dirigí al lugar que me dijo y sospechando los precios, desayuné ligerito. Fue caro, carísimo, lo que le comuniqué nada más llegar.

—¡Pues ahí es donde voy yo todos los días a desayunar!

Fueron sus palabras.

Durante mi estancia en Madrid las voces se suavizaron totalmente, incluso muchas veces desaparecían, por lo que me puse a hojear los periódicos y observé que en uno, en *El País*, había un dibujo de un mapa de España, y sobre él un joven delgado, con vaqueros osurillos, y camisa de rallas de manga corta, peinado para atrás, con un cigarro encendido entre los labios, y temblando.

Me llevé el periódico al retrete, donde intenté defecar, no recuerdo si pude hacerlo o no, pues tampoco tenía tanta comida digerida que eliminar, pero lo que sí recuerdo es que en ese momento, las voces volvieron otra vez, y no me dejaban que me concentrara lo más mínimo en la mitad inferior de la hoja, para leer lo que decía el artículo del joven representado; las voces eran como susurros, en voz baja, pero lo justo para no dejarme que entendiera ni una palabra. Pensaba que a lo mejor se trataba de algún artículo sobre algún etarra, el que estaría sitiado por la policía, y de ahí el dibujo, pues aunque algo me decía que el que estaba representado en el dibujo era yo, no había motivo alguno para que un mequetrefe de mi talla intelectual saliera en el periódico de más venta de España, y en domingo.

Otra cosa que me enseñó fue el dominical de ese periódico, cuya portada era muy representativa: se veían las caricaturas de Felipe González de cacería, mientras Adolfo Guerra tenía asida España con la boca, este último era el dibujo del cuerpo de un perro con su cabeza.

Vi o creí entender como que todo andaba sobre ruedas, o sea, que mientras FG hacía experi-

mentos con mi persona, Guerra llevaba el control del país, de ahí que él no saliera en las voces de mi cerebro; al principio creí que no salía en las voces, porque no quería ensuciarse las manos con asunto tan sucio como era el abuso de poder que era aquello, que él se consideraba más íntegro que ese juego deshonesto, por mucho que en aquellos momentos la mayoría de mi familia fuera franquista, y por tanto enemiga de la democracia, y más concretamente de los nuevos y jóvenes gobernantes: LOS SOCIALISTAS.

No sé quién llamó a quién, lo cierto es que hablé con mi padrino, el cual me dijo que me fuera a Las Palmas; le dije que sí, aunque en un tono en el que se sobreentendía que no iría (entre otras cosas porque tenía pendiente los exámenes finales, y porque daba por hecho que todo estaba bajo control, según indicaban todos los indicios). Lo que estaba pasando, era una inaudita calma en medio de la tempestad.

Opté por despedirme del novio de mi hermana, mientras éste me decía que se iba a almorzar con su médico, en un tono, como diciendo, yo me voy con los de mi clase, tú con los de la tuya, vamos, los pobres: capté el mensaje. Años después pensé que a lo mejor lo que me quería decir era que debía yo ir a un médico. Me quité un zapato y no pude encontrar el billete de cinco mil que había puesto, pues había separado todo el dinero, por si acaso era robado, por lo que tuve que pedirle a Juancho cinco mil pesetas, quien en lugar de eso, me dio una burrada de dinero, por lo que le dije:

—Ya te lo pagaré.

—Pareces un militar —lo que creí que quería decir que esas deudas sólo se pagaban entre los reclutas, por lo que nunca se lo he devuelto.

Antes de marcharme, insistió en que volviera a llamar y preguntara de qué estación salía el tren, alegando que yo no sabía cómo era aquello, y la verdad es que tenía razón, pues no tenía ni idea de que en Madrid hubiera más de una, aunque cuando me enteré pensé que preguntando se llega a Roma, y por tanto podría preguntar en el metro, así y todo, volví a llamar por teléfono y pregunté de qué estación salía el tren para Santiago; él, más inteligente que yo, requetesabía ya por esa época, que más rápido se va a tiro hecho.

Me fui en clase turista (como siempre) en un buen tren; previamente había comprado muchas revistas para el trayecto. Ya en el tren compré los auriculares para oír la televisión, pero ni el leer ni el ver la tele me fueron posibles, pues las voces, nada más sentarme en el tren, se acrecentaron al máximo otra vez, dándome órdenes y más órdenes.

Llegué a Santiago nuevamente extenuado y desmoralizado, hasta el punto de que no quería estar en mi pensión, pues sabía a qué me atenía, a sufrir y sufrir lo que las voces quisieran ordenarme.

Me había comprado en la estación un periódico igual al que había ojeado en el baño, pero no había visto la noticia en la que aparecía yo, o que yo creía que el que salía era yo. Al no verme, me cuestioné si sería un periódico que habían hecho expresamente para Juancho, el cual al ser periodista, bien podía haber mandado a algún amigo suyo a que le hiciera una página con eso; otra po-

sibilidad era que no hubiera sido él el que hubiera mandado a hacer ése o una pequeña tirada de periódicos destinados a la tienda dónde él los iba a comprar a diario; también podía ser que el periódico que yo había comprado, por algún motivo, no tuviera ese dibujo, por lo que pedí el mismo periódico a uno que vi en un bar en el que me metí con la disculpa de tomarme un cortado, pero al que entré para pedir el periódico, aún a sabiendas, de que el interpelado, al verme con un periódico igual, podía incluso llegar a pensar que yo era raro. Me tenía que arriesgar y eso hice. En el otro periódico tampoco estaba la noticia. Algo pasaba, y podía ser que todo estuviera controlado, o bien que todo estuviera demasiado descontrolado, pero lo cierto es que eso, para un joven de esa edad, era mucho, al menos para mí lo era.

Decidí ir a cortarme el pelo, lo cual se lo dije a la señora encargada de la habitación, quien me indicó dónde ir, aunque se explicó muy mal. Fui al final a una escuela de peluquería, que fue lo primero que encontré. Les he de comentar, que incluso ya con buen tiempo, siempre sacaba mi paraguas, hiciera el tiempo que hiciera, y me da que entre los miembros de la Facultad yo era conocido por éste. Lo cierto es que no llovió mucho o mejor, nada, ese año.

Decidí, después de que me pelaran (muy mal por cierto, ya que la que lo hizo estaba aprendiendo, y aunque al final me repasó la instructora, no me dejaron nada bien), irme al Ferrol, tras llamar a Totó por teléfono. Ella me dijo que fuera, y para allí acudí. Estaba locamente enamorado de esa

joven, lo que me hacía depender emocionalmente de ella, si bien, aún no habíamos yacido juntos.

Fui a la estación de guaguas, y allí, en la cafetería, cuando me iba a tomar un cortado, vi a uno que me pareció un ser inteligente, aunque me extrañó lo humildemente vestido que iba: llevaba una camisa celeste vaquera tremendamente vieja y estropeada. Mentalmente, pues así creí que se podía hablar con los sujetos que sabían usar mejor de lo normal la mente, le increpé insistentemente: “¿¡Qué, qué, qué...!?” “Nada, poca cosa, y ¿tú, pez gordo?”, viendo que iba de humilde, me ganó y bajando la guardia le respondí con el pensamiento dejándolo traslucir al exterior: “Sí. Me cogió un profesor y...”, “¡Chulo, chulo barrio...!”, me largó él. Como vi que tenía razón, y que había sido un chulo, no pedí el café, y salí de allí a escape, aunque mientras me preguntó el señor: “¿Qué, qué, qué?” “Secreta”, fue mi escueta respuesta mientras me marchaba cabizbajo, sin saber todavía por qué de mi mente salió eso. Me preguntaba cómo es que siendo un ejecutivo, pues el carisma que tenía era el de uno, iba tan mal vestido, por lo que me dije que debía ir de incógnito; también, y cómo no, me cuestioné si no estaría allí para seguirme, para espiarme a mí, aunque me preguntara a mí por mi dedicación, claro, que bien podía ser que estuviera muy bien entrenado, y se estuviera haciendo el sueco, vamos el que no sabía nada de lo que estaba ocurriendo, cuando en realidad era un secuaz mandado por FG, para vigilarme. Barruntaba: “Todo puede ser”, y nada, a la vez.

Tomé la guagua para El Ferrol y una vez allí, vi como ella me esperaba en la estación; la saludé agradeciéndole que me hubiera ido a buscar, pues era la primera vez que iba a su ciudad.

Una vez allí, ella me llevó a casa del novio de su hermana; la casa que en otros tiempos fuera gloriosa, ahora parecía un tanto desvencijada.

La madre me dio una toalla más bien áspera y ajada con la que secarme, señal de la decadencia de la casa. Esa tarde la pasé con el novio de la hermana de mi amada, y con su hermano (el del novio); no me parecía una persona extraña, aunque de él se decía que estaba loco, en cambio del otro (del novio) yo veía que era un bruto, sin educación alguna, quien sin embargo estaba muy bien considerado.

Estaba el último pensando en irse de vacaciones a Marruecos con un amigo, por lo que me cuestioné si irían con fines 'espiatorios', pero al final lo deseché de la mente, por considerarlo poco apto para aventuras intelectuales, y si el normal de los estudiantes de Santiago no había captado la gravedad de la situación de la guerra, cuánto menos lo habría hecho aquel bruto inculto. Esa noche no sé si salimos, vamos a suponer que no.

Al día siguiente me fue a buscar Totó para irnos a la playa y presentarme a una hermana pedagoga de profesión. Me subí al coche, un SEAT antiguo y de los más pequeños, por una de las puertas traseras, y una vez sentado, las voces me decían alocadamente, que nos iban a matar. Con el pensamiento les decía que si alguien había de morir, ése sería yo, causa por la que ponía mi ca-

beza bien visible en medio de las de ellas, para si querían torpedearnos o dispararnos al primero que alcanzaran fuera a mí; nada de esto ocurrió lógicamente. Cuando llegamos a la playa, me quedé asombrado de lo grande que era, y aunque decían que era un trozo de ría, a mí me pareció enorme.

Nada más llegar, nos sentamos en la arena, aunque para mi gusto sentía frío, y no se me ocurrió quedarme en camiseta por la falta de costumbre de estar con ella en una playa.

Cuando ellas decidieron ir a bañarse, no estaba muy convencido, pero les acompañé al agua, y en el trayecto, a Totó casi le da un infarto, pues vio a su ex novio jugando a las raquetas, de lo que enseguida deduje que seguía enamorada de ese sujeto. En ese mismo momento me dijo que yo estaba muy flaco, cosa lógica comparándome con él. Seguía teniendo frío, y de pronto las voces me dijeron que tuviera cuidado, pues no conocía las corrientes de ese lugar, así que entre el frío y el acojono, decidí no bañarme.

Decirles que en El Ferrol, por más que las voces me dijeran que me iban a asesinar, me sentía seguro, pues sabía que aquello era un cantón de derechas, o sea que mi padre estaría allí protegiéndome. Lo que debería extrañarme, pues de toda la vida, un servidor había sido de izquierdas.

No recuerdo dónde comí, ni siquiera si comí, lo cierto es que por la tarde me vi paseando con Totó por la Comandancia de Marina, y a ella no se le ocurrió otra cosa que encender un porro, mientras me dije: “Bueno, ya salió la cheli”. Me invitó,

pero rehusé, sin ninguna explicación. Después nos fuimos a comer unas patatitas bravas (como ella gustaba llamarlas) por unas tascas; más tarde aparecieron sus dos hermanas con sus novios respectivos, y nos fuimos a tomar unas cañas todos juntos.

En eso pasó por allí el antiguo novio de Totó con su melenita rubianca y sus amigotes, situación que me pareció absurda y más su cortesía, pero si a ellas les gustaba, todo fuera por agradarlas.

Por último, nos fuimos a unos pubs donde estuvimos unas dos o tres horas, no mucho tiempo, pues una de las parejas tenía que trabajar a la mañana siguiente, así que nos despedimos y nos fuimos a dormir cada uno a sus respectivas casas. Cuando llegué a la casa que me habían asignado, encontramos en la cocina una gran tortilla española, y aunque cené poco para dejársela a mis anfitriones, la boca se me hizo agua.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, observé que estaba casi en un cuarto trastero, y que había cerrado la puerta por dentro; cómo lo hice, no tengo ni idea, lo cierto es que mi acompañante de cuarto, el novio de la hermana de Totó, ya no estaba. Asombrado me fui a duchar, y después de esto me puse a hablar con el que decían que estaba loco, y la verdad es que a mí me parecía de lo más cuerdo; mientras tanto, las voces me decían que mirara hacia la calle y que observara que frente a nosotros había un barco de guerra a punto de torpedearnos. Miré por la ventana, sin saber si allí había un muelle o no, y allí estaba el barco, aunque no con el cañón dirigido a la casa. Como compren-

derán, lo pasaba fatal con estas cosas, estando angustiado y en tensión constantemente.

Cuando fue a buscarme Totó, ésta me dijo que la madre de ellas, le había dicho que me tenía que marchar, así que empaqueté en la bolsa las pocas cosas que llevé y luego me fui a pasear con Totó a un sitio donde teníamos que coger un barquichuelo para ir a la otra orilla; a mí ya no me quedaba dinero, por lo que fue ella quien lo pagaba todo; me hizo ilusión el barco, pues desde joven he estado relacionado con ellos, y se puede decir que fui algo navegante.

Lo pasamos bien en ese sitio de la otra orilla, donde nos tomamos una taza de ribeiro acompañado de una tapita de pulpo a la gallega. Había muy pocas casas en ese lugar, y todo lo que se veía era de lo más pintoresco; después del tentempié, a Totó le dio porque fuéramos a bañarnos, cosa que a mí no me hacía ninguna gracia, pues el puertito me resultaba bastante sucio; en vista de que no había otra cosa que hacer, decidimos tomar el barco de vuelta.

Me tenía que marchar a Santiago, así que mientras llegaba la hora de la despedida tomándonos un café en la terminal, Totó me dijo que su padre era un alto cargo de un buen buque de guerra, con lo que me reí estrepitosamente, pues en esos días había estado en su casa, y vi el baño, donde me habían cortado o mejor intentado emparejar mi pelo, (posiblemente me lo dejaron peor de lo que lo tenía), y me pude percatar que el nivel económico del baño no concordaba con el rango que decía poseer su padre.

Ya me iba a subir a la guagua de regreso, cuando Totó fue a una tienda de revistas y me compró una para que me entretuviera durante el trayecto, alegando que era allí costumbre hacer regalos en las despedidas; ésta era de modas, y estaban promocionándola, pero aún así me asombró su precio: quince pesetas.

Me hizo gracia el detalle tan económico, aunque se lo agradecí, es más, la conservé durante muchos años.

En el trayecto no ocurrió nada, salvo que iba admirado contemplando el espléndido verdor de los campos de Galicia, y los pastos por donde pastaban las vacas libremente, lo que en las islas en las que yo había estado eso era imposible ver.

De regreso a la pensión, pretendía ponerme a estudiar, pues para eso estaba yo allí, por mucho que las voces siguieran diciendo que para resolver la guerra.

No me pude concentrar, pues las voces, entre ellas, como siempre las más impertinentes: las de Felipe González, no me lo permitían. Ahora también me tenía que portar normalmente en la calle, ya que a las pocas semanas iría el Papa, y seguramente Santiago sería un hervidero de policías secretas, pues no hacía tanto del atentado a su Santidad; pero bueno, para mí lo importante en esos momentos era el examen de Bromatología y Toxicología. Quién sabe si en esa visita papal estaba el *quid* de todo, era muy posible.

Cuando me presenté iba oyendo las voces, a las que les pedía que por favor me dejaran concentrarme en el examen. Cuando llegué al aula,

encontré una cosa que en principio un poco me extrañó, y era que no vi a ninguno de mis compañeros, si bien es cierto que uno no estaba muy pendiente de estas cosas, por lo que sin darle más vueltas, me senté en los asientos a base de tablo-
nes fijos de madera de la clase e hice el examen. Cuando lo terminé, una profesora se me acercó y me dijo:

—Tú no eres de este grupo; tú eres de los del Dr. Creus.

Le respondí afirmativamente, y ella me dijo:

—¿No te pareció distinto el examen?

—Sí, más sencillo —fue mi simplona respuesta.

Me llevó hasta la clase donde cuidaba el Dr. Creus, y éste se sonrió al verme, el motivo aún hoy no lo sé, bien pudiera ser porque me viera absolutamente descontrolado, o bien que pensara que me había vuelto loco con el examen, o que por ese examen había estado días y días sin dormir. Me pasaron a otra clase, donde cuidaba el Sr. Huidobro, y allí a pesar del poco tiempo que estuve, tuve una concentración total y absoluta. Me pareció que el examen era igual al que acababa de hacer, salvo una pregunta consistente en dibujar dos aparatos de laboratorio para calentar, de los cuales tan sólo conocía uno (una manta), el otro me lo inventé, y no sé si fue esa mi perdición, pues por el resto del examen pensaba sacar matrícula, no por lo que hube estudiado ese año, sino por lo estudiado en los tres años anteriores y no sólo en la asignatura de “Broma”, sino también en la de Farmacodinamia.

Cuando terminé el examen salí a la calle, y nada más salir empezaron otra vez las voces, pero ahora inexplicablemente comparando con el tiempo pasado en los exámenes, todas a la vez, y perdí al instante toda la concentración absoluta que había tenido, de tal forma que cuando me di cuenta, estaba sentado junto a unas bombonas de gas, en las que claramente se leía: ¡Peligro, No Fumar!, y yo fumando pensé: “Total, de algo tengo que morir”, todo me importaba un rábano.

Un día recordé el cartel visto en la estación de buses, sobre etarras peligrosos, pero no creyendo lo visto, fui nuevamente a verlo, y cuando llegué allí, mi sorpresa fue máxima al ver que uno de los etarras que la policía había puesto como peligroso se parecía a mí; enseguida pensé que eso era una broma de mi cuñado Pepe, y me dije: “¡Ya está este *pringao* haciendo de las suyas!”, por lo que me quedé un rato mirándolo; si pensé eso, fue porque se veía claramente que del cartel estaba sólo esa foto muy borrosa, como si estuviera así porque no habían controlado exactamente quién era, sino que por sospechas, habían puesto una foto de un prototipo de ciudadano, sí, un prototipo del que sospechaban, pero que no sabían exactamente cómo era, y pensé que Pepe, había puesto el cartel así, para que se sospechara de mí y se me vigilara, aunque claro, sin delatarme exactamente. Sí, aunque parezca raro, mi cuñado estaba más de parte de FG, que de la mía. La verdad, es que no se definía por ningún bando, y unas veces estaba a favor de unos y otras de otros. Años después, vería que eso es muy común en todos los

humanos, o la mayoría. Estaba indocumentado, pues en una de mis salidas, las voces me habían dicho que quemara el carné lo que hice en un retrete de un bar de lo más cutre, sin pensar en las consecuencias que eso me podía traer, y que eso era peligroso. La voz que me decía que debía quemar el carné era lógicamente la de FG, alegando, que un espía era mejor estar indocumentado, pues para realizar grandes hazañas, lo mejor era hacerlo sin que nadie supiera quién se era, y caso de caer en manos del enemigo, éste no supiera nunca quién era uno. Como todo me parecía muy razonable, fue por lo que seguía los consejos de esas voces, aunque a veces me cuestionaba ciertas órdenes, o consejos, pues a veces en principio eran consejos, y si no los seguía a rajatabla, se convertían en órdenes. Gracias a Dios, la orden (única) que no seguí, fue la de tirarme por la ventana del cuarto de Totó, con el cristal cerrado.

De todas maneras, ahora oía más las voces de mi padre, el cual me decía que si empezaba en ese momento a escribir, podría hacerme millonario, pero que si aguantaba un poco más, y luego escribía todo lo sucedido, podría incluso vivir en un castillo, a lo que le respondí que yo no quería dinero, sino vivir mi vida tranquilamente, cosa que no conseguía, por lo que les rogaba que me dejaran en paz.

La voz de Felipe, me decía que aquello era un “EXPERIMENTO SOCIAL”, que lo que habían y seguían haciendo con mi persona, era eso, un experimento.

Mi padre me consolaba diciéndome que tendría siempre a Totó a mi lado y que estaría en plena forma y con un cuerpo atlético y atractivo igual que el de los deportistas de élite, de tal manera, que sentía cómo me vibraba el estómago y las piernas, marcándoseme los músculos. Sí es verdad que lo de las piernas dolía bastante, pues era como si me tiraran de los tendones y luego los soltaran rápidamente; esto ocurría casi siempre cuando caminaba.

Otra cosa que me sorprendió, fue que empecé a notar la presencia de dos pares de ojos bien negros o bien blancuzcos que me seguían a todas partes: los negros eran de espías enemigos, los blancos de amigos que me indicaban que esa zona era zona amiga; un ejemplo de esos ojos amigos los ponía Antonio Gala, quien escribía por esa época los artículos titulados: *La Soledad Sonora*, algunos de los cuales parecía que se referían a mí, como cuando decía que si por culpa del gobierno, uno debía ir con él toda la vida de perrito, a él no le importaba nada. Ese perrito creía que era yo.

Tenía que caminar por sitios de lo más dispares, de tal manera que cuando andaba por los arrabales, observaba como la policía nacional me miraba y casi escudriñaba mis pasos, los cuales aligeraba en su presencia. Como siempre, iba con el portafolios para disimular, pero por descampados, poco podía disimular con los apuntes.

Las llamadas a mis familiares proliferaban, a los que ahora sí, les decía que me sentía mal, que no estaba bien, que lo que me ocurría no podía ser normal.

Una de las veces, mi padre me dijo que mi madre debería morir, aunque como yo lo requería tanto, nos veríamos todos juntos, pero una sola vez, una única vez en toda la vida, pero que luego mi madre debería morir, y ya no nos veríamos nunca más todos juntos. Con esto, en mi interior, mi corazón se desgarraba, y me gritaba desde lo más hondo que no, que ese tipo de vida no la quería para mí, que prefería ser siempre un desgraciado, pero vivir una vida normal, en la que pudiera estar normalmente, y ver a mi familia siempre que quisiera, que si ser una persona famosa a un nivel máximo, ya que así se pensaba que fuera debido a la gran gesta realizada por mí de salvar a occidente de la hecatombe, conllevaba eso, pues prefería seguir siendo un ser anónimo, pero con familia y amigos. Me decía mi padre, incluso en qué cafetería de nuestra ciudad de la pequeña ínsula de la que éramos todos, nos veríamos el núcleo familiar, durante unos pequeños instantes, y después, ya nunca más volveríamos a estar todos reunidos. Nunca más.

Una de esas ocasiones pasé por delante de un castillo, o eso me parecía, cuando en él entraron unos niños con una mujer, a la vez que las voces me dijeron que tocara en la gigantesca puerta compacta de hierro, lo que hice, pero afortunadamente ésta no se abrió, y cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, puse pies en polvorosa lo más rápido que pude.

Otra vez estando en mi cuarto, las voces me confundían, así me decían que pertenecían a Domingo, mi padrino, aunque no se parecían nada, y

que si iba arriba lo encontraría. Subí y vi arriba a la señora de la pensión junto a otra señora, quienes me dieron la impresión de que estaban co-siendo. Me asomé a una ventana, y después sin ton ni son le di un beso a la anciana casera. No sé lo que pensaría, pero lo cierto es que mi conducta ya era de loco absoluto, pues no hacía nada congruente; creo que fue esa noche cuando siguiendo instrucciones, desde el baño, miré al exterior y observé que las ventanas del edificio de enfrente estaban todas abiertas de par en par, y las voces me dijeron que desde allí dispararían al menor fallo que cometiera; en ese momento, como nunca en mi vida había sentido, decidí morir, por lo que pedí que los francotiradores que estaban en ellas, dispararan, que deseaba morir, que vivir así, no me valía la pena. Me preguntaba a mí mismo, si no era demasiado lo que se me exigía por pretender salir del sector servicios, como yo designaba a los camareros, barrenderos, jardineros y demás (siendo que hoy sé que la farmacia también consta de partes de servicios), yo tan sólo quería estudiar y ser farmacéutico, y aunque no las tenía todas conmigo pues todos decían que era una carrera muy fuerte, no creía que a mis amigos les hubiese costado tanto trabajo sacarla, lo cual era lo que me había obsesionado y que por eso estaba yo allí, y no para arreglar una guerra, y salvar a España de ella.

Otra vez me hicieron ver cómo los líderes que salían por la televisión estaban todos en 'descontrol', o sea que no hacían las cosas inteligentemente y su aura inteligente había desaparecido. No sé

cómo lo hicieron, pero no fue uno o dos, sino unos cuantos, vamos, todos los que veía en la tele estaban así, y algunos, parecía que sólo en ese instante, justo cuando ellos me decían que mirara, como si tuvieran suficiente poder mental como para lograr que los genios del país se descontrolaran en el momento en que FG, principalmente, quería.

El tiempo pasaba y debía examinarme de Galénica Especial, ellos me decían que no me preocupara, que todo saldría a pedir de boca, tal como había ocurrido con la otra asignatura, de lo que no estaba del todo convencido, pero sí debía de reconocer que el último examen me había salido muy bien, de perlas, y eso que no había estudiado nada esos meses, por primera vez desde hacía algunos años.

Lo que pasó durante ése tiempo es fácil de imaginar; a la vez, seguía sin ver a Totó ni a Luis, por lo que me sentía cada vez más solo, desamparado y hundido en la miseria.

Una noche, la señora de la pensión me llevó un bocadillo con una tortilla francesa y una taza de café con leche muy clarito, a mi cuarto, donde yo estaba en la cama, en la que acababa de meterme sin saber si podría dormirme o no. Ni siquiera sé si se lo agradecí o no, por eso ahora se lo agradezco, esté donde esté, que seguro que es en el cielo; aquello me supo a gloria, pues ya ni almorzaba ni comía nada, puesto que las voces no me dejaban ir al comedor ni a ningún sitio a comer. Esa buena mujer estaba soltera, y sólo tuvo un novio, del que me enseñó una foto; murió en la guerra, y a partir de ése, no tuvo otro.

Pasado el tiempo, llegó el día del examen de Galénica, al que me presenté, pero cuál no fue mi sorpresa, que nada de la Galénica por mí estudiada en años anteriores tenía algo que ver con el examen de ese día, todo me sonaba a chino, y encima las voces se contradecían unas a otras, diciendo unas una cosa y otras otra. En vista de eso, lo único que les pedía era que me dejaran concentrar, o bien que se pusieran de acuerdo, pero sobre todo que no se pusieran a hablarme todos a la vez. Ni lo uno ni lo otro hicieron, por lo que no hacía más que operaciones y operaciones absurdas y sin ton ni son, que sabía que no me llevaban a nada, pero lo que tampoco podía hacer era levantarme antes del final, pues eso sería renunciar a poder acabar la carrera, lo que llevaba ya cuatro años intentando.

Llené algunos folios sin sentido alguno, y luego los entregué lleno de vergüenza. El resultado ya lo sabía de antemano: suspenso. ¿De qué me habían servido las voces?, de nada, de nada en absoluto; bueno, sí, para que intentara suicidarme un par de veces, como cuando estuve en el bar donde me iba a tomar los cortados y a leer los periódicos y donde casi me corto las venas con un cuchillo enorme, y todo porque la voz de Domingo me decía que en ese mismo momento él me llamaría, que ya llamaba, aunque nunca me llamaba ninguno. Otra cosa que me sorprendía, era que cuando intentaba llamarlo a nuestra isla a partir de la una o las dos de la madrugada, se cortaba la comunicación y no había manera de dar con él, con lo que pensé que ya estaba harto de mí, y que

no quería que lo molestara, o bien que las comunicaciones a esa hora se cortaban, lo que algo me extrañaba, pues debían existir como mínimo urgencias familiares, o bien, que FG para que no alarmara de verdad a mi familia, cortaba la comunicación, aunque esto último no sabía cómo lo podía hacer sin levantar sospechas; lo cierto es que de un par veces que lo intenté de cada vez en varios días, ninguna noche conseguí hablar con mi padrino.

Me resultaba todo sumamente extraño, también, por ejemplo, una de las noches en que estaba de amanecida, acatando órdenes de pasear y beber cervezas, las que ni una saboreaba, dije: “Bueno y por qué no me introducen al Papa”, entonces como si de un guiñol gigantesco se tratara, y entre las risas de ellos, me vino en la noche y por atrás un gran espanto, pues una marioneta que lo representaba con su túnica blanca habitual, daba palmas y me seguía por todos lados, alongándose desde lo alto de la Catedral, por lo que me alejaba de ella cada vez más rápido y aterrado por la espantosa visión, hasta que conseguí meterme en una concurrida churrería, en la que consumí muy poco, pues ya no me quedaba dinero; creo que tomé un café y me fumé un cigarro.

No recuerdo cómo pasaron los días siguientes, lo cierto es que un día volviendo de mis locas salidas, vi a mi cuñado: Quillo, el marido de la tercera hermana: Pine, el cual se estaba tomando tranquilamente una cerveza en el bar del jefe, bajo el restaurante donde yo iba a comer. Cuando me acerqué, lo encontré muy sonriente, lo que me molestó

un poco, pues en teoría yo había dado casi mi vida por toda mi familia y por los que me rodeaban, y gracias a mí, se estaba evitando la guerra.

Lo cierto es que tras saludarnos, le quise sonsacar lo que sabía referente a lo que pasaba en el mundo, antes de lo cual, fuimos a almorzar al comedor para gente no de menú, contiguo al de donde comíamos los estudiantes y gente pobre. Allí el camarero tomó nota de lo que queríamos; le dije que yo un menú, a lo que éste me decía que no, que escogiera otra cosa, insistió e insistió hasta que vio que no daba mi brazo a torcer; lo hice con la intención de que mi cuñado viera lo mal que allí se comía. Él comió bien, yo comí como siempre, fatal. Después de almorzar nos fuimos a tomar un cortado a otros bares, donde me las ingeniaba siempre para que le pusieran una bebida alcohólica, generalmente un cubalibre, pero él las rechazaba, lo que me preocupaba porque entonces no le podría sonsacar lo que quería, al no poderlo poner algo descontroladillo.

Fuimos después de ir a un par de bares, a mi pensión, donde no quería hacer las maletas, ni irme, por lo que él llamó a la policía, pero antes de que ésta entrara a buscarme por la fuerza, fui yo a la comisaría con él, quien desde allí llamó a mi padrino, quien algo le tuvo que decir, pues no me abrieron expediente ni nada, sino que tras yo hablar con él, me fui a mi pensión a hacer las maletas. Antes de esto, mientras esperaba a que Qui- llo llamara, le pedí a un nacional un cigarro, quien me lo dio muy sorprendido, posiblemente de que un sospechoso pidiera un favor a un represen-

tante de la ley y el orden. Al ver esto, fui a buscar fósforos al bar de al lado, y como no había, compré un mechero en la máquina, y esta vez, no salió otra cosa de esta otra máquina de tabacos. Hice acto seguido las maletas, y le regalé a la señora que vivía y cuidaba de esa casa, muchísima ropa, la que no usaba para nada, o bien que me traía malos recuerdos, como el pijama rojo, al cual las voces, de tanto que me hacían mirar a él, y retorcerme la cabeza y mil y un absurdos remirándolo, hicieron que lo llegara a odiar.

No sabía por qué la señora de la pensión me dijo cuando me iba, que la perdonara, que ella no sabía quién era yo. Lo cierto es que nos trasladamos a otra pensión, tras Quillo pagar todo lo adeudado en la anterior pensión, y menos mal, porque a mí ya no me quedaba casi ni cinco.

La noche la pasé tranquila y gracias a Dios dormí. A la mañana siguiente, cuando me iba a afeitarse, me daba miedo incluso esto, ya que pensaba que me podría cortar la nuez o 'zajarme' la cara, aunque al final me afeitó, pues debían haber pasado muchos días sin haberlo hecho.

Ese día llegó también mi hermana Maru, con quien fuimos a almorzar al bar que había frente a la pensión donde nos habíamos quedado, la que era colindante con la que yo me quedaba. Pedí para beber una cerveza, y me trajeron una gran jarra, la que me sabía a ginebra, y lo cierto es que no sé si la tenía o no.

Al entrar a ese restaurante, el dueño de éste me pareció un secreta del Papa, con varios teléfonos a su alcance, y hablando con uno, y con otro

en la mano. Pensé que hablaba de mí, con superiores del Papa, diciéndoles que ya todo estaba arreglado, que estando ya ahí mi familia, había llegado mi hora del descanso, y que el chorrito de ginebra me lo ponían para que me relajara. Posteriormente pensaría que la cerveza podría tener un hipnótico o tranquilizante.

Después nos fuimos a tomar el cortado al bar de mi antiguo posadero, y cuando fui a pagar, *el jefe* me vio y dio como un gran respingo mientras me decía y hacía gestos de que no lo pagara; el respingo pensé que podía ser bien porque me vio loco o bien por el resultado de lo que me habían hecho, pues él participaba en muchas de las 'atracciones' en las que yo era el principal divertimento.

Ese día lo invertimos en las agencias de viajes para podernos ir a Las Palmas; no sé si ese día volví a dormir allí o no, lo cierto es que cuando estábamos en el aeropuerto para el regreso, seguía con ganas de ver a Totó por lo que cuando dijeron que uno tenía que ir por Madrid, me ofrecí voluntario, pero ellos dos lo menos que querían era dejarme solo; al final todo se resolvió y conseguimos marcharnos los tres juntos a nuestra tierra.

En el aeropuerto las voces se intensificaron, dándome a entender que desde la aduana me tenían controlado por el pensamiento. Seguía sin saber qué hacer, y casi me parecía que era un vegetal del que se hacía lo que se quería. Las voces eran tantas y con tanta intensidad, que no me permitían que me moviera del sitio.

Cuando el avión aterrizaba, el mar de voces a modo de olas marinas oscilantes, era increíble y

contradictorio, con lo que comprenderán, que no me enteré de si fue o no bueno el aterrizaje, pues esto era totalmente secundario.

Cogimos las maletas y nos fuimos al pueblo donde vivía Maru: Arinaga, ya que no querían que mi madre me viera en ese estado.

Allí intenté indagar sobre lo que se sabía en Las Palmas de lo ocurrido entre mi persona y la guerra, principalmente a través de uno de mis familiares que ostentaba un cierto liderazgo. Cuando llegamos a casa de Maru, intenté salir llevándome las llaves de la casa, pero Pepe, su marido, me lo impidió, por lo que fui con él a llamar por teléfono a mi padrino, quien me dijo que ese día no me podría ver, que fuera al siguiente ya que tenía un esguince que no le permitía moverse, a lo que pensé muy indignado (y no recuerdo si se lo dije): “¡yo tengo un esguince mental!” Me planteaba si había servido de algo haber casi dado la vida por la familia para que después me pagaran de aquella forma; a lo mejor tenía razón el dicho que dice que la familia, cuanto más lejos, más la quieres, en lugar del que dice que el roce hace el cariño. Eso pensé en aquellos momentos. Cuando iba a llamar por teléfono, las voces, principalmente la de Pepe, me decían que me diera una vuelta, luego otra y así varias, lo que al verlo, me preguntó mi cuñado que por qué lo hacía, a lo que le respondí que porque él me lo había dicho.

Esa noche cené pizza junto a mis sobrinos, y cuando todos se fueron a dormir, seguía teniendo la voz de mi cuñado en mi cerebro, e intuía que éste estaba despierto, haciéndose el dormido, mo-

fándose de mí, por lo que fui a su cuarto y le dije que no me podía dormir y que si se quedaba conmigo, el que respondió afirmativamente. Quien esto cuenta, durante todo el tiempo, tenía un comportamiento despótico y egocéntrico. Cuando fue a donde yo debía dormir, en el salón del piso, se quedó allí sentado en el sillón hasta que me dormí sobre la colchoneta plástica, en lo cual no invertí mucho tiempo, pues ya su voz en mi pensamiento no me atormentaba.

A la mañana siguiente fuimos a ver a mi padrino y efectivamente tenía un esguince, bueno, al menos tenía un yeso enorme en toda la pierna; así y todo, no me fiaba, y no sabía si el vendaje era real o simplemente era un truco. Allí se pusieron a hablar Pepe y él, mientras yo me reía por efecto de las voces de mi padre y los de derechas, que me hacían reír y decían que yo era un superlíder y demás cosas que ya no recuerdo, pero que en definitiva, me querían decir que había cumplido bien la misión, y ahora estaba con la familia.

Como resultado de esa visita, me llevaron a mi casa donde Pepe le dijo a mi madre que yo estaba loco, a lo que le respondí:

—¡Oye, Pepe, que yo no estoy loco!

Tiempo después, y con mucha frecuencia, oíría decir que el enfermo mental, nunca reconoce que está enfermo.

Me pasé el día viendo la tele, y me daba la impresión de que ya estaba mejor. Mi hermana Pine y Quillo se iban a Santiago de vacaciones, y me pareció advertir un resquicio de lloro en los

ojos de mi hermana, cuando se iban de casa de mi madre a embarcarse.

Fue mi madre por la noche a hablarme al cuarto de la tele, en camisón y me azoré por completo, y como las voces de mi padre me decían que ella era una puta (con esa palabra), yo no hacía más que llorar y llorar, viendo lo mal que quería mi padre a mi madre, la que me interrogaba sobre distintos temas, y yo le contestaba. Cuando me dejó solo, vi una película en blanco y negro de curas y cementerios, y me dio la impresión como si las imágenes se salieran de la tele hasta llegar a mi altura, y como si casi hablaran conmigo; con esto me asombré y apagué la tele. Me fui a dormir y allí se apareció en el balcón un profesor mío, el de Farmacodinamia de La Laguna: D. Victoriano D., el que tras mirarme me dio la espalda. Curioso fue, que durante las ínfimas apariciones de él, no se oía ninguna voz, por lo que intenté dormir, pero al instante, me dio la sensación de que entre mis pies, sobre la cama, se debatían serpientes y cocodrilos dispuestos a devorarme.

A la mañana siguiente vino mi hermana Maru a verme y me trajeron una llamada telefónica, era Tomás Carlos, mi gran compañero de estudios laguneros. Cuando terminé la llamada y vi el inalámbrico, dije:

—¡Esto es una mierda! —pensando en lo barato que era, y lo tiré al suelo.

Cuando eso hice, le dije a Maru que estaba allí conmigo:

—Yo no soy así, yo no soy así...

Se lo decía medio asombrado de mi doble personalidad, y pensando que una cosa era pensarlo, y otra decirlo y hacerlo, pero es que habiéndome prometido oro en casi todo el mundo, ver luego a qué se reducía la realidad, me quedaba (mucho) magua.

Las voces me habían prometido que por haber salvado al mundo, y especialmente a España de la hecatombe mundial, tendría derecho a ir con Saso, Juancho, y Totó, a Australia a disfrutar de unas merecidas vacaciones.

Cuando vi a Tomás Carlos le dije estos últimos propósitos, y éste se echó a reír diciéndome:

—Tú estás loco.

Callado, me dije: “Bueno, cuando lo veas ya creerás”. Si he de ser sincero, no lo vio ni él, ni yo, ni nadie, lo que sí vi fue que mi familia me dijo de ir a un médico, a lo que contesté que al mejor. Acto seguido me llevaron a la Quinta Médica de Reposo S.A., donde me atendió un licenciado, un mercachifle, y tras abrirme un expediente, me recetó lo que su jefe, el único siquiatra que allí había: el Dr. Henrik, les había ordenado para cuando se oyen voces.

Por mi parte, aún creía que era posible salvar al mundo, para lo cual mi persona era imprescindible, por lo que me leí bien los prospectos de los fármacos prescritos y observé que entre los efectos secundarios que provocaban ponía justo lo que quería evitar, o sea, alucinaciones acústicas y visuales, por lo que no me tomé las medicinas. Llamaron mis familiares a la Quinta y le dijeron al médico lo que pasaba, luego me puse yo y le dije

que si sabía lo que ponían los prospectos, éste enfurecido me dijo a voz en grito:

—¡Tómate la medicación!

A lo que respondí que ya vería.

Seguía en contacto con Totó por teléfono, a la que le decía en secreto que a ver cómo podría solucionar este asunto, que se me estaban complicando las cosas cada vez más.

Por mi negligencia como paciente, no le quedó a mi familia más remedio que ingresarme en la Quinta, tras recibirme para ingresarme otro licenciado en Medicina al que le gustaba que le llamaran D. Pedro.

Pensaba que todo eso era para relajarme de mi función en la guerra mental que tenía, y es por ello por lo que hice un escrito de un folio, como Dios me dio a entender, que presenté en el ingreso, el que en resumen, decía que no tomaría ningún tipo de DRUG, salvo las por mí llevadas.

El médico al que llamaré simplemente Pedro, me preguntó que qué significaba eso de DRUG, a lo que le contesté:

—DRUG, es toda sustancia de origen natural, o sintético con efecto beneficioso o deletéreo sobre el organismo.

Él no hizo mucho caso de esto y me ingresó; me metieron en lo que muchos años después me enteré que se llamaba el submarino, el cual consistía en unos pequeños dormitorios con rejas en las ventanas y con un baño minúsculo con los servicios mínimos y donde le cerraban a uno la puerta, siendo de allí imposible salir; de todas maneras me inyectaron vía intramuscular, en el glúteo

derecho, algo que me dejó totalmente dormido, tras previamente darme un vaso de leche con café, muy clarito y unas galletas canarias no muy succulentas. Antes de dormirme, miré por todo el cuarto, y comprobé que estaba cerrado con llave, y yo no podría abrirlo, con lo cual, o bien podría ser una buena cosa, o bien mala, pero ya no podía hacer nada al respecto. Sí me preguntaba si a Ruiz Mateos, le habrían hecho algo por el estilo, cuando fue el escándalo de su expropiación, vez que yo estaba convencido que lo habían metido en la cárcel, como mínimo como medida preventiva.

Allí estuve creo que un solo día, luego me pasaron a las habitaciones que dan a un jardín.

La medicación dada era Haloperidol en gotas y Biperideno en comprimidos tres veces al día ambas; la segunda para contrarrestar los efectos extrapiramidales de la primera; para la primera me vigilaban hasta que me la tomara, y como para la segunda no, yo no me la tomaba, pensando que eran drogas para aniquilarme. Me daban también, seis comprimidos diarios de Lorazepan, como ansiolítico.

Todos los días iban como mínimo mi hermana Maru y mi madre a verme; les he de decir que me pasaba el tiempo durmiendo y tan sólo me levantaba para las comidas y para recibir a mi familia.

Según me dieron a entender ellos, el primer día me *impregné* (como ellos le llamaban) con las gotas y al no tomar el antiparquinsoniano, los efectos extrapiramidales fueron desastrosos, de tal forma que se me doblaba la lengua como si mi padre me la estuviera retorciendo mientras me decía:

“¡Tolete, eres un tolete!”, alegando esto por lo bobo que era por dejarme encerrar, medicar, y no escribir el libro que me haría archimillonario. Acto seguido, me fui con mi hermana al médico, al que le dije que se me retorció la lengua, quien intramuscularmente me puso un vial de Biperideno.

Los días pasaban monótonos y aburridos, por lo que constantemente le preguntaba al jefe del clan médico, que cuándo saldría, a lo que él no me respondía nunca nada. Mi familia se desvivía por mí, y me llevaban comida, golosinas, periódicos, revistas, libros, folios, bolígrafos, en fin, de todo. Esto se los agradecía lo más que podía, pero la medicación me anulaba por completo, y no era capaz ni de mostrar mis sentimientos.

La comida de la Quinta en esa época, comparada con la vista en los sitios en los que había estudiado, no era mala del todo.

Mi familia me llevó un día la noticia de que había aprobado Bromatología y Toxicología, lo que me dio muchos ánimos, aunque pensaba que todavía me quedaba ‘un puro’ por sacar; el por qué no me preocupaban las otras dos asignaturas, fue porque pensaba pedir traslado nuevamente a La Laguna y estaba seguro de que el Decano, sabiendo como yo luchaba, me lo concedería y por tanto terminaría mi carrera pronto.

Habiendo pasado lo pasado, aún seguía obcecado con la carrera, pues mi primer apellido me pesaba; era el primogénito de entre los varones y mi padre me educó para estar entre los grandes, aunque no sabía con qué finalidad, si por dinero,

si por el mero acto de estar entre ellos o por qué, por lo que contra ello siempre me rebelaba.

En la Quinta conocí a un par de personas, las que se quejaban sobre todo del desorbitado precio de la estancia en ésta; por mi parte, la estancia la pagaba el seguro escolar y por tanto no me preocupaba eso, sino la pérdida de tiempo que era el estar allí internado.

Algunas noches iba a ver la tele al salón común; época en la que no me importaba ver alguna película de vez en cuando, por lo que vi una, que trataba de la vida de un gran mago, y en ese momento, creí que a mí me había pasado algo similar; sin embargo, no aguantaba nada en ningún sitio salvo en la cama, pues me daban unos estremecimientos, temblores y escalofríos por todo el cuerpo, que no sabía a qué se debían. Me sentía y sabía totalmente medicado, drogado, a no ser que siguieran siendo los mismos los que me hacían sentir así.

Mi madre, todas las tardes, nada más llegar, me hacía una naranjada con las naranjas que ella me llevaba, que me sabía a gloria. Mi hermana Maru, se pasaba el tiempo conversando y dándome ánimos; también fueron otros familiares y amigos de mi madre, pero las incondicionales fueron las dos citadas.

Ya me encontraba sin las voces y visiones, así que no sabía a qué esperaba el Dr. Henrik en darme el alta.

A pesar de ello, estuve unas tres semanas en la Quinta Médica en ese julio de 1989, donde lo que se dice descansar, descansé, pero esto no fue

nada en comparación con los seis meses siguientes, en los que no hice más que dormir y comer; en cada comida me atiborrabán a pastillas, por todo lo cual, engordé unos veinticinco quilos en esos seis meses. Perdí la ilusión por vivir, y sólo gracias a que Dios no me había abandonado del todo, mantuve unas ligeras ganas de vivir: cada vez que iba a la consulta del médico en la Quinta, le decía al psiquiatra que me rebajara la medicación pues eso no era vida. Al final de los seis meses aproximadamente y habiéndome matriculado mi madre de las asignaturas que me quedaban, me dispuse a ir a Santiago. Allí mi único contacto era Dolores, a la que le pedí si podía ir a su casa mientras yo buscaba alguna para mí para el resto del curso. Sé que de regalo por Reyes le llevé el libro de Isabel Allende que por esa época estaba haciendo furor.

Cuando entré a su piso (ya no estaba en una pensión), después de esperarla en el zaguán varias horas, me puse a hablar con una de sus compañeras, a la que le conté parte de lo que me había pasado, contento y lleno de alegría, ya que pensaba que más nunca me volvería a ocurrir, esto entre otras cosas porque ya no interesaría a los socialistas, pues era un superrepetidor y éstos ya no interesan para el buen funcionamiento del país.

Cuando Totó llegó, se enfadó un mogollón conmigo, por haber contado lo que me pasó a su compañera, señal ésta inequívoca de que se avergonzaba de mí, aunque en ese entonces no sabía el motivo de su enfado, pues para mí lo encontraba normal, el haber tenido esa experiencia, pero pa-

rece que a mi amada, eso de tener un novio loco, no le gustaba mucho: nada.

Me quedé a dormir con ella un par de días, aunque dónde comí, no lo recuerdo, pero sé que no fue en su casa, entre otras cosas porque ella comía fuera, y no me invitaba a hacerlo con ella.

Rápidamente me puse a buscar piso, y éste lo encontré enseguida, casi por el mismo precio que la pensión, siendo el mejor que había tenido en mi vida de estudiante, en cuanto a tranquilidad y nobleza de los materiales de construcción, o sea: no se oía de una casa a otra, ni de una habitación a otra. El que llevaba la cuestión económica del mismo y con el que contacté, se llamaba Matías, quien era diplomado en Empresariales, pero no había hecho la licenciatura pues se había ido al cuartel, y cuando volvió encontró un trabajo en un banco y ya se olvidó de seguir estudiando. Matías tenía una novia a la que él quería mucho, aunque a mí me parecía un tanto feúcha, pero se veía que ella también, a su vez, estaba enamorada de él.

El otro ocupante del piso era Ramón, al que le gustaba que le llamaran Moncho, nombre que siempre me hacía recordar a un homosexual, madurito ya y licenciado en Derecho, que conocí de unas pocas veces, aunque llegué incluso a ir a su casa algunas veces a tomarnos las copas con otros amigos, en La Laguna; pero el Moncho de Santiago, se caracterizaba por fumar droga hasta la saciedad, y por ser estudiante de Biología, aunque al paso que iba, no sé cuándo la terminaría, a lo mejor todavía no lo ha hecho.

Nuestros primeros días de contacto fueron más o menos agradables, de ellos recuerdo por ejemplo, cómo con Moncho yo rivalizaba sobre quién era más juerguista, aunque ya estaba un tanto asqueado de ese tipo de querellas, pues lo que buscaba era una vida más sana, y por supuesto, acabar la dichosa carrera. Con Matías era más una relación de trabajador con estudiante; lo característico de Matías es que prácticamente no estaba en el piso, ya que comía fuera, y después del trabajo se iba con sus amigos hasta altas horas de la noche.

La casa tenía tele en color y lavadora. La segunda no sé si Moncho la usaba mucho, pero lo que es la primera, casi siempre estaba 'enchufado' a ella, cuando estaba allí.

Yo comía en el comedor universitario los días que tenía clase de Galénica II, y los otros días en mi casa; como se comprenderá ya sólo iba a clases de esa materia, y cuál no sería mi sorpresa, al decirme el personal de secretaría, que había agotado las seis convocatorias en esa asignatura, pues hacía varios años que estaba matriculado de ésta en La Laguna. Les dije que allí al no presentarse uno, no corría la convocatoria, a lo que ellos me dijeron que eso lo tenía que confirmar con la secretaría de la facultad de la isla, siendo éste el motivo por el que me pasé colgado del teléfono público con la secretaría de Farmacia de La Laguna durante mucho tiempo, hasta aclararlo todo. Al final salió todo bien, de tal manera, que estaba en tercera convocatoria, y no había agotado todas como parecía en principio.

En el piso, el mejor cocinero era Moncho, quien entre otros platos se hacía unos chocos en su tinta que parecían decirle a uno: “¡Cómeme!”; me enseñó un par de recetas que serían las que allí haría, las que no me sabían mal del todo. Había un relativo buen ambiente en el piso, comparado con lo vivido los últimos tiempos.

El Dr. Henrik (quien no tenía el título de Doctor en Medicina) me había dado unos barbitúricos para dormir, a los cuales era reacio, no tan sólo por el *hang-over* a la mañana siguiente, sino por los efectos secundarios sobre el hígado. Poco tiempo después me enteraría que producían entre otros efectos: alucinaciones, por lo que se retiraron del mercado. Él, sin embargo, siempre me decía que me los tomara, que no pasaba nada, que eran muy suaveцитos, etc.

La casa estaba casi a las afueras de Santiago, y desde el salón divisábamos la estación de ferrocarriles, la que me gustaba observar, pues era absolutamente novedoso para mí aquel espectáculo de trenes y vagones tanto de pasajeros, como de mercancías, viejos, como nuevos...

Estudiaba en el salón, donde estaba la tele, y desde allí divisaba la estación; aún estaba muy tenso y pensaba que no sabía si sería capaz de hacer el examen que faltaba para acabar de una vez con esa carrera que tanto me estaba frustrando.

A veces nos poníamos Moncho y el que esto escribe a estudiar juntos, esto era rara vez, pues generalmente, él estaba comprando chocolate y fumándose, o a saber dónde, pero cuando le daba por estudiar se sentaba a la mesa, frente a mí

y se ponía a charlar, luego encendía la tele, y siempre, fuera la hora que fuera, era más interesante para él lo que ponían en la tele que sus estudios. Esto me ponía nervioso, pues sabía que no podría concentrarme tranquilamente en los apuntes hasta que le diera por otra cosa; por suerte era un ser de impulsos, y no aguantaba mucho en ningún sitio.

Moncho bebía siempre vino en las comidas rebajado con La Casera.

Éste me indujo a mí a tomar vino los jueves por la noche, ya que el viernes no tenía clase, de tal forma que lo cogimos como una costumbre, y Matías siempre que llegaba decía:

—¿Qué celebramos hoy?

—Que es jueves —le contestaba yo.

Algunos de esos jueves, después de bebernos el vino salíamos a dar una vuelta, aunque no era lo habitual.

Seguía yendo a visitar a Totó aunque muy de vez en cuando, y la llenaba de besos, pero cuando llegaba la hora de la verdad, me entraba un desasosiego y una ansiedad oprimiéndome el pecho de tal forma, que era incapaz de hacer nada, vamos, de folgar con ella.

Un día estando ajeno a lo que me iba a suceder, pasó por mi casa mi tía Mila, la farmacéutica, lo que me sorprendió e hizo mucha ilusión. Le enseñé el piso donde vivía, y le dije que era el mejor piso en el que había estado nunca.

Nos tomamos un café recalentado junto con los bombones ingleses que ella me había llevado, y estuvimos charlando un rato; en eso, me dio dine-

ro diciendo que si otro día Lotario, su marido, me daba más, que lo aceptara. Quedamos en ir a almorzar un día ellos dos, Totó y yo. Avisé a Totó, y el día acordado fuimos a almorzar mariscos, los cuales no había probado aún en Santiago; les he de confesar que me gustaron, aunque pensé que iba a ser otra cosa. Comimos de todo un poco y mi tía se puso a enseñarnos fotos y recuerdos suyos; me sentía contento, pues era la presentación de Dolores a mi familia, y según parece, les pareció buena chica. Al final, mi tía me volvió a dar dinero, de lo cual no salía de mi asombro, al ver la cantidad de éste que me había dado en total.

Luego acompañé a Totó a una clase a la que tenía que ir ella y la estuve esperando en un bar al que me llevó durante una hora, en donde ya no sabía qué hacer de tanto esperar y esperar, pero al final llegó, nos tomamos un café, y luego cada uno se fue a su casa, solos y sin el otro.

A Moncho lo encontraría un par de veces saliendo él de la casa cuando yo volvía de estudiar en la biblioteca, y me decía que iba a comprar chocolate, aunque más parecía que se iba de viaje o de excursión, pues esto era a cosa de las cinco o las seis de la tarde, y luego aparecía sobre las dos de la madrugada. Un día le dije si me compraba mil pesetas de hachís, y me dijo que sí. Cuando me lo trajo me quedé asombrado de la cantidad y de la calidad.

No sé qué mes sería, pero había organizadas excursiones para ir a Madrid a ver la apoteósica “Exposición de Velázquez”, el pintor. Totó me comentó de ir, lo que acepté tras preguntarle que

dónde dormiríamos, pues yo no podría dormir en casa de mi hermana; ella dijo:

—No hay problema, nos quedamos en casa de mi prima, que allí hay camas de sobra.

El día de la salida cogimos el bus (como a ella le gustaba llamarlos), y nos fuimos a Madrid; éste, contratado por la agencia de viajes, nos dejó delante del Parlamento en la capital, con la intención de que a la vuelta lo cogiéramos allí mismo.

Nos fuimos directamente a casa de la prima, y allí vimos a su novio con la casa patas para arriba, y el suelo lleno de *litronas* de cerveza, lo cual me sorprendió bastante. Según dijeron, el novio no había ido a trabajar por la fiesta que habían organizado, así que imagínense la cantidad de alcohol y drogas ingeridas la noche anterior. A lo mejor lo que pasaba es que estaba parado, pero como su novia hablaba tan bien de él, como “una persona muy trabajadora”, según me daba a entender mi amada, pues ni por asomo se me ocurría que una persona tan valiosa pudiera estar parada.

Llegó su prima y la saludé con un par de besos.

Hicieron la comida, bastante frugal por cierto, y luego vino el café, al que se sumaron muchos amigos de la desordenada pareja. No sabía qué hacer en medio de tantos desconocidos, así que les invité a un porro, de lo que todos se pusieron muy contentos.

Por la tarde vinieron más primas de Totó y pusieron un vídeo de una boda a la que habían ido todas y todos; a mí, quien me interesó ver era a mi acompañante, la cual estaba realmente hermosa,

como nunca la había visto. Así pasamos el día, entre charlas, fumando y bebiendo.

Por la noche, me había puesto un chándal para dormir, y Totó un pijama, intenté penetrarla un par de veces con la ropa puesta, y yo daba por hecho que ella debía ya con eso sólo reaccionar, pero lógicamente no fue así, por lo que lo dejé por inútil; esta misma escena se repetiría todas las noches, y todas pasó lo mismo.

A la mañana siguiente, tras dormir pocas horas, me levanté y me asecé; desayuné un cortado para no hacer gastos a la débil economía de la pareja, y salí. Por la tarde, después de comer en un bar, me fui a ver a mi hermana Saso, tras previamente haberla llamado por teléfono. Cuando llegué, le di un beso a ella y la mano a Juancho, y luego nos fuimos los dos hermanos a la cocina a charlar un rato, donde le comuniqué el motivo de mi visita a Madrid. Mi hermana no cesaba de decirme lo guapo que estaba y que menos mal que los había ido a ver, pues ellos pensaban ir a Santiago a verme. Me dio una cantidad exagerada de comida y dulces para que me los llevara a mi piso, lo que se lo agradecí mucho y tras haber charlado unas cuantas horas, me fui.

Cuando regresé a casa de la prima de Totó, había allí una barbaridad de gente, entre las que repartí algo de lo que mi hermana me había regalado, lo que nos comimos muy contentos, pues eran cosas de lo más succulentas; el resto lo guardé para mi casa, y principalmente, por si iba Totó a ella algún día, cosa que no ocurrió mientras me quedaban golosinas.

A la tarde siguiente, fuimos a ver la exposición pictórica de Velázquez, bueno, más que verla, lo que vimos fue la cola de espera delante del museo para entrar a ésta, la que era quilométrica. Me opuse a hacer esa cola, así que ella optó por hacer cola en una pequeña fila que había allí mismo para comprar un par de posters para su abuelo, donde se puso ella un poco impertinente, dándome golpecitos en la cabeza con otros posters arrollados comprados en otro sitio.

Luego, nos fuimos al Botánico, y allí parecíamos dos seres salvajes, por la forma en que nos rozábamos y nos dábamos el lote, ávidos de placer y sexo; cuando ya el intenso calor nos afectó, salimos del botánico, y camino del metro, vimos otra vez a Juan José Raúl Díaz Viera: "El Canario", quien nos regaló unos libritos de poesías de su invención. A éste sujeto ya lo había visto el año anterior en Santiago, y me había regalado otro librito de poesías, cuando había ido Quillo, y me sorprendió porque escribió las dos veces mi nombre bien, sin pedir que se lo deletrease, ni interpe-lar extrañado acerca de él. Según decía, lo que ahora le gustaba era la vida bohemia, o sea rondar por ahí, aunque sinceramente, no sé quién le daría el dinero para sus publicaciones, pues las regalaba a todo el que las quisiera coger; "¿quién será su mecenas?", me preguntaba. También se las daría a otro familiar de Totó, según oí días después. Me llegué a cuestionar incluso si era un espía del gobierno, que nos seguía, pero tan burdo disfraz y estratagema, me parecía imposible, aunque también me parecía imposible el que se pu-

diera mantener y editar los libros que regalaba a todo quisque, sin hacer nada lucrativo. Quedaba la opción de que fuera de familia rica, y sus familiares le costearan sus locuras, aunque ya me parecía algo mayor como para eso. Otra cosa sería que fuera un ser contratado por mi padre.

Nos fuimos nuevamente a casa de la prima, pero antes comí algo en el bar que estaba bajo la casa, para no hacerles gastos a la joven parejita, pues me olía que su economía estaba bastante maltrecha; luego subimos y ellos almorzaron.

El domingo nos fuimos al rastro y allí estuvimos un par de horas disfrutando de un sitio con solera.

El día que volvíamos de regreso, pasamos antes por casa de otros familiares de Totó y allí ella y su hermana, la que vi en ese momento que también había ido, se hicieron unos bocadillos. En esa casa, no sabía dónde ponerme, pues me sentía un intruso total y absoluto, y fue en ella donde oí decir a una voz de una joven, sorprendida y congratulada, cómo uno le había regalado en el metro un libro de poesías.

Llegó la hora de marcharnos y nos dirigimos al Parlamento, por allí, en los bares de trabajadores, nos refrescamos con un par de cañas, y ya luego de vuelta a casa. Todos fueron casi puntuales a la cita, gracias a lo cual, no hubo que esperar mucho.

La hermana de mi amada, pues, había ido con nosotros, aunque se pasó los días con esos familiares, por lo que no la vi ni un día, ni siquiera en la guagua.

Ya de vuelta, en Santiago, me ofrecí a que Totó se quedara conmigo, pues tenía dos camas en mi habitación, ninguna de las dos quiso aceptar la invitación.

Pasaron varias semanas antes de que volviera a ver a Dolores, pero ahora, fue ella la que pasó por mi casa, donde me encontraba estresado y angustiado al máximo. Me gustó que pasara por allí y como era lógico, no me iba a poner a estudiar estando ella en mi piso por primera vez, por lo que nos pusimos a mirar la tele. De golpe y porrazo, aunque seguro que lo había meditado mucho, me dijo:

—Yo no pensaba que esto fuera así.

—¿Cómo querías que fuera?

Y acto seguido se sentó en mis piernas, cosa que le dejé hacer, aunque continué sin ni siquiera tocarla, pues estaba con la opresión sobre el pecho que no me dejaba pensar en nada que no fuera mi ansiedad, lo que no impidió para que me percatara enseguida que iba con ropas de guerra: de oscuro y con minifalda, siendo ésta la primera vez que se la ponía estando delante de mí.

Después de una cena ligerita, nos fuimos a la cama, y allí ocurrió de todo, siendo la cosa tal, que creo que aquella vez fue cuando hice el amor de una forma más auténtica, hasta el punto de que me dio la sensación que hasta ese momento, yo sólo había hecho sexo y más sexo, pues sentir la compenetración y camaradería que sentí con aquella chica, no me había ocurrido nunca.

Éramos dos jóvenes inexpertos amándonos y haciendo como si todo el mundo se redujera a

aquel cuarto. Esto empezó un viernes por la noche, y no paramos hasta el domingo, en el que fuimos a comprar el periódico, tras previamente ducharnos y comer algo; la tarde de éste, fue más tranquila entre charlas y...

El lunes ese, me sentía reconfortado y transformado, aunque esto duró poco, y la empecé a esperar todos los fines de semana, pero nunca más volvió.

Pasaron varias semanas y aún la seguía esperando, y la cosa es que no se me ocurría ir por su casa, ni siquiera se me pasaba por la mente, lo que hubiera sido lo más normal, pues suponía que ella volvería por allí otra y otra vez, o sea, que se había establecido y afianzado ya nuestra relación sentimental.

No sé exactamente cuándo fue, un día cualquiera de los acostumbrados a llamar a mi madre, ya que ésta ahora quería tener más noticias mías, para ver cómo andaba su hijo varón mayor, pues ese día había estado pensando en lo que me había ocurrido, y no me podía quitar de la mente al secreto del Papa con sus tres teléfonos, y me preguntaba sobre qué hablaría, si era algo relacionado conmigo o no, no sabía, lo cierto es que se lo dije a mi hermana Maru por teléfono, quien estaba en casa de nuestra madre, y me contestó en un tono bastante displicente:

—Bien, bien.

Y luego me dijeron que me irían a ver, a lo que les contesté que como ellas quisieran.

Al día siguiente estaban mi madre y ella en mi casa, y contento aunque muy ansioso, les en-

señé la casa, la que les gustó bastante, según me dijeron.

Recuerdo que salimos un rato a ver tiendas, y una de las veces le dije a mi hermana:

—¿Maru, tú me ves como una persona normal?

A lo que ella respondió:

—Sí, un chico *seriesito*.

Cuando llegó la noche, ellas dos se acostaron en una cama, y yo en la de al lado; por lo visto, previamente habían hablado con Moncho quien les había dicho que un servidor era muy desordenado, y que no lavaba nunca la loza, cosa del todo falsa, al menos lo segundo, pues siempre, después de terminar recogía lo mío.

Esa noche no pegué ojo, por los nervios y por la presencia de otras personas en la misma habitación; hecho insólito, ya que aunque fueran familiares, no estaba acostumbrado a tener a nadie en mi cuarto: eran demasiados años durmiendo solo. Se recordará que tenía barbitúricos para dormir, aunque como no me gustaba usarlos, no se me ocurrió tomar uno, sino dar vueltas y más vueltas en la cama.

A la mañana siguiente, mi madre y mi hermana me dijeron que por qué no me iba con ellas a Las Palmas. No sabía qué hacer, y como estaba tan ansioso y preocupado por ellas, les respondí que sí me iría, pensando ya que ese viaje era como coger un taxi, puesto que yo no lo pagaba nunca.

Dicho y hecho, cuando me di cuenta estábamos haciendo las maletas para marcharnos. No oía voces ni tenía ninguna de las cosas anteriores, así que cuando me vi en la calle, preparado para

coger un taxi me dije acongojado: “¿Y yo, qué hago aquí?”.

Lo cierto es que volvimos, y en el avión casi ni hablé.

A recibirnos fue la hermana de mi madre y su marido: mis padrinos. Se los agradecí mucho, y nos llevaron a nuestra casa.

Al día siguiente fuimos a la Quinta Médica de Reposo, a donde iba preparado a cantarle las cuarenta al Dr. Henrik, para que viera quién era yo, quien me dejó que me explayara, supongo que sin hacerme mucho caso. Resultado: me dejó ingresado, aunque esta vez no me puso en el submarino, sino en una habitación de las del piso bajo, que también daban al jardín. Allí, como siempre, cené galletas con un vaso de leche, escasa cena para el cuarto de millón que costaba en aquellos días aproximadamente dos semanas en la Quinta.

En esta ocasión fueron muchos familiares, y uno de ellos, me dijo que uno que por allí paseaba, era un líder comunista canario, que por cierto, sacó a su hija de allí en muy pocos días. De otro me diría que era un médico de prestigio, que conocía a mi padre. Tampoco tardó muchos días en marcharse, y yo no sabía si se iban por la mala calidad de los médicos, o por lo decrepito del recinto, o por el aire frustrante del lugar, o bien por la ya sí, deficiente calidad de la comida; lo cierto es que allí no duraban mucho.

Este médico recluía también a indigentes, lo que me extrañaba, y me preguntaba si es que sabía que alguien le pagaría la factura. En cuanto al

coste de mis ingresos, seguía pagándolo con el seguro escolar. A lo mejor, a los indigentes también les pagaba el estado.

Las visitas médicas eran por la mañana, las que me resultaban de lo más frustrante, pues daba la sensación (si no es que era realidad), que los médicos se reían de uno, salvo quizás una doctora que allí había.

Lo cierto es que en esas visitas no hacían ni contestaban a nada, como si el enfermo no tuviera derecho alguno a saber por su salud.

Un día me fueron a buscar mis padrinos, y me llevaron a comer al campo; estaba tan aturrido por las pastillas, y el calor que no me enteré de nada, aunque agradecí el paseo, pues así no estaba todo el día durmiendo, aunque sí es verdad que ahora lo hacía mucho menos, y charlaba más con la gente recluida. Allí conocí a una chica madurita, que si no fuera porque tenía hijos y se estaba separando, habría intentado llegar a algo más con ella, en vista de que Totó casi no me visitaba a último; había también otra chica con el pelo rizado que según parece era la novia de un traficante de drogas, o al menos esa me dio por pensar a mí que era su profesión, de quien decía la madurita que era afortunada, por sentirse y saberse amada por su novio.

Solíamos charlar los tres por la mañana, pero me parecía observar que las dos jóvenes estaban siempre muy intranquilas, yendo de un lado a otro.

Pensé que no las iba a ver más, pero con posterioridad me toparía con ellas en la calle.

Lo mismo ocurriría con una funcionaria cincuentona, con la que allí no hice muchas amistades, sino más adelante, quien cada vez que la veía me hablaba de las mejoras de su enfermedad, y lo bien que se encontraba.

Había también en la Quinta, un señor de unos sesenta y pico años, que parecía que residía allí, y quien no sé por qué estaba siempre en esa zona al margen de los de la tercera edad, que residían en otro sector del edificio, lo cierto es que me resultaba un tanto raro, como si tuviera el cerebro seco, como si en él no hubiera un ápice de sabiduría. De entre los auxiliares clínicos había una que parecía estar loca, por su forma de comportarse, lo que junto a su deplorable y escasa dentadura, me causaba cierto pavor, sobre todo el pensar que la podría ver por las noches.

Una única noche en que no podía dormir, me administraron un somnífero y caí en la cama redondo.

La Quinta estaba continuamente en reformas, pero éstas no eran más que chapuzas, tal y como vería a lo largo de los meses.

Los cuartos, individuales, con baño interior, no estarían mal si el precio fuera más módico, pero para una familia en declive aquello eran gastos supremos, tal como le ocurría a mi familia, gracias como digo al seguro escolar que cubría ese tipo de residencias.

El director, era de padre alemán y de madre canariona; éste había cursado la especialidad en Alemania, de tal forma que tenía en su despacho, varios libros sobre psiquiatría en alemán, aunque

la verdad, nunca se veía que los consultara u hojeara. Si me pusiera a describir a ese médico, no hallaría más que defectos, empezando por su prepotencia, por lo que desisto de hacer un análisis exhaustivo del equipo médico, pues si él era su máximo exponente, no les digo nada cómo sería el resto.

En cuanto a las comidas, eran tres al día, pero la verdad es que cada vez eran de peor calidad, con lo que seguro que llegará a ser detestable e intragable; también es verdad que me la comía toda con mucho apetito, sin embargo, aseguro que no estaba hecha con amor, ni en su defecto, con arte.

También hay mucho farmacéutico incompetente, como en todas las profesiones. Hay de todo en la viña del Señor.

Había en la Quinta un cura que ocupaba la última habitación de la parte alta, no sé si daba misa o no, aunque creo que sí, por un comentario que oí una vez a unos internos ancianos.

Cuando transcurrieron dos semanas, me fui a mi casa, la que me frustraba, pues aunque era una casa grande, no había dinero para mantenerla medianamente decentada, a lo mejor es que casi todo me lo gastaba yo y mis estudios, pues ya los otros hermanos habían acabado sus carreras.

De vuelta a mi hogar, había que solucionar un par de problemas: uno era pagar las mensualidades del piso que alquilé con Matías, y otro ver si éste me podía conseguir los apuntes de Galénica fotocopiados. El cómo le pagó mi madre las mensualidades restantes, no tengo ni idea, pero lo que

sí sé es que él me consiguió y muy eficazmente los apuntes que me quedaban por conseguir; mi misión era pues, intentar por todos los medios estudiar la Galénica que me quedaba. Como supondrán estaba en las últimas en cuanto a forma física y rendimiento intelectual, por lo que aunque intentaba estudiar, me invadía un sopor inaguantable, debido probablemente a mi mala tolerancia y habituación a los medicamentos, al menos los de aquella época y los incontables efectos secundarios de éstos.

Después de mucho rogarle al médico en las visitas que le hacía que me disminuyera la medicación, así lo hizo, aunque gradualmente, tal y como se deben reducir la mayoría de los psicofármacos.

Aún seguía sin poder concentrarme totalmente, por más que lo intentaba se me iba el santo al cielo cuando me ponía delante de los apuntes.

Llegó septiembre y por tanto la hora de regresar a Santiago y mi madre decidió ir conmigo; a todo esto, yo le decía que no hacía falta, pero al final ella y el médico decidieron que era lo mejor.

Le pedimos un certificado médico a dicho psiquiatra y él lo copió de unos prototipos que ya tenía hechos, menos el final, que lo sacó de su cosecha, y casi aseguraría que por sólo haber entregado ese certificado, de haberlo presentado yo, me habrían suspendido, pues daba un viraje al final del escrito, que era desastroso; el principio decía algo así como que yo había sufrido un síndrome depresivo, etc., todo muy correcto, hasta que al final le ruega al catedrático, casi que me apruebe, coaccionando emocionalmente al Sr. Vila, dicién-

dole que de él dependía la finalización de mi carrera, y lo que es peor de todo, mi salud.

Nos fuimos pues, mi madre y un servidor a Santiago, aunque habíamos quedado en que mi hermana Piluca, la menor de las hembras, que se había ido de viaje a Barcelona, pasara por Santiago y así ella haría compañía a mi madre, mientras yo estudiaba.

Nada más llegar a la pensión, se me quitaron las ganas de estudiar, lo que se debe a que comía desaforadamente en el bar del hostel el desayuno y la cena, y los almuerzos en la calle. Mi madre se asfixiaba en el cuarto, donde yo pasaba los días intentando estudiar.

Llegó la hora del examen y allí estaba yo, junto con un montón de repetidores que se tomaban la vida muy a la ligera. En cuanto a mi obnubilación, parecía que estaba mejor, probablemente sería por la tensión del examen, lo que habría hecho que se estimulara todo mi sistema nervioso simpático. Había que poner el carné de identidad en la mesa, para ver si el nombre del que se examinaba coincidía con el nombre puesto en cada hoja del examen. De las cinco preguntas me sabía cuatro, así que la quinta, siguiendo otra vez los consejos de mi padre, me la inventé, ahora bien, puse ésta en medio del examen, ni al principio, ni al final, pues sabía que en éstos es cuando más atentos están los corregidores y los lectores en general, y menos en aquel.

El examen me salió bastante bien, ahora sólo quedaba la duda de esa pregunta, la cual la con-

testé como si la sustancia sobre la que se preguntaba fuera un citostático.

No se los he dicho antes, pero Galénica Especial es una asignatura que trata de la monitorización, biodisponibilidad y en definitiva de cómo se comporta el medicamento en el organismo a base de fórmulas matemáticas, tanto en organismos sanos como enfermos.

Tras terminar el examen, me fui al hostel a contárselo a mi madre.

Pensaba estar en Santiago aproximadamente una semana, por lo que, poco previsor, llevaba ropa justa para esos días; no conté con que la corrección de los exámenes durara casi veinte días, lo que fue el motivo por el que tuve que usar mucho una camisa que tenía una gran quemada en la espalda, por lo que iba siempre con una rebeca azul, a pesar del abrasador calor que hizo ese septiembre en Santiago. Era la mejor camisa que tenía; sí, era la que me había comprado para ir a Madrid, y que me quemaría cuando fui a la Quinta por primera vez con Maru y Pepe.

Mi madre había hecho una amiga, la cual era dependienta de un quiosco-librería. “Menos mal”, me decía, pues así a mí no me daban tantos remordimientos de lo que hacía, leer y leer, y no ocuparme de mi madre, ni de sacarla, ni de hablar con ella.

Anteriormente, había paseado con mi madre, muy poco, por Santiago, para enseñárselo, y para que viera la Catedral, sitio que me asombraba por su fastuosidad, aunque en el sentido religioso no me causaba lo que de seguro me causaría ahora.

Llegó un día mi hermana Pilar, y hubo que acomodar una cama plegable en la habitación del hostel; el cuarto era bastante grande, con teléfono y baño, aunque no tenía más que un par de estrellas, pues, como digo, estábamos en bancarrota.

Pilar animaba más a mi madre a salir, gracias a lo cual, me dejaban a mí solo leyendo.

Por ese entonces bebía un poco de alcohol, aunque sabía que no debía, pero lo cierto es que al finalizar el examen me entraron unas ganas increíbles de tomarme un par de cervezas, por lo que llamé a Totó, para verla y para ir a almorzar por ahí con ella y poder regar el almuerzo con las cervezas deseadas.

Ella no quiso ir ese día a Santiago, así que, sin pensármelo mucho, fui al Ferrol.

Allí bebí las cervezas que pude, pero me sentaron fatal en el estómago, resultado de las cuales, tuve una cantidad de gases increíble. Quedamos en que otro día ella fuera a Santiago y allí le presentaría a mi madre y a mi hermana. Estas dos últimas ya habían llevado el certificado médico al Sr. Vila, catedrático de Galénica, pues yo no me atrevía a llevarle aquella basura. Según parece el profesor se portó bien con ellas. No debí pedirles que lo llevaran ellas, simplemente debí presentarme y ya estaba, que fura lo que Dios quisiera, pero ya digo que era un ser peligroso, endemoniado, que haría cualquier cosa por acabar la maldita carrera.

Hicimos los tres del clan familiar algo de turismo, y aunque un servidor no estaba para muchos trotes, lo hicimos tanto en Santiago como en los alrededores. A mi hermana le gustó, no sé lo

que pensaría mi madre ya que ella no me decía nada.

Esa madre mía, también me hizo entrar con ella en la catedral y sobre todo adorar al Santo que se ve de espalda; ya digo que yo por ese entonces no creía mucho en eso, yo creía en mí, y para colmo todos afirmaban que yo estaba enfermo, así pues poco se podía esperar de mí.

Desde que Pili llegó, comíamos en restaurantes mucho mejores, y de uno de ellos sacó mi madre una receta de habichuelas, exquisita.

El día que pasó Totó por Santiago, no me decía sino que tenía que rebajarme yo mismo la medicación; no recuerdo cómo, lo cierto es que conseguimos localizar a Luis, con el que fuimos a tomarnos un café. Cuando estaba con ellos, les dije que esperaran para que conocieran a mi madre y eso hicieron, en lo que fui a buscarla; cuando la presenté a mis amigos, Luis se fue enseguida, por qué, no lo sé aún, quizás porque pensara que ya no éramos de su clase, no sé.

Con Totó pasé el resto del día, aunque ella estaba muy distante, no la encontraba feliz por estar conmigo, casi más diría que la encontraba insatisfecha y hasta incómoda por ello.

Iba todos los días a la facultad de Farmacia y me pasaba por el departamento de Galénica, pero las notas no salían, por lo que me sentía desesperado. A veces me iba a una clase y no sé qué hacía allí, pero creo que no era rezar, pues esa carrera y el “brote”, me habían separado del Señor más de lo que estaba antes. Un buen día, tras esperar sentado en un pupitre de una clase vacía durante

un par de horas, fui nuevamente a ver si conseguía localizar al Sr. Vila, al que cogí saliendo del departamento de su especialidad, quien al verme y preguntarle cuándo saldrían las notas, se dio media vuelta como para dirigirse a su despacho al que yo también me dirigí pero muy separado de él, sacando fuerzas de mi flaqueza emocional, cuando de golpe y porrazo se giró de nuevo y me largó concisamente:

—Está usted aprobado.

A lo que le contesté con un simple, seco y con voz que supuse grave:

—Vale, gracias.

Me fui antes de que se arrepintiese de lo dicho, pues eso era mi salvación, y por lo que había luchado tantos y ya casi infinitos (y duros) años.

Me encaminé rápidamente y con una gran alegría al hostel, donde estaba mi madre, aunque no sin antes decirme a mí mismo, que primero le diría a ella que estaba suspendido, para ver su reacción.

De camino al viejo hostel, ya sin importarme que estuviera rota mi camisa y que me estuviera abrasando de calor por la rebeca, iba rápido, casi como un poseso.

Subí al cuarto donde nos quedábamos y cuando abrí la puerta, le dije a mi madre:

—Estoy suspendido.

—No me lo creo, pues venías riéndote por el camino; te he visto desde la ventana.

—¡Aprobé madre! ¡Aprobé! —le grité loco de alegría, pero la pura verdad, es que esto no lo asimilé hasta mucho más tarde.

Ese día llovieron las felicitaciones por parte de mi familia, la primera fue mi hermana Saso quien llamó desde Madrid.

Estaba como loco, y desesperado por tomarme una cerveza, así que bajamos al bar del hostel, y allí se lo dijimos a Suso (el dueño del mismo), quien nos dijo:

—¿No ves canario?, ya te lo decía yo que ibas a aprobar...

—Muchas gracias, muchas gracias.

—Pues por esto te mereces una cerveza.

Me tomé la cerveza a la que me invitó tan a gusto y tan rápidamente, que creí que no era bastante, pero fue mi última cerveza por ese día.

No sé cuándo, pero volví a la catedral, junto con mi madre, a darle las gracias al Santo.

Allí poco más quedaba por hacer, así que decidimos irnos lo antes posible, aunque todavía nos dimos unas vueltas por Santiago. Mi madre un día me mandó a buscar con mi hermana Piluca, para que viera a unos tunos tocando, cantando y actuando. Yo fui, pero no me quedé mucho, pues me desmoralizaba ver a gente tan mayor todavía estudiando, cuando debía ser al revés. Si pensaba esto, era porque me planteaba que a mí me preocupaba enormemente ser repetidor, pero que a esos tunos parecía que eso no les preocupaba lo más mínimo.

Nuestra estancia en Santiago se acababa, pues ya nada teníamos que hacer allí, ahora lo que restaba era pedir traslado de universidad, nuevamente a La Laguna, donde esperaba que me lo concedieran, pues con el cómputo de allí, salía

como aprobado y finalizada ya, la carrera que tantas frustraciones me había causado.

Sacamos el pasaje y nos fuimos los tres a Las Palmas; en el aeropuerto nos esperaba mi prima, con el Mercedes del padre, a la que le di las gracias por irnos a buscar, mientras pensaba: “Ya acabó todo, ahora me espera una nueva vida”, aunque recordaba que uno de mis compañeros de La Laguna, me había dicho en Las Palmas, que no me diera prisa pues todos los trabajos eran igual de monótonos y aburridos, que era como si la vida se detuviese al acabar la carrera; así parece que pasa en realidad a mucha gente.

Una vez en Las Palmas, y sabiendo que ya podía pedir traslado a mi primera universidad, eso hice. Mientras, estudiaba las oposiciones para las especialidades en farmacia, el FIR, aunque lo cierto es que lo estudiaba no de muy buena gana.

A veces, solía escribir a Totó; pero mis cartas siempre eran en un tono desastroso, tremenda y casi absolutamente imperativo, según pensaría más tarde, fruto de la educación recibida y del estrés; a pesar de estas cartas tan autoritarias, seguía locamente enamorado de ella, siendo la única persona hasta el momento a la que le había dicho que si se quería casar conmigo, lo que se lo dije por dos veces en los dos años; aparte de las órdenes de las cartas, yo entremezclaba mis sentimientos, aunque las de ella eran simplemente una evocación de los hechos más relevantes (supongo) por ella realizados durante mi ausencia. Esto me fastidiaba, pues no eran cartas emotivas, como yo pensaba que debían ser las de una ena-

morada y así se lo comuniqué en un par de cartas mías (pero no usé la palabra enamorada ni derivadas), pero ella no cambió el tono de las tuyas.

Seguía estudiando el FIR y no hacía otra cosa, de tal forma que cuando llegó el día de Reyes, le regalé a mi madre una baratija con una nota a modo de rótulo que decía: “Del parado de la familia”, pues pensaba que nunca iba a conseguir dinero (y así sigo).

El FIR me iba agobiando cada vez más, pues no sabía si sería capaz de aprobarlo; el médico a mis súplicas me iba reduciendo las dosis, cuando un día, de buenas a primera, empezaron nuevamente las voces de Felipe y compañía, esto sería poco después de Reyes, pues recuerdo que al irle a enseñar una prenda a una gran amiga de mi madre, pensaba: “Claro, ésta lo único que quiere es dinero de mi familia y mío”. Gran error éste, del que me percataría más adelante y me lo demostraría en años sucesivos; pero lo que sí era cierto es que esa mujer tenía unas ganas locas de divertirse, que se las contagiaba a quienes estuvieran a su alrededor, salvo a mí.

Ese día salí con mi hermano José Juan (Jose, sin acentuar, a secas, como todos lo llamamos) a tomarme una cerveza por el barrio, y cuando eso hacíamos, las voces me decían: “Jose va a morir, Jose va a morir...” “¡No, prefiero morir yo en su lugar!”, “Bien”, me dijeron de nuevo las voces, “puesto que lo quieres así, así será; así que: ¡vas a morir, vas a morir...!”.

Llegué a mi casa y le dije a los familiares que allí estaban, que pensaba que iba a morir, y

acto seguido me llevaron a la Quinta, donde nuevamente me encerraron; esta vez directamente arriba, en las habitaciones del piso alto con vistas al inhóspito y no muy grande jardín. Cuando me trajeron una botella de agua, ésta me parecía que estaba envenenada, por lo raro que sabía, por lo que le dije a mi hermana Maru que la probara:

—Pues yo la encuentro buena —dijo ella.

Y yo les dije:

—¿Saben en quién estoy pensando ahora? En Totó.

Esto lo dije con la intención de que le pagaran el pasaje hasta nuestra tierra, cosa que lógicamente no sucedió.

Le pedí al director dos cosas, una que si me podían llevar la comida a mi cuarto, y otra que no dejaran entrar a nadie de mi familia hasta nuevo aviso. No quería ver ni relacionarme con nadie.

Los primeros días los pasé solo y una mañana que fui a ver la tele, vi como la Catedral de Santiago, con lo majestuosa que era, casi se sale de la pantalla hacia mí, lo que hizo que saliera corriendo de aquella habitación.

También pensé que los zombis que había visto con anterioridad en un vídeo-clip del cantante Michael Jackson, se dirigían a atacarme a la cama, por lo que me acurrucaba y temblaba de miedo: todo era impulsado por Felipe y su camarilla.

Al tercer o cuarto día comuniqué al equipo médico que aceptaba las visitas, y estas vinieron en abundancia, volviendo a destacar mi madre y mi hermana Maru.

Venían y charlaban conmigo, aunque a mí ahora lo único que me importaba era saber si ya por fin era farmacéutico; cuando le contaba este problema al Dr. Henrik, éste se echaba a reír, y me decía: “Que sí hombre, ya verás como todo sale”, aunque aseguraría que lo decía por decir, sin él creerlo.

Otras dos semanas volví a pasar en la Quinta, donde siempre había un hombre haciendo reformas pero muy pequeñas, que como les dije, a mí más me daban la impresión de que eran chapucillas, lo que no puedo asegurar totalmente.

Había allí todo tipo de personas, aunque destacaban los pobres como yo.

Todos se quejaban de lo excesivamente caro que era la Quinta, y que aunque estaba bien, era muy cara y se perdía el tiempo. Eso mismo pensaba yo, pero no pensaba que estuviera tan bien, es más, pienso que empezaba a descuidarse demasiado, en todos los aspectos.

Una vez que me estaba impregnando con el Haloperidol, le dije a Pedro, que se me estaba torciendo la mandíbula, y como él estaba en ese momento echando del despacho a unos drogadictos a gritos, que de éstos en la Quinta ahora abundaban, estaba cardiaco; mientras, yo me retorcí y temblaba de miedo, pues me daba la sensación de que me iba a tragar la lengua y a partírseme la mandíbula; cuando concluyó de echarlos me dijo casi temblando:

—¿Intravenosa, no?

—Sí —le dije, si bien la vez anterior me la habían puesto por otra vía (i.m.), pero el dolor era

tan insoportable, y como creí que no sería así dañina pero sí más rápida, fue por lo que le dije eso.

Lo cierto es que él no hizo una perfusión i.v. lenta, sino rápidamente y con el pulso alterado, así que me quitó el dolor de mandíbula, y de paso me dejó medio colocado, pues de ponerla por esa vía, hay que inyectarla muy lentamente, ya que si no pasa lo que me pasó a mí.

Había veces en que las visitas (todas eran adultos) no cabían en los asientos que habían en el cuarto, y tenían que sentarse encima de la cama y donde pudieran. El día de marcharme, el encargado de venir a buscarme era un tío mío, pero antes tenía que hacerle una visita al Dr. Henrik, quien me dio el tratamiento para los siguientes meses, no sin antes decirme que era un guarro, como todos los fumadores, pues delante de él tiré el cigarro a la entrada de sus dependencias; lo cierto, es que pensé que tenía razón, pero ceniceros no abundaban por allí, ni siquiera lo que había en su lugar: unos cacharrillos pintados de verde diseminados por la Quinta, aunque algo distanciados.

Cuando vino mi tío Antonio a buscarme, tenía unas ganas locas de marcharme, cosa que me da que él no entendió, pues se puso a jugar al ping-pong con otros ingresados, por lo que tuve que esperar a que terminara.

Cuando vi el coche con que me había ido a buscar, me aluciné, era un todoterreno de los modernos, nuevo, cosa que me gustó una enormidad, ya que pensaba que me iba a ir a buscar con su antiguo coche, y yo por esa época sólo quería dinero y más dinero.

Me llevó a mi casa por el sitio más largo, para que fuera viendo el paisaje, cosa que me era indiferente, pues la Quinta me había dejado casi sin voluntad.

II

Me enfrentaba ahora a una nueva vida, la del trabajador.

Gracias a mis internamientos psiquiátricos, me libré de ir al cuartel.

Tras un par de meses sin saber qué hacer, me dijo Tomás Carlos, mi compañero de estudios de La Laguna, que si quería ir a hacer prácticas a su farmacia. Acepté, y allí estuve unos tres o cinco meses, yendo por las tardes. Durante ese tiempo me preparé para sacar el carné de conducir, cosa que hice: el teórico lo saqué en una semana de estudio, mientras que para el práctico invertí unos ocho o nueve exámenes.

La farmacia de mi amigo me sirvió para volver a ponerme en contacto con dicho trabajo y el funcionamiento interno de éstas, pues ya antes había trabajado en otras, cuando era estudiante (en la de mi padre, y en la de mis tías).

Mi labor era más bien burocrática, pues no podía despachar, ya que no estaba contratado. O sea, resolvía el papeleo, facturas y demás; era de eso sólo de lo que me ocupaba, aunque de vez en cuando despachaba algo.

Álvaro, el veterano y longevo auxiliar, hacía el resto. Era éste personaje una persona muy simpática, el que estaba casi siempre de buen humor. Me sentía muy sedado y atontado por mi parte, debido a la medicación que tomaba.

Con Tomás empecé a buscar lugares donde poner mi propia farmacia, y dimos con una posibilidad en el Valle de Agaete. No la conseguiría después de luchar por ella unos doce años.

Ya no estudiaba nada.

Mi madre me consiguió una entrevista con un farmacéutico, D. Rafael, el cual tras ésta, y aunque me dijo que tenía cara de sueño, me contrató; ya desde el principio observé como esa farmacia era trabajo y más trabajo, o sea, según decía él:

—Esto es una empresa, y no una farmacia.

A lo que no respondí nada, pues ya me iba pareciendo eso, con el vistazo que le di y comparándola con las que yo conocía; y además interpreté que mi misión consistiría en trabajar al máximo.

Mientras me ocurrían estas cosas, seguí escribiendo a Totó, pero gracias a Dios, ya no de forma autoritaria, sino como amante que no se quiere declarar hasta saber lo que opina la otra parte; sin embargo, ella seguía mandándome cartas muy impersonales, o quizás muy personales por ser ella la que las escribía, aunque desde mi punto de vista seguía sin poner ningún sentimiento en ellas. Esto me afectaba enormemente, y le escribí pidiéndole que se sincerase conmigo, cosa que ella no quería (descarto lo de que no sabía) hacer.

Para mí ella era alguien por quien luchar.

Una vez incorporado a la farmacia de D. Rafael, pues éste me contrató, empecé a hacer migas con los empleados.

Mi primer día de trabajo consistió en cargar cajas y cajas, de pañales, papillas, medicamentos, etc., de todo lo que una farmacia maneja; en esta sección de la farmacia estuve una semana, y se encontraba en la parta alta de la misma.

Desde el primer día de trabajo le dije al jefe:

—¿Puedo traer la bata?

—Sí, para que no te sobes la ropa.

Por lo que al día siguiente llevé mi bata nueva, que como todas las que uso caben dos como yo dentro de ellas.

Ese mismo día también le dije al jefe:

—Uf, ¡cómo se trabaja aquí!, yo creo que he perdido un par de kilos.

No me respondió nada a esto.

Era bastante serio el jefe con sus empleados, y para éstos poder hablar con él, estaba por medio la figura del representante de personal: Jacinto: buen compañero, buen trabajador y mejor padre de familia.

De sus servicios en este sentido, sólo lo usé una o dos veces, pero para lo que sí lo usé, y fue una cosa en la que me ayudó mucho, fue en cómo despachar en aquella macrofarmacia.

Había otros personajes, pero fijos sólo eran unos seis o siete, mientras que el resto éramos eventuales.

Los más jóvenes y entre estos los varones, solíamos salir mucho juntos, aunque las salidas

eran a emborracharnos, cosa que a mí no me convencía mucho, más bien lo detestaba; salía frecuentemente con los dos Carlos, uno de ellos fijo y el otro eventual, y Julio, que era eventual y tenía coche, de quien nos colgábamos para ir al campo o a las afueras de la ciudad a cenar o a almorzar; yo creía que me había integrado ya en el funcionamiento cotidiano de la farmacia.

Cuando no salía con ellos me iba con otros amigos por ahí.

Al empezar en la farmacia, el médico me redujo la medicación, lo cierto es que me quitó todas las pastillas y las cambió por el neuroléptico Lonseren®.

Esto era mucho más cómodo, pues sólo me tenía que pinchar una vez al mes; siempre tuve en secreto mi medicación, pues tenía miedo de que me rechazasen por el diagnóstico que me habían dado.

Al principio, no hacía horas extras ni guardias, y cobraba noventa y poco; cantidad que en principio me pareció bastante, pero al poco tiempo después, vi, que por el trabajo realizado era poco, al margen de la categoría que en teoría yo debía tener, cosa que nunca tuve, pues realmente era el último mono, de tal manera que para mi gusto, tenía muchas responsabilidades y deberes, pero pocos derechos.

Trabajé en estas condiciones un par de años; aunque en principio se me contrató para firmar las recetas de la seguridad social (que eran aproximadamente dos mil diarias) y poco más, lo cierto es

que trabajé mucho más de lo que habíamos acordado, y mi sueldo era siempre el mismo.

Seguía carteándome con Totó, pero seguía faltando el acercamiento, el romanticismo por su parte; ella decía que el tema de mis cartas había variado, quizás fuera porque había dado de lado, tal como dijo Pío Baroja, a la aridez de las ciencias, y leía ahora más novelas, aunque cuando salía de la farmacia, o bien nos íbamos por ahí los compañeros (aunque entre semana no era muy frecuente), o bien me iba a casa del Lu, mi amigo de la niñez, y allí me desahogaba charlando; luego me iba a mi casa y entonces sí me ponía a leer.

Al mediodía, cuando salía de la botica camino de mi casa, me consolaba canturreando para mis adentros una y otra vez: "Tiro-riro-rito, ya soy farmacéutico, ya soy farmacéutico", medio orgulloso de mí; así y todo, no era feliz, ya que no era ése el ideal de vida que añoraba (por aquel entonces, no sabía cómo quería encauzar mi vida), y cuando llegaba a mi hogar, hacía las tareas que nos habíamos asignado los hermanos que quedábamos viviendo allí, aunque las hacía a regañadientes. Después de esas labores, me dedicaba a leer; la mayoría de las veces estaba tan cansado, que me echaba a dormir, y luego me levantaba de mal humor, debido a los excesos.

El trabajo me defraudó, por lo monótono del mismo, y aunque éste era a veces desbordante, consistía siempre en lo mismo; y, lo peor de todo, era que sabía que allí no podría ascender, sería siempre el empleado de mi 'colega' (como él gustaba llamarme): D. Rafael.

Por esa época empecé a agrandar mi biblioteca, pues con el dinero que ganaba, podía comprar libros, ya que no tenía que mantener a ninguna familia, si bien colaboraba con algo, muy poquito, en mi casa.

Un día, me dijo el jefe:

—¿No conocerás tú a otro farmacéutico para trabajar aquí?

Le contesté:

—Pues sí conozco a uno, D. Rafael, tengo un amigo al que a lo mejor le interesa.

Llamé a éste amigo (Benedicto), esperando que no me defraudara. No me defraudó, todo lo contrario, hizo muchas migas con el jefe, de tal forma que en los pocos meses que allí estuvo, muchas veces se ponían ellos dos a charlar en el despacho del piso de abajo, lindante con el mostrador, y así se pasaban largo rato.

Yo me tragaba las lágrimas, pues mientras ellos charlaban yo trabajaba. Benedicto impuso rápidamente su estatus y ritmo, vamos introdujo su característico *modus operandi*, que se asemejaba más al del *status quo* de jefe (no muy subordinado) que el mío y por lo que se podía ver, en cuestión de fármacos era él el que aconsejaba al jefe.

Seguía relegado a un segundo plano, y mi misión era trabajar y trabajar, en lo que la verdad, no veía gran alegría, hasta el punto de que deseaba siempre que llegara la hora de cerrar para poder desahogarme, cosa que no siempre podía hacer.

Me acostaba excesivamente temprano, de tal forma que sobre las nueve o nueve y media me iba a la cama, donde leía aproximadamente una hora. Así todos los días.

Cuando llegaba el fin de semana, el cual empezaba el sábado por la tarde, después de la salida del trabajo, me invadía una gran alegría, y una sensación de libertad indescriptible.

En esa farmacia, y de esa manera, estuve aproximadamente dos años, no recuerdo si por defecto o por exceso es la aproximación, aunque sí puedo decir que lo más interesante fue, que conocí a una auxiliar llamada Celeste, la cual en principio, cuando fue buscando empleo, me causó una extraña sensación, pero poco después me fui encaprichando con ella, hasta tal punto que perdí la cabeza por esa chica.

A los dos años de estar allí, me empezaron a llamar para hacer unas sustituciones en diversos institutos nacionales de enseñanzas medias; dejé por tanto la farmacia.

Así estuve unos tres meses, en cuyo tiempo el jefe me ofreció pagarme lo mismo que en las clases.

Le oí la oferta sin pestañear, pero pensando en que no la iba a aceptar, pues aunque me era duro este nuevo trabajo, ya que no sabía cómo comportarme ante los alumnos, no era feliz en esa farmacia, sin embargo tuve un contratiempo en un instituto, por lo que me fui de éste y acepté lo de la farmacia; ahora cobraba más, pero también estaba más desilusionado y frustrado.

Poco a poco fui trabajando más, ahora sí hacía horas extras y guardias sin cobrarlas aparte.

Iba perdiendo la cabeza poco a poco y cada vez más por Celeste, a la que invitaba a cenar por ahí, pero ella no aceptaba.

No fue una, sino muchísimas las veces que la invité, y ninguna quiso salir conmigo. El motivo no lo sé aún, según parece, podía ser por dos cosas opuestas: porque yo quisiera salir en serio, y eso a ella no le gustaba y la otra, porque pensara que era sólo por puro sexo. Nunca me lo explicó.

Así y todo, aún seguía pensando en Totó.

Al segundo año de estar trabajando en la farmacia, me pasé tres días sin dormir, y al tercero elegí una de las dos opciones opuestas que se me brindaban: sí, opté por creer que había algo superior a mí: Dios. Dios existe y me ha transformado radicalmente, poco a poco, aunque constantemente.

Estuve por esto una semana de baja que me vino fenomenal para aclarar ideas.

Unas dos semanas después, me fui a Portugal de vacaciones con mi hermano Jose, donde lo pasamos más o menos bien; lo que yo buscaba era tranquilidad para acercarme al Señor, y mi hermano lo que buscaba era diversión y escándalos.

Lo más que me atrajo de Portugal eran sus mujeres, muy guapas, sobre todo las de las zonas turísticas.

Nos recorrimos medio Portugal y media España en coche, por lo que se puede deducir que mi hermano gozaba mucho, pues su hobby preferido son los coches y las motos.

El viaje era el primero que me daba después de estar trabajando.

Cuando llegué a Las Palmas le traje un regalo a Celeste, que no me lo aceptó.

El roce con Celeste en la farmacia hacía que Totó fuera pasando a un segundo plano, aunque aún me acordaba de ella por lo intensa y difícil situación en que vivimos nuestra relación, pero no la veía a diario, como a Celeste.

El siguiente viaje en las siguientes vacaciones, fue al Ferrol, a verla a ella, quien me presentó a sus padres y con quienes, junto con sus dos hermanas, comí en su casa.

Ese viaje fue un continuo tanteo por parte de los dos; fue breve pero intenso. Cuando ya estaba de vuelta en Las Palmas, me debía decidir por una de las dos mujeres que ocupaban ahora mi mente, así que escribiéndole una carta muy seria a Totó, exponiéndole mi situación actual, con lo que ganaba y demás, le pedí si se quería casar conmigo.

No recibía su contestación, por lo que un día la llamé y le pregunté que qué contestaba. Me dijo que no, y le corté enfadadísimo y muy indignado; a los pocos meses le escribí una carta en términos fatales.

Tenía vía libre para dedicarme a Celeste, cosa que hice, aunque sin ningún resultado.

Era casi un acoso mi comportamiento hacia ella, si bien es verdad que creo que la respeté en todo momento.

Esto duró hasta que se me acabó definitivamente el contrato en la farmacia, de tal forma que

cuando me fue esto anunciado por mi jefe, me entró cierto desasosiego, a la vez que una alegría infinita, al saber que ya no debía volver más a aquella macrofarmacia en la que lo único que hacía casi, era despachar recetas y colocar medicamentos a toda velocidad, todos los días, y el firmar las recetas también lo debía hacer en un tiempo record.

Estuve un año cobrando el paro, año que dediqué a leer y escribir cartas a Celeste, pero ninguna daba resultado.

Me quería alejar de mi tierra, así que me propuse hacer un curso, como el único en el que me admitieron fue en uno de ortopedia, fue el que hice, el cual será cuestión de otro librito.

UNA HISTORIA CUALQUIERA

I

Esta breve historia comenzó el octubre de mil novecientos noventa y cuatro. Como bien es sabido, el tiempo y la distancia hacen mella en la memoria de los seres vivos, por lo que si algo dista mucho de la realidad en este librito, ruego que sepan disculparme.

El viaje fue tranquilo, con una escala técnica en Málaga, donde esperé muy poco tiempo, lo justo para tomarme un cortadito junto con un vaso de agua y unos cuantos cigarros. La llegada a Valencia no fue nada espectacular, sino la normal a cualquier aeropuerto, esto es, prisas para coger las maletas y prisas por si habían pocos taxis en la parada, para que los demás no te los quiten todos y te dejen alguno.

Camino de la pensión, alquilada previamente por teléfono desde mi ciudad natal, iba intentando hacerme una idea de la magnitud de la ciu-

dad, capital de la comunidad valenciana, pues según mi primo, era más pequeña que la mía de origen, aunque según mi diccionario enciclopédico, el número de habitantes eran un mínimo de cuatro veces mayor. Un ligero problema surgió al llegar a ésta, y era que tan sólo me habían reservado el alquiler de una habitación individual por un día, y yo deseaba tener tres o cuatro, como mínimo, para hacerme a la ciudad y buscar tranquilamente alojamiento para los cinco meses y pico restantes, tiempo aproximado que duraba el curso que pretendía hacer.

No hubo problema en encontrar una habitación doble vacía en la misma pensión, aunque claro está, mucho más cara, lo que me olió a chamusquina; esto me incitó a darme prisa en buscar otra vivienda más estable y económica; fue por ello por lo que nada más comer, empecé a hacer de relaciones públicas, hablando con el comensal más cercano a mí en el bar de dicha pensión.

Según me dijo éste, conocía a un profesor que buscaba chico para compartir piso, así que me fue fácil contactar con el susodicho. “¡Carísimo!, probablemente pague yo solito el alquiler total del piso, y encima estaré como de prestado”.

—Ya te llamaré mañana —contesté por el auricular del teléfono.

“Bueno, no me queda más remedio que acercarme a las facultades, y buscar allí carteles que me orienten algo”.

Afortunadamente, había varias facultades cerca de donde me encontraba, por lo que me encaminé hacia ellas para ver si conseguía algo.

Había muchos carteles, pero todos caducos o no aconsejables, hasta que por fin veo uno sobre una pensión que parece interesante; tras llamar a algunos otros no tan tentadores, me pongo al habla con Remedios, persona que hace el trabajo duro de la pensión más atrayente y me dice que la dueña aún no ha llegado, que llame más tarde.

Al par de horas, más o menos, vuelvo a llamar desde el bar, mucho más tranquilo por cierto que la facultad de la que llamé, y me dice la dueña, que vaya a verle.

Nada más colgar el aparato, cogí un taxi con cuyo conductor comenté el precio del alquiler y la comida (setenta y pico), el cual me parece un tanto excesivo, y éste me da la razón, dándome referencias de otra pensión que me señaló con el dedo, cuyo aspecto exterior era bastante deplorable según pude ver, la verdad.

La dirección de la pensión a la que me dirigía es, por lo visto, un tanto extraña, así, la pequeña calle Cadirers es prácticamente desconocida para los taxistas, quienes tienen que consultar el callejero para poder dar con ella.

Nada más llegar a ésta, me presento a Lola, que es así como se llama la dueña del negocio, aunque no propietaria del inmueble, y me empieza a decir las características del edificio y las habitaciones, y de esta manera me entero que el tal es un palacete del siglo XVIII o por ahí, que el fregadero es una obra de arte de no sé quién, etc., etc. Posiblemente todo falso.

Poco después nos sentamos en la cocina a tomar un café y a charlar de literatura, aunque

más que una charla es un monólogo por parte de ella; en principio me pareció que estaba enterada, o quizás fuera porque pisaba un terreno, más que fangoso, totalmente pantanoso para mí, ya que hablaba de clásicos de novela negra.

Sigue hablándome y me aconseja un libro de Julio Cortázar: *Rayuela*, el cual le digo que lo llevo conmigo, y de él me cuenta algo, cosas que me resultan un tanto estrambóticas.

Antes de esto había visto lo que sería mi futura habitación, y me gustó, pero lo que no me gustó tanto es que fuera compartida; el chico con quién la debía compartir, aún no había llegado de la salida del fin de semana.

Me encontraba más que contento, así que ni corto ni perezoso, le dije que posiblemente me la quedase:

—Mañana la llamo.

—Por favor tutéame, no me hagas más vieja de lo que soy —dijo Lola con una sonrisa en los labios.

Al poco rato, decidí que ya era hora de irme, antes de que se pusiese totalmente el sol, pues quería darme un paseo por la ciudad antes de dormirme.

Lola me explicó bastante bien el camino a seguir hasta el estadio de fútbol del Valencia, junto al que se encontraba mi pensión.

Despidiéndome de ella con un beso en la mejilla, me encaminé a éste, preguntando a la gente con que me topaba, el camino exacto a seguir, incluso una señora, me dijo que estaba de suerte, pues el autobús se cogía cerca de donde me encon-

traba en ese momento. Pero a mí realmente no me interesaba lo más mínimo hacer ‘turismo *guagüero*’.

Así que caminando y caminando, iba disfrutando con los edificios curiosos y las distintas librerías, hasta que, y como el día ya empezaba a declinar, me di de bruces con un edificio antiquísimo que me causó auténtico pavor, pues sus luces y las ventanas, se me asemejaban a un panal gigantesco, de tal forma que a la altura del Banco de Valencia, que ese era el uso de este singular edificio, apuré el paso e intenté desviar la vista de lo que me horrorizaba.

Cuando ya me vi por los puentes que cruzan el antiguo cauce del Turia, cerca de mi cubículo, respiré más tranquilo, aunque sin poder quitarme la visión de encima.

Este paseo duró aproximadamente cuarenta minutos, al cabo de los cuales, llegué al hostel; allí cené algo, y para festejar lo bueno del día, me tomé tranquilamente un güisqui de los más baratos; éste intentaba saborearlo, pero el agua gasificada de ese lugar de la península tiene más dióxido de carbono, y por tanto se siente un mayor hormigueo en la tráquea y fosas nasales, dándole un sabor distinto a la copa.

Cuando me tomé la bebida y un café junto con abundantes cantidades de agua con y sin gas (de ambos tipos), me dispuse a subir a la habitación para descansar, y hacer el traslado de vivienda al día siguiente.

Cuando me acomodé: defequé, me cepillé los dientes y me dispuse a leer, aunque estaba un

tanto alterado por el color rosáceo con que estaba pintada la habitación, y recuerdo como de él me dije: “Bueno, será que este color relaja, aunque en mí causa un efecto totalmente opuesto.”

Como digo leí, o mejor intenté leer algo del libro que estaba leyendo por ese entonces, el de un autor de fama internacional y del que ya había leído otros tres libros muy amenos (Noah Gordon: *El diamante de Jerusalén*), pero no me pude concentrar, por lo que, como todas las noches hacía durante un cuarto de hora más o menos, me dediqué a leer la Biblia, cosa que hice más tiempo de lo habitual, pues necesitaba la ayuda de Dios, ya que realmente aquel viaje, no sólo tenía la misión de realizar un curso, sino que también era una prueba para ver si podía vivir solo sin volverme loco, el distanciamiento de amores no correspondidos hacia Celeste, así como vacaciones, y en definitiva por hacer algo, pues llevaba ya unos ocho meses (si no más) parado, y produciendo tan sólo para mi intelecto, pero sin obtener con ello ningún título ni nada que lo demostrara. Como digo, leí más de lo habitual el Libro Sagrado, para también así poder alejar los fantasmas de las luces vistas. Poco después, me puse a rezar, y me di cuenta que en medio de cada frase del Padrenuestro, intercalaba otra, siempre la misma y refiriéndose ésta a que saldría con la que intentaba olvidar.

Así me pasó unas cuantas veces, hasta que conseguí quedarme dormido, tras previamente apagar la luz del cuarto. Todos estos ritos, no impidieron el que me despertara gritando y lleno de un su-

dor frío, temblando de miedo por las luces vistas aquella tarde, las que me parecían fantasmales.

Rezaba y rezaba y no había nada que hacer, o quizás gracias a esto no acabé volviéndome loco, una de las pruebas que como les dije, me estaba poniendo.

Así pasé la noche hasta la mañana siguiente, en que me desperté, hice mis abluciones, me acicalé ligeramente, he hice las maletas nuevamente, con la idea de marcharme de la pensión tras tomar un desayuno ligero en el bar de ésta.

Tomé un taxi, y cuando llegué, seguía sin estar mi compañero de habitación, pues había salido el día anterior a una zona turística cercana, donde sus padres tenían una casa de verano.

Me instalé y acomodé lo mejor que pude, y empecé a hacer tiempo hasta la hora de comer. El almuerzo fue más que abundante y de una gran calidad, claro que por lo que nos cobraban ya debía de ser así; durante éste empecé a contactar con los estudiantes del palacete, y pude ver que salvo uno, todos provenían de familias bien, o sea que tenían, o pretendían tener dinero; la excepción era, como cuento, un buen chico, estudioso al máximo, que estudiaba una carrera de ciencias: Ingeniería, llamado Isidro.

Isidro siempre había sido un gran estudiante y ya a las pocas semanas de su estancia en la capital —procedía de un pueblo de otra ciudad de la comunidad autónoma de Valencia—, empezaba a descollar su inteligencia entre sus compañeros de hogar.

Con él intenté hablar algo, aunque he de decir, que uno de sus hobbies, se alejaba de mi filosofía de vida, sin embargo, otro que descubriría más tarde sí era común.

Éste chico me recordaba a mi época de estudiante, pues se pasaba los días encerrado en su habitación estudiando, y saliendo prácticamente nada, cosa típica entre los buenos estudiantes.

Ese día paso sin pena ni gloria hasta la noche, lo único a destacar, fue que iba viendo las distintas formas de ser de cada uno y sus estatus. Así, la dueña era la dueña; 'Reme', la profesora de algunas residentes, la cocinera y la limpiadora; mientras que los demás, unos eran marchosos, otros serios, y el mayor de todos (sin contarme a mí), era un cachondo mental, simpático a más no poder, cuyo nombre, como no lo recuerdo por más que hago funcionar a mi cerebro, es por lo que lo llamaré Jeremías.

Éste individuo me causó muy buena impresión, pues a pesar de que iba un tanto retrasado en la carrera de Farmacia, o sea, era un futuro colega mío, se lo tomaba con una tranquilidad pasmosa.

Otra que me causó muy buena impresión por lo buena y apetitosa que estaba, era una catalana que estudiaba periodismo, a la que llamaré Gertrudis, de la que no sé ni qué año cursaba, ni la edad que tenía.

Fue durante la noche, después de la cena, cuando comenzamos a contactar todos los estudiantes que nos encontrábamos en la residencia. Empezamos, justo después de cenar, a medirnos la cintura con una cinta métrica, y así observamos

que las más delgadas eran Gertrudis y otra chica, de la que tampoco recuerdo su nombre; también es verdad que eran bastante bajas en comparación con mi estatura.

Así iba transcurriendo la noche, hasta llegar la hora de irse a la cama, cosa que hicimos casi todos, o sea, los doce o trece estudiantes que allí estábamos.

Al irme a mi habitación, como siempre, me puse a seguir leyendo el libro que dejé por la tarde y poco después la Biblia; ese día y al siguiente, ya no me ocurrieron más cosas estrambóticas, ni interesantes, aunque estaba un poco ansioso, y con muchísima curiosidad, ya que todo para mí era novedoso y distinto de lo habitual.

Quiero decirles, que de viajes cortos no entendía ni entiendo casi, en cambio, lo que era cambiar de casa, sí lo hacía con frecuencia, quizás más de lo habitual.

El día siguiente fue normal, entre la lectura, la charla y las comidas, aunque sí es verdad que me pareció ver en Lola unas atenciones que no acostumbro ver hacia mi persona, quizás fuera porque no le caía mal del todo.

Observaba como cada uno tenía su estilo dentro del todo, o al menos algunos destacaban, los que supuse que esos serían los futuros líderes; eran tres los que destacaban, aunque ahora que lo pienso los tres eran varones, quizás fueran por la chulería de éstos por lo que destacaban, no lo puedo asegurar, pero lo que sí decían todos (y era verdad), era que Isidro era muy inteligente, si bien, según creían ellos, estudiaba demasiado.

Cuando llegó la noche del sábado, tenía unas ganas locas de salir, pues aunque había estado en la calle más de lo habitual en mí, no era en plan diversión, sino por necesidades.

Al atardecer vino el novio de una de las jovencitas, las cuales trajeron vino y comida para una merienda.

Fui invitado a la minifiesta, y una cosa me fastidió pues la chica monilla, Gertrudis, había llevado hachís: “¡Vaya hombre, ya se están haciendo las suaves!”, pensé; me ofrecieron que yo hiciera el porro, cosa que hice, aunque no muy a gusto, ya que pensaba que si éstas generaciones no podían pasar una velada agradable consumiendo tan sólo drogas legales, de las que ya también me encontraba ahíto.

Lo hice y cuando me tocó el turno, tan sólo fumé un par de caladas, aunque en ese momento pasaba Lola por allí para servirnos, y no supe cómo reaccionar, siendo lo único que se me ocurrió pasárselo al comensal más próximo, lo que hice; ella me vio y se extrañó algo.

Al rato, salimos todos a dar una vuelta nocturna.

No se pasó muy bien, pues mi forma de vestir desentonaba en exceso con los sitios a los que íbamos, eran más bien progres: bastante cutres, diría yo.

Esto ocurrió el sábado. El domingo transcurrió sin novedad.

Llegó la noche y aún no conocía a mi compañero de cuarto. Me fui a acostar, ya que a la mañana siguiente tenía que madrugar para ir a

la Facultad de Farmacia, lugar donde era la presentación del curso que impartían el Colegio de Farmacéuticos valenciano conjuntamente con la Universidad.

A la mañana siguiente fui el primero en levantarme, gracias a lo cual, no tuve problemas con el baño; han de pensar que al tan sólo haber dos duchas para todos los estudiantes, eso iba a ser un caos. Cosa rara en mí, me vestí y sólo después, me tomé el ligero desayuno que me caracteriza, aunque eso sí, una vez vestido y preparado para salir y enfrentarme al nuevo día, empecé con mis dosis de cafeína, que aunque son cortas, son más continuadas de lo que me gustaría.

Me encaminé a la parada de guaguas con una compañera de residencia, y pude ver cómo el camino era un tanto complicado de aprender, así y todo hice lo posible por memorizarlo, fijándome en las casas del paseo que destacaban y las dos o tres obras que estaban realizándose.

Cogí el susodicho transporte público, el cual me llevó un tanto incómodo, pues iba lleno de estudiantes madrugadores y parlanchines, a las afueras de la ciudad, que era donde se encontraba el nuevo Campus Universitario.

Al bajarme de la guagua, seguí a la avalancha de jóvenes estudiantes, y me introduje en la recién construida Facultad, donde pregunté a un conserje dónde era la presentación del curso y hacia allí me encaminé. Faltaba mucho tiempo aún para empezar, así que me puse a desperdiciarlo hasta que llegara la hora del inicio; al poco vi a dos chicas, una muy jovencita, y la otra más

madurita (la primera era Lucía y la segunda María José), ambas esperaban lo mismo que yo.

Empezamos diciéndonos tonterías y presentándonos mutuamente, hasta que dio comienzo la presentación del curso en cuestión.

Uno de los conferenciantes era un eminente profesor francés, especializado en ortopedia; su participación fue con traducción simultánea a través de auriculares, muy mala por cierto; cabe destacar también la intervención del Decano de la Facultad.

A mitad de la conferencia hubo un tentempié, momento que aproveché para ir tanteando lo preparada que pudiera estar la gente, y si iban a luchar de duro por conseguir sacarlo.

Cuando terminó la presentación, me fui en la guagua con Lucía, a quien seguí tanteando y en quien descubrí una persona muy inteligente y como la mayoría de nosotros: ambiciosa.

Almorcé, descansé, y me convencí de que esas dos compañeras eran buenas chicas, y que quizás, lo más acertado sería pasar el curso con ellas.

La hora de ir a las clases de la tarde se acercaba, así que pregunté a Vicente, que así se llamaba el marido de Lola, por el camino más corto hasta el Colegio de Farmacéuticos de Valencia, quien empezó a explicármelo, cuando de repente saltó su mujer y lo dejó a él en un segundo plano, como a un auténtico calzonazos; en honor a la verdad, tengo que decir que sentí un poco de lástima por el pobre hombre.

Llegué pronto al Ilustre Colegio; lo más destacado de la tarde fue el profesor (catedrático) de Anatomía Patológica, de Medicina, quien me pareció muy preparado.

Conocí a Luis, joven al que le conté lo ocurrido el sábado por la noche, y lo absurdo de la situación, quien no le dio ninguna importancia. A la salida del curso me dirigí a mi casa y allí Lola me tenía preparada una recepción más bien fría y traicionera, pues me daba hasta el viernes de plazo para que buscara otra residencia, ya que según ella, mi forma de enfocar la vida distaba mucho de la de los otros compañeros.

Cuando terminó la entrevista con ella, me dirigí a los demás residentes diciéndoles que aunque yo me fuera, allí se prohibía de ahora en adelante el consumo de drogas prohibidas (cosa que me saqué de la manga).

Ese día conocí por la tarde a mi compañero de habitación: Alexander, un alemán que prácticamente acababa de cumplir la mayoría de edad. No era mal chico, pero tenía malas amistades.

No sé por qué, pero cuando hay alguien a mi lado durmiendo mucho tiempo tengo problemas de aerofagia, sé que no son suposiciones mías, pues cuando estoy solo los gases los expelo por sus conductos naturales con gran facilidad; lo cierto es que para ese día eran demasiadas sensaciones nuevas: compañero nuevo, comienzo de curso, y amistades nuevas; todo ello me costó un par de horas digerirlo, y éstas fueron quitadas al sueño, el cual nos es fundamental a todos, ya que durante éste, unas sustancias tóxicas cerebrales formadas

durante el día, desaparecen (no sé de qué manera pero sí sé que algo de esto ocurre).

Me atiborré a fumar cigarros y a intentar leer la Biblia, aunque el estado de tensión en el que me encontraba no me dejó coger el sueño hasta aproximadamente la una o las dos a.m.

El jovenzuelo alemán, como digo, llevado por malas amistades, estudiaba poquísimo, dejándolo todo para última hora, como casi la mayor parte de los mortales.

El día siguiente no varió mucho en lo que respecta a las clases, pero sí a la salida, donde el diablo hizo su aparición y nos tomamos unas copas Luis y yo, aunque con un poco de prisas, ya que tenía que estar para la hora de cenar en la casa.

Luis, mi compañero de curso, había pasado de ser un estudiante no malo, a ser un juerguista, si no diario, sí habitual, pero no de fines de semana, sino de entre semana, “pues son más días y hay menos gente”, según explicaba él.

Yo no deseaba este tipo de vida, pero tenía muchas tensiones, y como además me dije que estaba de vacaciones, fue por lo que me dejé ir.

El resto de la semana lo pasé sin grandes acontecimientos, salvo lo de mis problemas de meteorismo, complicados cada día en mayor cuantía.

Una noche me enteré que Alexander había esnifado coca, y no sé si por el efecto vasoconstrictor de ésta o bien por la calidad de la misma (las sustancias de corte), lo cierto es que sangraba por la nariz cuando se iba a acostar; yo no sabía qué hacer más que leer la Biblia para darle ejemplo.

Habíamos llegado a un acuerdo en lo que respecta al cigarro, así ninguno de los dos fumábamos en el cuarto a partir de las once de la noche, cosa que al principio me fastidió un poco, pero luego comprendí que era lo mejor para una constitución tan débil como la suya. Es por ello, por lo que salía a fumar al lado justo de nuestro cuarto, nada más salir de la habitación. Estaba allí, el “pasillo de la tele”, y digo pasillo y no cuarto pues en realidad se trataba de esto: un pequeño pasillo. Aproximadamente el miércoles o jueves le dije a Lola que aún no había podido encontrar nada, y que me diera de tiempo hasta el lunes de la semana siguiente para marcharme, con lo que buscaría algo el fin de semana, cosa que no pensaba hacer, pues estaba seguro que me quedaría a vivir en esa casa, a la que me iba acostumbrado poco a poco, aunque sinceramente, habían cosas, quizás muchas cosas que no me terminaban de convencer; no obstante, había otras que me dejaban alucinado, y podía ver cómo era el mejor sitio donde había estado en mi vida de estudiante.

Llegó el viernes y al despedirme de mis compañeros de curso me dirigí a la pensión (llamémosla así), con mal sabor de boca, pues había ideado irme con la gente de juerga, y, como siempre que pienso en eso, me sale la cosa al revés.

Después de comer sentí un gran sopor debido al agotamiento, ya que la semana había sido intensa en cuanto a clases y sensaciones, por lo que me fui a la cama a descansar un par de horas, cosa que se quedó en una hora más o menos.

Cuando me levanté, fui a buscar los periódicos locales para mirar las ofertas de pisos, pues ya con la experiencia tenida, no quería más pensiones ni residencias.

Encontré unos pocos a los que llamé, los que me daban largas o no contestaban, hasta que uno me contestó y me dijo que podía ir a ver la habitación. Tras tomar nota de la dirección, cogí un taxi que me llevara a mi posible habitáculo, pero en el trayecto se me iban quitando las ganas de ir a vivir en ese lugar, no sólo porque fuera en la periferia de la ciudad y al lado del cementerio, sino por el mal aspecto que se observaba por aquellas calles, aunque peor fue mi impresión al ver al dueño de la vivienda: un sesentón sudoroso y bebedor empedernido, al que supuse en paro, y que para sacar un dinero extra, estaba construyendo habitaciones en su casa, supongo que de forma ilegal, las que ni siquiera tenían ventanas, y encima daban a la cocina, ya pequeña de por sí como para estarle quitando más espacio, y para colmo, la última, la mía, estaba aún sin terminar; sí, parecía que mis desgracias continuaban.

Cogí otro taxi, y volví nuevamente a mi refugio, donde me esperaban los periódicos, aunque me encontraba un poco desanimado. A eso de las diez de la noche, localicé a una señora que alquilaba piso para compartir, el que fui a verlo un poco más tarde. Sinceramente hoy lo pienso y el piso era carísimo, y una indecencia en cuanto a higiene, limpieza y calidad, aunque después de lo visto, aquello me parecía una de las siete maravillas del mundo, a pesar de que el cuarto que mo-

mentáneamente me correspondía era de menos dos por tres metros, y el baño y el salón eran un auténtico desastre en cuanto a deteriorado y sucio. Pero uno de los que allí vivían me causó muy buena impresión, irradiaba felicidad y algo extraño me pareció ver en él, ya no sólo algo así como que le faltaba una pierna, sino otra cosa bien distinta, su carisma.

El otro al que vi, y que por cierto lo vi en primer lugar, me causó una rara impresión, que más tarde intuí que debía ser el aire militar suyo y digo intuí, pues por lo que saben nunca he llegado a hacer el servicio militar, y por tanto desconozco absolutamente todo sobre ese mundo.

Le dije a la dueña que me quedaba con el cuarto, con la condición de pasar a uno mayor en cosa de una semana; así y todo no me había convencido en exceso el piso, pero menos era nada, por lo que lo arreglé todo para ir allí al día siguiente.

Me fui a la residencia y le dije a Lola que al día siguiente arreglaríamos las cuentas, puesto que ya había encontrado alojamiento; no puedo decir si esto le agradó o desagradó. Al día siguiente, a pesar de ser sábado y no tener clases, madrugué, me vestí y desayuné antes que el resto, y me dediqué a hacer las maletas, ahora más llenas pues había comprado unos cuantos libros por la zona.

Hechos los preparativos, me dispuse a marcharme, aunque tuve que esperar un poco, pues Lola tenía la visita de una madre, la de Isidro, cuyo común hobby conmigo era la literatura.

A algunos de aquellos jóvenes líderes, les parecía injusta la medida tomada por Lola, pero yo, saboreando ya mi independencia en una habitación individual, estaba encantado con marcharme.

La madre de Isidro preguntó si uno de los residentes se iba, y a Lola no se le ocurrió decir otra cosa que sí, y que “menos mal, porque era muy guarro”. Ellas no sabían que yo escuché esa parte de la conversación por no decir que casi todo, y que me dolió bastante que dijera eso, y todo, por mantener la reputación de su odioso bochinche de niños de papi y mami ricachones. Si realmente los padres supieran cómo son sus hijos o se quisieran quitar el vendaje de los ojos, verían que no es oro nada de lo que reluce, a excepción de Isidro, que como dije era el menos pudiente de todos, pero a su vez el más luchador, con muchas creces.

Arreglé las cuentas con Lola, y me fui de allí, ahora sí, sin ninguna pena al escucharle lo que antes dijo por defender su pan (más que pan, sus mariscos).

Cogí un taxi y me dirigí a la calle Mariola, que era donde estaba mi nuevo hogar, y al llegar a éste, la sensación de suciedad me embargó aún más, por lo que cuando medio deshice las maletas, y digo medio, pues no había espacio suficiente, ni roperos para colocarlo todo, me dirigí al salón con la intención de preguntar dónde podía ir a comer esos días, hasta que hiciera una compra de todo lo necesario para tal fin.

Miguel, que así se llamaba el que tenía una pierna de menos, me invitó a comer de la paella

pagada y hecha por él, cosas que se encargó de recalcar al máximo.

Acepté, aunque un poco por sondear la situación, así como para observar de qué manera se 'enrollaban' haciendo la comida; he de confesar que esa paella me supo a rayos, y que no sabía dónde ponerme, ni en qué posición para no ensuciarme. Sí, aquello era peor, que el peor de los pisos de estudiantes vistos en mi vida.

Así y todo saqué fuerzas de flaqueza y me fui acomodando poco a poco, e intenté entablar conversaciones con todos, para tantear cuál era el clima de la casa.

Éramos cuatro en total, un sirio, al que llamaré Javier, pues según orden expresa de él, no quería que le citase por su nombre, que era el de aspecto militar; José: un obrero de la construcción que aspiraba a ser jefe, aunque el exceso de drogas, incluida la heroína, lo hundía cada vez más en la miseria; Miguel, quien había dado la vuelta al mundo muchas veces, según él mismo decía, y al que la fortuna no le había sonreído, según también decía él, cosa con la que no estaba yo de acuerdo; y por último un servidor, parado, que por lo que allí veía, con muchas aspiraciones, aunque también creyente en Dios.

Para digerir solo todo esto, les dije, que dónde podía hacer las compras de las provisiones más inmediatas, como leche, algo para comer con ella, café, aceite, etc.

Salí, y fui al supermercado que me indicaron, muy cercano a la casa donde vivía, camino del cual, no podía quitarme de la cabeza la suciedad

de toda la casa. Hice las compras de las primeras provisiones y volví al piso, donde me encerré en mi cuarto tras hacerme un hueco en la cocina y colocar la comida.

Me encerré en mi cuarto a leer, y a pensar en todo lo sucedido, de donde no salí hasta aproximadamente las tres horas, en las que algo discurrí, pero no recuerdo qué.

Llegó la hora de la cena y quería ver cómo se alimentaban los allí presentes, y no me parecía mal del todo, salvo las extrañas mezclas que se hacía el sirio.

Llegó la hora de acostarse, y pasé un buen rato sin apagar la luz, hasta que, no sé a qué hora, me dije, “a lo hecho, pecho”, y me dormí.

Al día siguiente, me levanté temprano y fui a buscar los periódicos y semanarios para tener algo distinto que leer el domingo. Ese día fui a comer al bar de la esquina en donde me quedé con un poco de hambre, y luego a seguir leyendo y charlando con mis actuales compañeros. He de reconocer que ese domingo lo pasé mejor, aunque seguía sin lograr acostumbrarme a la excesiva suciedad de la casa, hasta el punto de que no sabía cómo acomodarme en los sillones del salón, en cuyos apoyabrazos intentaba no poner los míos, pues la humedad y la porquería eran evidentes; y no digamos nada del sillón grande ocupado por Miguel, en el que siempre estaba tumbado y hablando.

Me quedaban tres semanas libres hasta la siguiente nueva tanda de charlas del curso, y no era mucho lo que tenía que estudiar, así pues, podía aprovechar el tiempo leyendo, sin preocu-

parme demasiado por las otras cosas. Empezaba a comprender mi libertad en el cuarto, en el que podía leer, fumar y ventosearme sin tener que rendir cuentas a nadie.

Esa semana la pasé acomodándome a mi nueva situación, empezando a estudiar, y adaptándome nuevamente a tener exámenes y cómo no, al igual que siempre que podía: leyendo novelas.

Pasó la semana y fui intimando con mis compañeros, y me convencí que José abusaba del alcohol y del Delta-9 THC, así como más tarde me enteré y como ya les dije, también de la heroína, a pesar de que él se jactaba de que ya estaba desenganchado, lo que lógicamente, yo creí en principio, aunque sus ojos me demostraran todo lo contrario, pero él se empeñaba en negarlo tanto en sus conversaciones, que uno debía creerlo.

Pasaban los días, y me iba integrando en la casa, hasta tal punto que Miguel me insinuó el hacer él la comida, “aunque claro, sin ningún tipo de obligaciones”; por mi parte, estaba más que de acuerdo, pues si hay algo que no me gusta hacer, estas son las labores de la casa, aunque si las tengo que hacer las hago, pero si alguien se brinda a ello, se las cedo gustoso.

Quedamos pues, en que el minusválido haría la comida y yo la compra, cosa que acepté como digo, con gusto, pues ello me obligaba a levantarme temprano y a hacer algo de deporte, aunque éste consistiera en ir caminando al supermercado de la esquina.

Poco a poco iba haciendo mis incursiones por el barrio en el que residía, así empecé por ir al bar

‘La Pau’, donde solía tomarme cortados y agua con gas, y donde intimé, todo lo que se puede intimar en el corto periodo de tiempo que estuve en dicha ciudad, con unos personajes de lo más variopinto.

Mis amigos del bar serían: Don Gervasio, un ilustre profesor ya retirado, que para salvar su soledad, se dedicaba a invitar a cervezas a la mayor parte de los que frecuentaban dicho bar, otro era Viqui, otro minusválido, paticorto, que vendía ciegos, y que confesaba haber estado relacionado por trabajo con los grandes de la canción de España, aunque la fortuna tampoco le había sonreído (yo diría que ni tan siquiera le había hecho un guiño, pues no sólo se hartaba a toda hora de coñac, sino que daba la sensación de que vivía de los recuerdos de antaño, que para ser sincero, no sé si eran del todo ciertos o no). Aparte de esto, desde el principio desconfié de él, y con el tiempo le llegué a decir a Miguel, que Viqui se traía algo sucio entre manos, a lo que el primero me respondió que de un cojo, no se podía esperar nada bueno, aunque sinceramente él, siéndolo, era bastante buena persona, aunque un poco desafortunado (como ya empecé a comprender al oírle) por su impetuoso carácter.

Otra característica muy típica de Miguel, es que éste parecía estar sordo, pues de normal no hablaba, sino que gritaba, de lo que según parece no se daba cuenta, pues cuando uno se lo decía no se lo creía; tiempo después se lo reprocharía varias veces, y que si no se había percatado, le diría, a lo que me contestaba que no lo había hecho, y que, según él, ese era su tono habitual de hablar,

y que no pensaba que fueran altisonantes sus palabras, ni mucho menos. Yo aún no le insistía mucho en ello, pues casi estaba de visita.

En esto llegó el siguiente fin de semana, y mis ganas de salir de juerga habían aumentado al máximo, por lo que les dije a los del piso si querían salir, a lo que José me dijo que él, sí saldría.

—¿Dónde vamos a ir, por qué zona? Te lo digo más que nada para saber cómo voy a ir vestido —le dije escarmentado, al que sería mi acompañante nocturno.

Me contestó que iríamos por zonas de pubs, por lo que deduje que debía ir bien vestido.

A la hora de salir, se demoró un poco, no sé si porque estaba consumiendo droga (dura y/o blanda), aunque casi aseguraría que de alguna forma la consumía; yo fui entre sport y de noche, pues pensé que si él era obrero no saldría excesivamente bien vestido. Su aspecto no me desagradó, de tal forma que pensé que los dos podríamos compaginar bien, por lo que nos aventuramos en la noche. En el taxi ya empezaron los primeros problemas: José tenía la creencia de que todos los taxistas nos estafaban. Nos llevó el taxista a una de las zonas de moda de la noche y allí nos bajamos. No había mucho ambiente, quizá por la hora, y para colmo de males, a él se le metió en la mullera 'ligar chocolate', a lo que le dije:

—No sé si encontraremos algo, pero como tú quieras.

Buscando, buscando, nos metimos en un bar bastante concurrido, donde nos pusimos a tomar unas copas (las mías sin alcohol y las de él con mu-

cho alcohol), y empezamos a entablar conversación con unos personajes de lo más pintoresco: uno no sé a qué se dedicaba, pero tenía chocolate, cosa por la que José daría su camisa y algo más, y el otro era un pintor, un artista, que a juzgar por su indumentaria no le iba del todo mal, aunque ese día no se enteraba de la misa ni la mitad, pues llevaba encima una sobredosis de todo, asombrosa.

Intenté hablar con él, pero no atinaba más que a decirme que le habían robado y que no tenía un duro, por lo que pensé meterle en un taxi y darle dinero al taxista para que lo llevara a su casa; a José esto le parecía mal, pues decía que el otro se estaba aprovechando de mí, por lo que recuerdo que pensé: “Dios mío, el ladrón cree que todos son de su condición”.

Un dato curioso, fue que invitó a un negro a tomarse una copa, quien estaba trabajando en ese momento como vendedor ambulante, por lo que tan sólo tomó un refresco, medio apartado de nosotros, cosa que no entendí, y me dije que debía ser porque pertenecía a otra cultura y no nos comprendía, o por el lenguaje; quizás también sea porque mientras nosotros nos divertíamos, él trabajaba, posiblemente para poder comer algo al día siguiente. Sí, esta vida es muy dura.

Dejamos a estos curiosos personajes y le dije a mi acompañante que fuéramos a Cánovas, que allí conocía un pub que me había gustado mucho la última vez que había estado en esa zona; a él llegamos en taxi, y nada más llegar, observé cómo mi compañero, tras yo comprar una botella de güisqui para consumir lo que quisiéramos, empe-

zó a hacerse más pasota y más colgado de lo que estaba, mientras que yo me hacía más altivo, según sospecho que pensó él más tarde: más pijo, aunque no me consideraba yo así, y sin embargo, sí me avergonzaba algo de su postura.

Aquel pub lo había descubierto por medio de Alexander y la gente de la anterior residencia, por lo que pensaba encontrarme a éste en dicho sitio, pero esto no ocurrió en ninguna de las varias ocasiones que lo frecuenté, aunque sí me encontré mucho con George, el otro extranjero de la residencia, el cual no sé por qué, no me caía muy bien, a decir verdad, intuía que estaba metido en negocios sucios, y que a la vez estaba llevando por mal camino a Alexander.

Parecía que la noche llegaba a su fin, y me había divertido bastante, aunque José no hacía más que críticas destructivas de los sitios a los que íbamos, al igual que me criticaba a mí, según me enteré más tarde, cuando yo no estaba presente. Él se ganó estas críticas mías.

Decidimos irnos a una discoteca, y para ello cogimos un taxi que nos llevara. José estaba tan seguro de donde estaba, que otra vez dijo al nuevo taxista que le estaba engañando, quien, lógicamente, se ofendió y nos dejó al principio de una amplia avenida que salía de la ciudad. No sé aún por qué le daba a ese joven por decir que todo estaba mal, y tenía la manía de que le engañaban (cuando se embriagaba).

Tras coger un par de taxis y todos con el mismo resultado, los que pagaba yo no sé por qué, decidimos irnos a nuestra casa, aunque le dije que

esta vez me dejara a mí actuar. Así lo hizo y llegamos sin ningún inconveniente a nuestra zona, aunque volvió a haber un par de fricciones entre José y el taxista.

Cuando llegamos, José me dijo que nunca había ido a una casa de citas, a lo que le dije que eran basura y una auténtica tontería, pero que no obstante, si él quería, lo podía acompañar a alguna. Dicho y hecho, fuimos a una que se encontraba muy cerquita de nuestra casa; entramos y me puse a hablar con el camarero, que a la vez era el encargado de aquello, con el que me enteré que el negocio era prácticamente nuevo. Fueron más las cosas de las que me habló mientras José charlaba, o mejor decir, toqueteaba a una meretriz madurita, cosa de la que no me percaté en absoluto, hasta que días después me lo dijo. Hablando estaba yo, cuando se sentó a mi lado una ídem, la cual me pareció guapa, claro que como descubrí más tarde, se debía a la falta de luz; tras las presentaciones empezó el regateo por el contacto carnal, y al final llegamos a un acuerdo, así de las cincuenta mil en que se valoraba ella al contactar, terminamos en que sería tan sólo treinta mil la noche entera (yo no me daba cuenta, pero ésta estaba casi terminando).

Acordado el trato, nos marchamos a mi cuarto, y a José no sé cómo lo dejé, pues yo me fui al cajero a buscar dinero; quedamos en que una parte se la pagaba en ese momento, y el resto a la mañana siguiente, lo que hice así por si intentaba estafarme, cosa que de todas maneras hizo (ya que el precio por el trato sexual fue un robo, tal y

como ella era), y ésta fue tal, que estuvo muchos días sin ir a trabajar, así que imagínense cuánto estaba acostumbrada a cobrar por su ayuntamiento de normal.

Me contó durante el acto sexual un par de cosas, y yo le comenté que hacía tiempo que andaba pensando en hacer un trío, pero que no encontraba nadie que quisiera, por lo que ella se brindó para hacerlo en un futuro cercano, a lo que le respondí que ya veríamos.

En ésta y otras cosas pasamos la noche hasta que nos dormimos. Cuando me desperté me invadió una sensación rara, la que no sabría cómo definirla, aunque no era agradable, sino más bien lo contrario; no era tanto por lo que había hecho, sino porque la chica no era nada guapa. Me duché y me volví a dormir.

Cuando nos levantamos cerramos el trato, o mejor dicho, lo cerré yo, y la invité a almorzar una pizza, en el bar debajo de mi casa, a lo que accedió.

Estaba un poco avergonzado de ella, pues me resultaba bastante horterera y ajada debido a la mala vida; sé que esto es muy reprochable de mi parte, pero decir lo contrario sería mentir, a lo que no estoy dispuesto. Mientras comíamos, me dijo que tenía cinco hijos y que estaba soltera, aunque tenía un par de amigos y clientes fijos. A mí estas confesiones hacían que se me tambaleara el mundo, así y todo, las tomé con buena cara, aunque estaba con falta de sueño y con una ligera resaca, no mucha, pues tampoco había ingerido tanto alcohol.

Nos despedimos, con la certeza por parte de ella que nos veríamos en el futuro, y con la esperanza por mi parte, de que no fuera así.

Después me fui al piso, y Miguel al enterarse de lo que me había costado “el polvo” dijo que estaba loco, y que ya me llevaría a sitios de calidad con niñas que eran o podrían pasar por modelos, y muchísimo más baratas; aunque a mí lo que realmente me importaba eran las medidas higiénicas, en lo más profundo de mi ser, me sentía frustrado, por la vida de vacío y perversión que llevaba desde que no estaba con Totó, que aunque está claro que no llegaba a ser la de las historias de Sade, no encajaba ésta con mis ideales de futuro. La carne es débil.

Recuperado de esto, pasé la semana estudiando y leyendo, ya más centrado en lo que hacía. Empecé a intimar bastante con Miguel y algo con los demás, hasta tal punto que cada uno por separado me decía de irnos a un piso mejor y solos.

El fin de semana siguiente, volví a salir con José, pero esta vez mucho más suavcito y sin niñas fáciles; llegamos pronto a casa y sin demasiados incidentes. Las salidas me empezaron a parecer repetitivas, y por ello, me decía que ya no saldría en un tiempo, cosa que hice durante un par de semanas en las que me fui acoplando, poco a poco, a aquella ciudad.

Llegó el mes siguiente, y tuve que volver a ir a clase.

Al final de la semana, Luis estaba enfadado con una chica, Manuela, quien iba detrás de él de

una forma descarada, y de la que yo pensaba que si no salía con Luis se suicidaría.

Llegó el viernes y por tanto el final de clase, y planteé irnos a comer en plan bien, lo que conseguí, aunque el lugar al que fuimos no era muy bueno; fuimos en total cinco: Manuela, Lucía, Luis, su primo y un servidor.

Lo pasamos bien comiendo, pero me sobrepasé ligeramente con el alcohol, por lo que le di la paliza a Lucía para irnos a tomar unas copas al restaurante de algún hotel de cuatro estrellas, pero ella me rechazó, puede ser porque no tuviera ganas, o por mi estado de embriaguez, o bien por no hacer un feo a su novio; no sé a qué causa se debía, lo cierto es que me fui solito a mi casa, tras haber hecho el ridículo ante su familia, pues delante de ésta se lo dije.

Al llegar al bar La Pau, quiero recordar que estuve allí con unos conocidos tomando café, hasta que me decidí ir a comprar las cosas de la cena. Por ese entonces me empezó a dar la impresión, de que yo era el que más dinero gastaba en las cosas de la casa, impresión que más tarde se convertiría en una certeza total.

Ya por esas fechas nos había dejado José, por lo que me pasé a su habitación, la cual era más cara, cosa que no me dijo la dueña al entrar, sino cuando me pasé a ella: no sé por qué la gente va con tan mala idea.

Tenía ganas de juerga, aunque no tenía a nadie con quien salir, y, como tampoco se me apetecía salir solo, me quedé tranquilamente en mi

casa, con la promesa por parte de Javier, el sirio, de que al día siguiente saldríamos.

Así lo hicimos, y en honor de la verdad, he de confesar que los dos terminamos bastante embriagados, ya que nos tomamos la botella de güisqui que había comprado anteriormente con José, casi toda los dos solitos.

No nos ocurrieron grandes cosas, salvo que trabé amistad con las camareras del pub al que iba. No lo pasamos mal mientras estuvimos en él, pero después con la cosa de ir a mirar mujeres, el asunto degeneró, tanto es así, que deseaba ya irnos a nuestra casa, a dormir, pero Javier se lió a hablar con un valenciano mientras yo le decía:

—Cuidado, que no estás en tu tierra; debes respetar esto y a sus habitantes —la cosa es que creía que él estaba más borracho como yo, lo que hoy día no puedo afirmar.

La noche transcurrió con más pena que gloria por mi parte, pero a partir de esa noche, he de confesar que Javier intimó más conmigo, cosa que no ocurrió al contrario en gran medida, pues no me fiaba mucho de él, no sé si por lo que me había dicho Miguel de que “los sirios te la pegan o bien al principio o bien al final”, o por qué.

Ya por ese entonces la casa empezaba a tener aspecto de hogar, y casi de familia, de tal manera que el cabeza de ésta, si de esta forma se le puede llamar al que consigue el dinero, era yo; más parecía una hermanita de la caridad que un compañero de piso. Todos recurrían a mí para pedirme dinero, el cual no es que me sobrara en exceso pero sí disponía de un par de millones.

Se acercaba el día de mi despedida, y un domingo apareció la suripanta con una amiga, la cual tenía toda la pinta de padecer el SIDA; sus físicos y sus aspectos no me atraían lo más mínimo, por lo que les dije verdades (aunque no la absoluta) como:

—Estoy resacado, me acabo de masturbar y no me queda dinero ni para pipas.

A lo que ella me respondió que me cobrarían baratito, unas dos mil por cabeza; a mí se me pusieron los ojos como platos, pero realmente no tenía ganas y no me fiaba de ellas, así que les dije de ir a tomarnos unas cervezas a la calle, entre otras cosas porque los del piso estaban incómodos con ellas allí, y encima se acercaba la hora de comer y no querían invitarlas.

Las llevé a un bar bastante lejano, para no ser reconocido, mientras deseaba que ellas no sospechasen nada; me puse por disculpa el caminar algo, pero realmente sabía que no era por eso, sino porque me avergonzaba de mis amistades, si así se las puede llamar.

Cuando regresé al piso, los dos estaban algo molestos, pero esto se les pasó enseguida, por lo que ya en la comida había cordialidad y armonía.

Esa semana transcurrió apaciblemente entre el estudio y la lectura hasta el diecinueve o veinte de diciembre, día en que salí con Miguel a despedirnos, pues me marchaba a mi tierra a la mañana siguiente. Nos fuimos al bar de un sobrino de mi invitado, de los muchísimos que tenía ya que con él eran once hermanos. Allí comimos cosas típicas valencianas, e ingerimos dos botellas de

buenos vinos, al menos eso tendrían que ser por los precios que ostentaban.

Lo cierto es que llegada la noche, salimos de allí algo ebrios, y nos fuimos a un prostíbulo que Miguel conocía, y nos enrollamos a hablar con dos prostitutas, de las cuales, la que se había sentado a mi lado estaba tremendamente bien, pero puso la disculpa que no podía irse conmigo porque su hija pequeña no podía dormir hasta que ella llegase, lo que a mí me extrañó, pues eran las dos o las tres de la madrugada y a esa hora no es frecuente que una niña de tres años esté despierta, no obstante le seguí el juego mientras mis ojos se iban hacia sus hermosos senos.

A la vez, Miguel hablaba y hablaba de sus experiencias en el extranjero a gritos, de tal forma, que parecía que las mujeres estaban a decenas de metros de distancia nuestra, y que como no lo oían, debía por ello gritar. Como allí no había nada que hacer, nos marchamos a otro local muy cercano, en el que se nos acercaron dos negras muy potentes, y enseguida empecé a acariciar a una, la más joven y maciza, y a pesar de la embriaguez, había algo que no me gustaba en ella, no por el mero echo del color distinto de su piel, pues yo tenía una amiga también negra en mi ciudad, sino porque había algo que no terminaba de llamarme.

Ella acordó un precio alto, bastante alto y yo accedí, y tomando un taxi nos dirigimos la chica y yo a mi piso.

Cuando ya íbamos a enrollarnos, vi cómo ella se untaba la vagina con una crema para las manos, que cogió al azar de las que había en el cuar-

to, lo que me dejó anonadado; a partir de aquí ya no recuerdo casi nada salvo que me pidió dinero para coger un taxi, y le di dos mil pesetas, tras lo cual, me volví a dormir. A las pocas horas me levanté y me despedí de mis compañeros de piso, con la intención de tomar el avión que me llevara de vuelta a mi hogar.

El viaje transcurrió sin problemas; no tuve que pagar exceso de equipaje por los libros comprados, puesto que éstos los había enviado por medio de una compañía que se encarga de esos menesteres.

II

Era el día de Reyes, y no llevaba conmigo ninguno de los regalos que me habían hecho en mi casa, pues así, cuando regresara otra vez a la isla de la que procedía, tendría algo para estrenar, aunque ya nada de dinero.

El viaje fue agradable y con poca gente, afortunadamente, seguramente, por lo temprano que era, y por la fecha tan señalada. En una escala en Madrid, evacué las heces, me deleité con un cortado, agua, un cigarro, y con la visión de los últimos títulos de novelas en la librería del aeropuerto; invertí, con estas cosas, el tiempo que debía permanecer en la capital del reino, y como nunca me ha gustado mucho curiosear las pocas veces que viajo, al menos en lo que a terminales se re-

fiere, esperé y descansé del ajetreado día anterior en Las Palmas.

Al poco, volamos rumbo a Valencia. Al piso llegué prontísimo, y tras saludar a los compañeros, me fui a vaciar las maletas. Les había llevado: un libro de los mejores en el tema de autoayuda y la Biblia, el primero a Javier y el segundo a Miguel, con lo que se quedaron muy agradecidos, es más, me da que era el único regalo que recibían, cosa que me dejó un tanto triste, pues yo aunque no muchos, algunos había recibido.

Hasta pasadas un par de horas no me habitué a la casa, pero transcurrido ese tiempo, parecía que llevaba mucho allí, y que no me había ido, aunque seguía sin acostumbrarme a la suciedad del piso, y eso que iba Yésica (una chica contratada por la dueña), a limpiárnoslo una o dos veces en semana, aunque a veces (la mayor parte de las veces), no iba por las más diversas excusas.

Era el jueves día seis, y ese lunes debía asistir a clase. Sabía que debía recuperarme de la mala vida llevada anteriormente, y estar en plena forma al llegar el lunes, así que no salí, sino que me dediqué a hojear los apuntes de clase y a leer mucha literatura, y como descanso nocturno, ver una película en la tele.

El domingo y el viernes, para celebrar mi llegada, comimos paella con conejo, pollo y verduras de la huerta valenciana.

Reconozco que aunque soy en mi interior emotivo puedo parecer en el exterior algo frío. Javier me pareció un tanto nervioso, siendo su comportamiento totalmente anormal.

Él tenía una novia valenciana, de la que decía que sólo era su amiga, aunque estaba, siempre que su trabajo se lo permitía, en nuestra casa; yo aún no la conocía. Ella era periodista y según parece reconocida, de las que salía en la tele, en un canal valenciano.

Como decía, el lunes tenía que ir a clase, y por eso el domingo debía dormir y descansar, aunque no pude conciliar el sueño, por lo que mantuve una animada charla con Miguel durante la noche.

Ese lunes, como era día de examen, fui de chaqueta y corbata, y me di cuenta que la gente no se tomaba nada en serio los exámenes.

Las dos únicas novedades del curso, eran, que había un nuevo profesor bastante bueno, el mejor con creces, al que a su vez, el intercambio y gran número de cigarros fumados, le afectaba enormemente, a la vez que su sordera.

La otra era que mi amigo Luis había empezado a salir con Manuela, por lo que estaba muy contento y si cabe más despistado del curso.

Del profesor no recuerdo su nombre, por lo que lo llamaré D. Pedro.

Si no nombro sino a dos o tres profesores, es, porque estos eran los únicos que realmente valían la pena, al menos en lo que a responsabilidad y profesionalidad se refiere.

En el almuerzo me percaté, de que la parejita era feliz y que como consecuencia Luis bebía mucha menos cerveza, cosa que me alegró.

Cuando llegó la última hora, las ocho de la tarde, me despedí de mis compañeros, y fui a co-

ger un taxi a la parada de El Corte Inglés, que se encontraba a tres o cuatro manzanas del viejo Colegio.

Antes, solía pasar por los tenderetes que montaban los hippies modernos, en los que vendían sobre todo baratijas, para ver los posibles regalos para mi familia, pues, aunque había aún mucho tiempo, no quería que me ocurriese como en Navidades, en que hice las compras a última hora, por lo que me supo a poco lo que les llevé como *souvenirs*.

Llegué al barrio donde residía, y me tomé un cortado y agua con Miguel y sus amigos, el cual me encargó que hiciera unas compras en el supermercado situado frente al bar, cosa que hice un poco a regañadientes, pues me olía que yo iba a ser el que pagara en adelante la comida de todos, y el dinero que tenía ahorrado se lo había dejado a mis hermanas (las que estaban pasando una mala racha económica, y es que a pesar de que tenían tanto ellas como sus maridos respectivos, las oposiciones sacadas y por tanto un sueldo garantizado de por vida, se habían mandado a construir una casa dos de mis hermanas), aparte de que me lo dijo en un tono, como si me dominara, como si él hiciera conmigo lo que le daba la gana. Lo de dejarles mis ahorros, me había soliviantado e intranquilizado algo, pues ya no tenía la espalda cubierta económicamente, a pesar de que mi madre me pagaba parte de mi estancia, pero estaba gastando más de mis posibilidades, y aunque no era tanto para un licenciado, sí lo era (y es) para mí.

Llegó la hora de irse a la cama, y me puse otra vez a pensar, y como no podía dormir me fui a ver con Miguel un poco la tele; éste solía trasnochar mucho viéndola, por lo que al día siguiente se levantaba tarde. Esa noche vimos dos películas, cada uno vio una en honor del otro, así una era de un policía que salvó al mundo de una poderosa organización de traficantes, y la otra contaba la historia de un policía de barrio, respetado y admirado por todos los pequeños delincuentes; a mí la segunda me pareció floja, y la primera buena, y a él, según me dio a entender, le pareció la segunda muy buena, y la primera fantasiosa. Personalmente, con respecto al hombre, siempre había pensado que si algo era imaginable, eso podía ser cierto, pues de algo nos había venido a nosotros esa imaginación: por la introducción en el cerebro de unos datos; pero ahora veo que esto no es ni mucho menos así. Después de las películas, nos pusimos a charlar otra vez animadamente, y aunque yo a veces discurría en mi magín que debía descansar algo, no se me apetecía nada, por lo entretenido de la conversación. Al día siguiente tuve que ir a clase, y lo que allí me pasó es lo que cuento en el siguiente relato:

YAC EL DESTRIPIADOR

Esta breve historia que ahora empiezo a contar, comenzó no un diez de enero cualquiera, sino el de 1995.

Tras una provechosa amanecida con Miguel, me encaminé al Colegio de Farmacéuticos para asistir a las clases de Ortopedia; eran a las nueve, y no sabía si el taxi llegaría a tiempo.

Taxista: Todos los semáforos están en rojo.

“YD”: Bueno, éste siempre está correlativo con el siguiente.

Al siguiente semáforo en rojo, otra intentona de rodeo por la afable ciudad valenciana; al final, no pudo.

Llegamos con el tiempo justo de fumarme un par de cigarritos.

La primera hora, interesante gracias a la amplia cultura anatomopatológica del catedrático en vías de su deseado retiro intelectual.

La siguiente clase versa sobre la patología del tobillo. “¡Vaya, algo grande va a suceder hoy, muy grande! ¡Dios mío!, ¿qué es?”, pensaba alarmado.

La hora del cortado se retrasaba, y de repente: ¡Plaff! “Dios mío, la diapositiva del pie parece la de una mano, ¡no puede ser!, ¡no lo quiero coger!; es una buena persona; y aunque no lo fuera...”.

Levanto enérgicamente el brazo y digo:

—¡Mire, por favor!, ¿no es esa la mano?, ¿el metacarpo o algo así?

—No, éste es el metatarsiano, escafoides...

—¡Ja, ja, ja! —sonrisas en todos los primeros bancos.

Mientras, pensaba: “¡Vaya hombre, ya metí la pata con lo bien que iba!” A partir de ese momento ya no me pude concentrar más.

Última hora: Anatomía y biomecánica del pie. “Llego tarde, escasos minutos...”, barruntaba. “¿Esa voz, qué raro suena?, ¡Dios mío, si no tiene nada dentro!, ¡Qué pinta!, la chaqueta clara, corbata casi negra, ¿pero éste, de que va?”, me decía a mí mismo al sentarme justo en el lado opuesto a la puerta.

Agacho la cabeza y oigo una sarta de cosas mal aprendidas por un papanatas, quien tampoco se disculpa por la redundancia de una palabra, a la vez que sigue con la palabrería del discurso aprendido de memoria en su cabeza vacía. “El pelo es excesivamente seco para los de aquí, ¡fuerte impostor! Encima ‘pifis’ en lugar de epífisis o apófisis, ¡esto ya es demasiado, me voy a comer!” A la vez, le hago señas a la nueva parejita feliz para ver si quieren ir conmigo.

Traspasado el umbral de la puerta exterior, miro a mi derecha y: “¿Veo a su novia? ¿O mejor quizás, la que Felipe me quiso endilgar?”.

Al girar la esquina me digo: “He de llamar a la policía”, lo que hago.

A los cinco minutos se presenta un ejecutivo y su ‘pinche’; no veo los ojos del superior por estar ocultos tras unas chocantes gafas negras. Les ataco verbalmente y confunden mis intenciones.

Se acercan por el lado opuesto, tres secretas de rango inferior, con ademanes un tanto toscos, a los que les cuento lo sucedido. Antes de entrar y para no llamar la atención, avisamos a la secretaria del curso, la que se alarma un tanto, pero reacciona rápidamente y vamos a informar a D. Salvador (d.e.p.), presidente del Colegio.

Tras las pertinentes presentaciones, damos cumplida cuenta de la situación, éste reacciona perfectamente y hace llamar al excelso profesor de universidad y para más INRI, devorador empedernido de libros (cosa típica por esos lares), el cual, analizando someramente la situación, responde y nos atolondra, estupefacta, entontece, entumece, desorbita e incluso nos da una magistral clase de estrategia política y...

Después me fui a comer con Luis y Manuela, desentendiéndome por completo del tinglado montado, y ellos muy enamorados, se mofaban de mí, aunque yo no les prestaba atención, pues estaba pensando en lo que me había pasado, y en si sería posible que aquel fuese un asesino a sueldo de

Felipe González, pensé si me estaba volviendo loco o no y lo que me esperaba en este mundo.

No podía pensar bien, y creía que me seguían por todos lados, lo cierto es que cerca de donde comíamos, llamaban por teléfono de una forma rara, y ciertas personas queriendo aparentar un comportamiento natural, lo hacían de una forma muy misteriosa, a mi juicio.

No pudiendo soportar la situación, junto con la tensión nerviosa y el cansancio físico y mental, opté (muy mala opción por cierto) por tomarme una copa, basándome en que una pequeña dosis de güisqui es vasodilatadora y relajante, vamos, depresora del sistema nervioso simpático, pero también sabía que esos mismos efectos los tiene la valeriana y no se me ocurrió tomar una.

Las manos me temblaban, y no podía pensar con claridad, pues entre otras cosas, la falta de sueño me impedía visionar el total de la situación. Estaba decidido a escribir lo que me pasó, para que la gente se enterase, pues pensaba que era bastante interesante, y me puse a hacer como el cuento del cántaro de leche y la lechera, hasta que casi se me rompe el cántaro con la leche.

Tengo que aclarar que el profesor que se comportó como un auténtico estratega político fue Don Pedro, y el primero del relato había sido, años atrás, un genio en su materia y del que ya antes les hablé, fue el primero que nombré del Colegio.

Por la tarde, más tranquilo aunque aún sobresaltado, fui a clase y allí ocurrió una cosa muy rara, pues uno de los conferenciantes, iba de va-

queros y con camisa de seda (sin corbata y menos aún de chaqueta), lo que me indujo a pensar que había sido un buen especialista en algo (creí que en psiquiatría) y que lo localizaron con el busca o un móvil para que me analizara, justo en un día en el que él lo tenía libre, si no, no me explico cómo fue vestido tan poco acorde a la situación; poco después vi que cometió ligeros fallos para profanos en el arte, pero garrafales para los amantes de él, con lo que deduje que tampoco eran suyas las diapositivas que nos explicaba, sin contar con que de lo que hablaba no tenía nada que ver con lo que se proyectaba en la pantalla.

En el tiempo de descanso, me volví a disculpar de D. Pedro que hablaba con el seudoprofesor de ortopedia citado.

La siguiente hora fue otra exposición de D. Pedro, cosa que también me extrañó, el que un conferenciante diera tantas charlas seguidas; al otro fue el único día que lo vi. Media hora antes, más o menos, de terminar la jornada de charlas entró una señora de avanzada edad, y aunque vestía con chaqueta sería a cuadros, yo creo que tenía su mente un tanto decrepita en cuanto a su trabajo se refería; de ella pensé que era psicóloga aunque no le di oportunidad a que me psicoanalizara.

Al terminar el día, me fui a mi casa, con la convicción de que debía escribir un artículo sobre lo sucedido.

Le conté a Miguel parte de lo que me ocurrió y creo que pensó que yo estaba loco. Júzguenlo ustedes mismos, escasos, pero apreciados y respetados lectores.

Ese día Miguel se fue a dormir sobre las tres o las cuatro de la madrugada, y yo empecé a desbarrar, creyendo sentir que alguien hacía brujerías en la casa, así sentía la presencia del que fuera nuestro líder político, dando órdenes tanto a mí como a todos los soldados y zapadores de Valencia, hasta el punto que habían misiles directos al sillón en el que me encontraba, y que habían especialistas en radioactividad perfectamente vestidos para tal tarea llenando el cuarto de baño de sustancias radioactivas, por lo que yo no podía salir del cuarto de la tele. Lo que pensé que era la radioactividad, que no era otra cosa que el pánico que me embargaba, fue tal, que mis manos se me quedaron blanquecinas al cubrirme la cara, como llenas de unas costras blancuzcas, lo que pudiera ser que se debiera al cambio de agua y a que padezco dermatitis seborreica, aunque lo cierto es que eso no me lo había visto antes, aunque sí, ligeramente parecido, alguna otra vez, posteriormente.

Esto me ocurrió mientras temblando escribía en una hoja de papel, el boceto del relato del Destripador, que aquí he puesto. Lo que fue el inicio de mi faceta de escritor.

Pasé un miedo atroz, mientras rezaba pidiendo que amaneciera y que se fueran esos visitantes de tonalidad rosácea.

Cuando me llené de valor, atravesé el pasillo y me fui a mi cuarto, donde pensé que si lo que me ocurría era cierto, lo mejor que podía hacer era esconder bien el artículo escrito, por lo que escribí una carta en la que trastoqué la dirección de la

persona que creía que más amaba en Las Palmas: Celestina.

Salí inmediatamente de la casa tras beberme medio Lonseren®, pues estaba seguro de que me estaba volviendo loco, y encima estaba solo otra vez; sobre éste, mal supuse, por haberlo oído a un esquizofrénico crónico, que tomado también me haría efecto, pues ese mes, no me lo había inyectado todavía.

Salí a la calle, aterrorizado, con la carta con el artículo, y la eché no al buzón más cercano, sino a otro algo más alejado, “para ponérselo más difícil a los secuaces de FG”.

Posteriormente subí de nuevo al piso y tras leerle tras la puerta una cosa a Miguel, deduje que se encontraba en el cuarto con Yésica; le metí por debajo de la puerta un cheque por una pequeña cantidad, en agradecimiento por sentir una voz humana y amiga a mi lado.

Al rato me fui a dormir, y como no podía conciliar el sueño, esperé a que Miguel se levantara para hacer una compra grande. Fuimos a desayunar al bar La Pau y allí no nos poníamos de acuerdo en lo que debíamos hacer. Después hicimos la compra y tampoco nos poníamos de acuerdo en qué comprar, no por nada, sino porque cada uno quería agradar al otro.

Terminada la compra, me fui a dormir y a él lo dejé esperando, como siempre, a que su ex jefe le pagara, lo que nunca hacía.

Después dormí, y aunque ese día no fui a clase, sí fui los siguientes. Con Victoria, la secretaria del curso, me enteré que realmente no había

ocurrido nada, o ella me lo quiso hacer creer, o se lo hicieron creer a ella. No sé.

El resto de la semana transcurrió dentro de la normalidad posible.

El martes 17 de enero, era mi cumpleaños, y quería celebrarlo con los compañeros del piso, a los que pensaba invitar a cenar y después a tomarnos una copa nocturna.

Miguel nos dijo que dónde íbamos a comer mejor y más barato que en casa; nos llevó al huerto y eso hicimos.

Regamos los filetes frescos de ternera con un par de botellas de buenos vinos y cuando nos disponíamos a salir, nos dimos cuenta que había goteras, por lo que avisamos a los vecinos de enfrente, ya que el cabeza de familia era el presidente de la comunidad de vecinos del edificio.

El problema era que el propietario del piso superior al nuestro se había dejado algo abierto y eso había provocado varios daños de cierta cuantía, sobre todo en nuestra vecina de al lado.

Nos fuimos a dar una vuelta, durante la que iba contento con mi nueva camisa regalo de Miguel, no sé si por mi cumpleaños, o por Reyes, o por ambos a la vez.

Antes fui a buscar a La Pau a Viqui, como habíamos acordado, pero no estaba, ya se había ido. Nos fuimos al piano-bar que él nos había aconsejado y allí empezamos a tomarnos copas y me puse a cantar canciones con los que allí estaban, entre otras algunos aires canarios; me entró la furia sexual, pero gracias a Dios, me contuve. Más cosas de interés no pasaron en ese sitio. Des-

pués nos marchamos Miguel y yo, pues Javier ya se había retirado a descansar, a una discoteca según decía él de lujo, aunque a mí no me lo pareció tanto; al poco de llegar me fijé en una jovencita muy mona y con muy buen tipo, respecto a la que me dije: “A esa me la enrolló hoy”.

Tras unos provocativos bailes por ambas partes, la invité a una copa, a la que ella aceptó de inmediato; al instante me dijo:

—Yo soy prostituta.

—Bueno, eso, no se lo cree nadie —contesté—, y ¿cuánto cobras?

—Diez mil pesetas.

—Bueno, si es tan barato, y estás tan buena, no me importa, aunque de prostituta, no tienes nada.

Nos tomamos las copas y tras despedirnos de su chulo, y sus matones, nos fuimos en su coche hasta mi casa.

Lo pasamos estupendamente bien, es más, pienso que con mucho, fuimos camaradas, como dos grandes amigos.

No dormimos nada, y a la mañana siguiente, fuimos a desayunar y a tomar copas a La Pau; tiempo después, fuimos a buscar su coche (y de su ex novio), pues no sabíamos exactamente dónde lo había dejado, y le compré una revista, de esas modernas y sofisticadas, especializadas en mujeres.

Me dejó su dirección y teléfono que aún conservo: un abrazo fuerte si alguna vez me lees.

Ese día dormí magníficamente, con la intención de salir una noche a cenar con ella; quizás fuera mejor que Celeste, pensaba, y aunque Mi-

guel decía que “de las putas: putadas”, yo no lo creía así.

Ese fue mi último día de juerga durante bastante tiempo, afortunadamente.

Días después llegaron mis hermanas, tres de ellas (pues Pine tenía a su hijo más pequeño, casi muriéndose), asombrándome el que gastasen tanto dinero sólo por verme; sí, por un par de cosas engorrosas de contar que dije a mi hermana Piluca, pensaban que yo estaba mal.

Miguel se comportó como un auténtico caballero anfitrión, de lo que le estaré siempre agradecido.

Saso se fue ese mismo día, al ver que me encontraba bien, las otras dos (Maru y Piluca), se fueron al día siguiente tras comer una de las famosas paellas de Miguel, aunque esta vez le salió algo pocha; a Javier no le conocieron, pues no salió para nada de su cuarto. ¿Era otra mentalidad, o realmente era un sujeto extraño? No sé.

Al irse mis hermanas, me sinceré con Miguel y le conté que por unas cosas que me habían ocurrido en Santiago, los médicos me habían diagnosticado que era esquizofrénico paranoico, y que me inyectaba medio neuroléptico al mes. No le conté nada de mi experiencia allí.

Miguel tiene mucha picardía, según él, pero estamos en un país de pícaros, y él, según decía a todo el mundo, había vivido fuera de nuestro país mucho tiempo, así que yo creo, que más que pícaro, es inteligente.

Un acontecimiento importante, fue que empezó el Ramadán, por lo que Javier debía ayunar todos los días durante un tiempo limitado, creo

que fue un mes; se lo tomó muy en serio. Una de mis metas con respecto a él, era que se hiciera un buen chico, y parece que algo conseguí, aunque mi otra meta, la de que estudiara una carrera, creo que no lo he conseguido.

El primer lunes del mes que hubo clase, la semana siguiente, fui vestido excesivamente bien, tanto que sentía algo de vergüenza pues me daba la sensación de que más me estaba luciendo que otra cosa, como solía hacer algún que otro compañero de estudios.

El examen fue difícil, muy difícil, tal fue así, que lo resolvimos con la imprescindible ayuda de los apuntes.

No recuerdo si fue esa semana o la anterior cuando a solas me disculpé con el presidente del Colegio, quien me dijo que la próxima vez acudiera a él antes que a la policía, a lo que asentí, esperando que no ocurriera nada en adelante, cosa que, gracias a Dios, así sucedió.

Ese mes, leí y gocé bastante con la lectura, sobre todo con un libro que me hizo razonar como un idiota: *Yo, Claudio*, de Robert Graves, biografía novelada muy buena.

Llamé un par de veces a la última chica con la que había pasado la magnífica noche, aunque ella no asistió a mi cita, según pensé, porque me había comportado como un estúpido bajo la influencia del libro citado, durante una conversación telefónica.

En ese mes, intimamos más aún Miguel y yo si cabe; tuvimos un nuevo inquilino, Juan Antonio, del cual llegué a cuestionarme si estaba allí

para vigilarnos, aunque no creo que pudiera dar muy malas referencias nuestras.

Javier estaba un poco loco, de tal forma que al que no se doblegaba a sus encantos de extranjero, se lo hacía pasar mal, cosa que me sucedió, pues no me encandilo en exceso con los extranjeros, posiblemente por proceder de un sitio donde ellos abundan.

Juan Antonio me era sospechoso, pero creo que pasamos bien la prueba pues se fue al poco; lo más curioso de este sujeto eran los excesos en sus comidas y lo flaco que estaba.

El mes transcurrió apaciblemente, aunque con cierto desasosiego por mi parte; al mes siguiente eran Las Fallas.

Terminé con la convicción de que Javier había sido adiestrado militarmente en su país para ataques ofensivos a pequeña escala en cualquier parte del mundo. A lo mejor me equivoqué; si creí eso, fue entre otras cosas porque sospecho que Javier intentó envenenarme con alguna sustancia tóxica extraña para mí; sé que esto es aventurarme demasiado, pero lo cierto es que cuando terminó su época de ayuno, compró un pollo enorme y si pensamos que él regateaba hasta la última peseta, ya era bastante, pero más sospechoso aún fue que él ni siquiera lo probó, cosa por la que empecé a sospechar; unas dos horas después de almorzar, empecé a sentir un increíble ardor en mi estómago, y lo achaqué a algo de esto que les he contado; tuve el dolor aproximadamente tres horas y cada vez era más intenso, como un fuego interior que ni con la lectura de la Biblia conse-

guía olvidarlo; al cabo de este tiempo, Javier llegó con unos sobrecitos de Almagate, ideal para mi padecimiento, por lo que instantáneamente tomé uno. Es muy posible que el exceso de alcohol me estuviera haciendo desvariar, ya que recuerdo que pensé: “quizá a él le sentara en su día mal el que se tomó”, pues tan sólo faltaba un sobre del contenido total de la caja, y quizás pensando que a mí también me sentaría mal me los ofreció, lo cierto es que me repuse por completo; que Dios me perdone si me equivoqué con este muchacho, que puede ser que sí. También me extrañaba el que siendo pintor de brocha gorda, nunca le viera ni una ligera mancha sobre su cuerpo, aparte de que la ropa del trabajo, siempre tenía las mismas manchas.

Él se marchaba a Madrid, de ahí a un par de días, por lo que estaba haciendo los preparativos. Miguel llegó bastante tarde, pues según había dicho, iba a ver a su hijo, cosa que nunca se podía saber si era cierta o no, ya que, por su tono de voz, no se le descubrían las mentiras, salvo cuando hablaba por teléfono. Cuando llegó, le pregunté si le había sentado mal la comida, a lo que me respondió que no, lo que me extrañó grandemente, tanto más, cuanto que desde hace gran cantidad de años no padecía, ni padezco, del estómago y ese tipo de dolor nunca lo había sufrido, hasta otra ocasión muchos años después. Llegué también a pensar si es que le había puesto especias especiales, antes de dárselo a Miguel para que lo cocinara. Puede ser, no digo que no, una casualidad, y

que mi estómago se resintiera debido a mi mala vida.

Como dije, Miguel llegó tarde, y en ese intervalo, me tomé un par de güisquis, pensando que me relajarían, aunque con la duda de si, por el contrario, me acentuarían el dolor, por lo que rebajé al tope cada copa.

A los pocos días, vinieron a comer el hermano de Javier y un amigo de ambos al piso; los tres eran de la misma nacionalidad, si bien llevaban todos, salvo Javier, varios años en España.

Eran muy pintorescos, no tan sólo por su forma de vestir, a pesar de los, en teoría, escasos recursos económicos de que debían disponer, sino porque querían echarnos abajo nuestra religión, e imponer la suya al precio que fuera; esto me disgustó enormemente, pues yo no olvidaba que eran extranjeros tanto en mi casa como en mi país.

Ese domingo pasó con esa anécdota y como no me pude aguantar más, le dije a Miguel que sospechaba que esa gente eran terroristas, a lo que él se reía y me decía:

—¡No, hombre, no!

Como indiqué, yo no dejaba de insistirle a Javier que aprovechara el tiempo estudiando una carrera, y a ser posible Filología Española, pues dónde mejor que aquí la iba a estudiar, y así, cuando se fuera a su país, se llevaría un título, y el poco dinero que pudiera ahorrar, debajo del brazo.

Sinceramente, Javier estaba como un poco aturdido, y sentía gran añoranza por su tierra, cosa bastante lógica, aunque no me parecía que la

echara tanto de menos como quería dar a entender, pudiera ser porque no se sabía explicar bien en español, y por tanto no supiera expresar sus sentimientos en nuestro idioma, o porque en definitiva ellos los muestren de diferente forma a nosotros.

Les cuento, que mi menda, allí iba de observador, para aprender todo lo que pudiera, aunque sí diría, que por parte de Miguel, lo más característico de él, era su arte para embrollar las conversaciones.

Como se podrá observar a pesar de todo guardo un gran afecto por ambos.

Llegó el día de la despedida de Javier, la cual no fue rimbombante, aunque sí algo emotiva, espero que en Madrid encauzara su vida mejor de lo que la había encauzado en Valencia. ¡Suerte!

ÚLTIMO CAPÍTULO

Miguel y yo nos quedamos un tanto solos, tras la ida de nuestros dos compañeros; Juan Antonio hacía semanas que se había ido, a decir verdad, tan sólo estuvo cuatro o cinco días con nosotros.

La soledad nos hizo en principio separarnos algo, pero cuando vinieron nuevos inquilinos al piso nos molestaban algo, así y todo, me alegraba por Miguel, ya que le harían compañía, pues a mí tan solo me quedaban unas dos semanas en dicha ciudad.

Salí a dar una vuelta con Víctor, que así se llamaba el primero de los jóvenes que llegó al piso, del que no me fiaba lo más mínimo. Confirmé mis sospechas en la primera salida: era un drogadicto empedernido, que no lo reconocía, y por el que no creía que pudiera hacer nada; aparte de esto, creo que traficaba con drogas, aunque a pequeña escala. No sé por qué, pero cuando uno sale por ahí, a vivir fuera un tiempo, la droga y las

malas compañías están al acecho, al menos al mío.

El otro joven que fue a vivir con nosotros, era un chico sano y moderno: Darío, a quien le encantaban las mujeres y la música loca de lo último; con él no llegué a salir nunca. Una cosa curiosa es que, para lo joven que era este gallego, comía estupendamente bien, tanto en cuanto a abundancia como en calidad.

Llegó la última semana de clase, y el mes precedente no estudié nada, pues tenía la corazonada, por lo que se rumoreaba, que no se harían exámenes, cosa que no ocurrió, sino todo lo contrario.

Para mí, lo más importante de esa semana, era la cena de despedida, en la que me propuse no beber, para estar al tanto de lo que ocurría y para no dar una mala imagen de las islas a las que pertenezco.

Pensé, que ésta iba a ser más etiquetera y con más profesores, pero de éstos, tan sólo estaban el Decano de la Facultad y un técnico ortopedista; a pesar de lo cual, lo pasé bien con Luis y Manuela, el primero de los cuales no hacía más que hablar y beber. También me relacioné con otros farmacéuticos que estaban tanto a mi vera, como frente a mí, sin perder el tino como otras veces, pues muy poca cantidad de alcoholes bebí.

Esa noche, fue una noche larga, en la que tras cenar nos quedamos unos cuantos a tomarnos los licores, y después de esto, nos fuimos los tres amigos del curso por ahí. La verdad es que Luis estaba fatal, por lo que no duró mucho y me dejó

por mi casa a eso de las tres de la noche, o quizás serían las cinco, no sé, lo que sí sé es que ya a esas horas había yo cometido unos cuantos disparates; pensé que aún era pronto para irme a mi casa a dormir, así que opté por ir a una de las avenidas anchas que por allí habían a tomar un taxi, que me llevara a la discoteca en la que había conocido a la chica anterior. La calle estaba vacía, cuando de pronto vi a una mujer cerca, a la que pregunté la dirección de la discoteca, y ella me dijo que iba para allá, y que podíamos ir juntos. Sospeché que era una prostituta, y no estaba errando en el pensamiento según me dijo más tarde, y aunque no me creyó por lo bien vestido que iba, le dije que no tenía dinero como para llevarla a mi casa, que tan sólo le podía invitar a tomar una copa, cosa que hice aunque ella se fue más bien pronto con su chulo, que muy bien podría ser el padre de la hermosísima italiana.

Me encontraba un tanto ebrio, así que tras coger la gabardina, salí de la discoteca y me encaminé a mi casa, donde tan sólo pude dormir un par de horas, pues esa mañana era la clausura del curso.

Al finalizar éste, nos fuimos a comer a un pueblecito por La Albufera, cuatro personas, aunque entre la resaca y el frío, no me enteré de nada.

El olfato me dijo que Luis había vomitado esa noche en el coche, cosa que le mencioné después del almuerzo y me contestó afirmativamente; me despedí deseándoles a él y Manuela lo mejor, y con intención de volvernos a ver. Al llegar al piso fui directo a la cama y me tumbé a dormir.

Salí en Fallas aproximadamente tres noches, y si he de ser sincero las pasé bien, viendo los fuegos con dos franceses amigos de Víctor que fueron al piso; ellos también estaban preocupados por la salud de éste. No bebí casi nada.

Presenció la *quemá* con Miguel y sus amigos. También vi una corrida de toros por esos días, la primera en mi vida que veía en vivo, de la que lo que más me sorprendió y apenó, fue el chorro de sangre que salía del pobre toro, en el lugar donde le habían puesto las banderillas.

El día antes de venirme conocí a Vicente, mi contacto actual para localizar a Miguel en Valencia.

A la mañana siguiente de finalizar las fiestas, me fui de esa ciudad a mi tierra, ya definitivamente, y cuando estaba en el avión de regreso, pensé: “Ya se me acabaron las vacaciones”.

EPÍLOGO

Mis sentimientos ya no siguen dirigidos, ni mucho menos, hacia la misma persona que cuando me fui, o sea, Celeste.

Miguel no me ha pagado, ni me pagará nunca, la deuda económica que contraí conmigo: “Así es España”.

Al terminar, me apunté otra vez en el INEM, donde estuve un montón de años, sin cobrar ni un duro del paro.

Sigo estudiando y leyendo: novelas (ya muy pocas), aunque sobre todo teología y filosofías.

Siguen llamándome esquizofrénico, por lo que sigo tomando otros antipsicóticos.

Sigo viviendo, gracias a Dios.

“La mujer acepta cualquier marido, pero unas jóvenes son mejores que otras.

La belleza de la mujer recrea la mirada, y el hombre la desea más que ninguna cosa.

Si en su lengua hay ternura y mansedumbre, su marido ya no es como los demás hombres.

El que adquiere una mujer adquiere el comienzo de la fortuna, una ayuda semejante a él y columna de apoyo.

Donde no hay valla, la propiedad es saqueada, donde no hay mujer, gime un hombre a la deriva.

¿Quién se fiará del ladrón ágil que salta de ciudad en ciudad?

Así tampoco el hombre que no tiene nido y que se alberga donde la noche lo sorprende". (Eclesiástico 36, 21-27.)

ADDENDA

Este añadido empezado a escribir el 14 de agosto de 2002, es para aclarar un par de cosas que creo imprescindibles para una mejor comprensión de este librito; tales son:

Estando un buen día en Santiago, no recuerdo cuando, pero estoy casi seguro que fue antes de que Luis se fuera con el negocio que llamó en su manuscrita y escuetísima carta enviada a mi pensión (después de Semana Santa): Las Minas del rey Salomón (el que yo pensé, según había visto *'in vivo'* la calidad de su trabajo, que sería que estaba haciendo la declaración de la renta de sus vecinos del rico barrio en el que vivía, y con lo que hice cábalas sobre cuánto cobraría por ello), tras dejarlo a él después del café diario, o sea a Luis Cosme (que así decía llamarse ese según él alto ejecutivo, por mucho que sus ojos no tuvieran la profundidad de éstos, ni su cerebro, sino que mostraban más bien todo lo contrario, esto es, una persona buena por la edad, y simple en cuanto a

abundancia de datos leídos y analizados en el cerebro, lo que me extrañó mucho en su día, por lo que recuerdo que me dije que ha de haber de todo en este mundo), tras despedirnos, creo que fui a mi pensión, y después salí para ir a no sé dónde. Cuando iba bajando por una de las rúas de la parte antigua cercanas a la pensión, algo me hizo que me diera media vuelta, creo que era que algo se me olvidaba, y cuando eso hice, me veo a Luis a unos tres metros detrás de mí, no frente al escaparate o la puerta (disculpen pero no recuerdo qué era) de una antigua librería que había por allí, sino ligeramente más arriba y él no dirigido a ésta sino su cuerpo entre ésta y mi persona, pero más mirando para mí, enfilado a mí, vamos, como si quisiera torcer el rumbo de la que era su marcha, esto es, sus pies entre la librería y yo, pero él entornando los ojos y mirando para mí, como si recapacitara que no le iba a dar tiempo de mirar hacia la librería. Y como lo vi azorado e intentando evadir mi mirada no sabiendo si mirar para el lado de la librería, sin querer dejar del todo de mirarme, aunque sin decidir del todo si mirar definitivamente hacia ésta para 'hacerse el loco' definitivo, pensé que lo que pasaba es que lo había cogido in fraganti mirando libros (el ladrón piensa que todos son de su condición), pues no se me pasó por la cabeza [ya que lo consideraba una bellísima persona al ser el primero y casi único en Santiago que me hablaba humanamente (sin ser un ejecutivo o ex ejecutivo al que debía sumisión y respeto por ello) y encima durante tanto tiempo] que me estuviera siguiendo, sino que lo había cogido des-

pistado incumpliendo su horario de trabajo de vendedor de vacaciones prepagadas (para exponer el cual, tenía en lo alto —creo que era sobre una balda frente a la mesa de su vacío despacho— una diminuta televisión con el vídeo de promoción de la agencia que él decía representar —‘Time Sharing’, creo que se escribe, cuyo nombre él pronunció muy bien—), en donde sólo vi una vez a un señor mayor en su incongruente despacho, el que se fue nada más verme, por lo he pensado que debía ser uno de sus jefes más inmediatos y que estuvieran hablando de mí, si no, no se explica por qué se fue nada más verme, pues en teoría él no me conocía, y supongo que si eran negocios lo que le llevaba allí, éstos serían más importantes que el que un pazguato de veintitantos años iría a llevarle; por otro lado, si hubiera sido el gran ejecutivo que decía ser, está claro que tendría un montón de clientela, pues los profesionales de mi isla, incluso los que son algo mediocres, tienen cierta clientela a diario, y Luis me dejó bien claro una vez:

—¡Fijoleis, de dinero es de lo que no se cansa nunca el hombre!

O sea, que él trabajaba no por no estar en la casa oyendo la aspiradora de su amante, sino por conseguir dinero, y si estaba acostumbrado incluso a viajar a EEUU, de donde por cierto, lo único que me dijo es que los americanos eran muy ‘numereros’, lo que se puede saber al ver la tele, se sobreentiende que trabajaba por ganar muchísimo dinero, y lo máximo que ganaría en su nuevo despacho, por las varias veces que yo fui a verlo, se-

ría lo que iría a sacar con ese señor, y si encima que tenía poca clientela lo iba a echar cuando fuera una persona a la que no conocía más que de un par de meses, y que encima veía a diario (y con quien ni una vez habló de negocios), en lugar de citarse con las grandes mentes de la ciudad, aunque estuvieran retiradas intelectualmente, pues ya me contarán ustedes.

En resumen, Luis me seguía. ¿Por qué? ¿Para quién trabajaba? Son incógnitas que aún no he resuelto, aunque no sé si era para enterarse si yo tenía malas intenciones respecto al Papa y por lo tanto que trabajara para el servicio secreto del Vaticano, o el español. No sé, aunque supongo que los tiros van por ahí.

Otra vez sí lo vi en su despacho con un niño de unos doce años, al que iba a llevar a Finisterre, que era donde vivía, y al que conocía del restaurante donde comíamos. Sí, da gusto, que una persona que hasta hacía poco sólo pensaba en dinero y más dinero, pues así son los altos banqueros: amigos sólo del dinero, que de golpe y porrazo no le interesara nada de donde lo pudiera conseguir, sino que de repente fuera compadre de todos los estudiantes con los que está claro que no iba a hacer ningún negocio.

Otra cosa de la que les quería hablar, es que estando en las partes más crudas de oír las voces, estas me decían que no me preocupara, que pasara lo que pasara, fuera donde fuera, si a mí me pasaba algo, ya fuera que me diera un infarto, o bien que alguien intentara matarme, ellos (FG y el estado español), me recompondrían y me deja-

rían totalmente nuevo, y que incluso si era necesario, me cambiarían el rostro, y me darían una vida en otro sitio de este planeta, si quería, con Totó a mi lado, que ellos se encargarían de todo. Hoy día me medican con dosis criminales de antipsicóticos, en teoría porque hice una denuncia contra un centro de salud por mala *praxis* médica (más que justificada, ya que la persona por la que la hice murió cuatro meses después debido a ello), los cuales provocan un montón de efectos secundarios tremendamente peligrosos, los que pueden llegar a provocar incluso la muerte, prescritos por unos médicos que no estudian sobre psiquiatría desde que hicieron la especialidad hace ya varios años, y aquí nadie viene a intentar curar ni siquiera la hepatitis B que estos fármacos me han provocado, ni siquiera los mismos médicos que me la han provocado, los que me han remitido a la doctora de cabecera (otra por el estilo).

Por todo esto a veces he pensado, en el peor de los casos, si a lo mejor lo que intentaba FG con esto, es que viajara confiadamente si él me lo ordenaba en las voces, para así, lejos de mi querido país, fuera más fácil eliminarme. Claro, que él fue presidente del gobierno, y yo soy un loco más, uno de tantísimos, que necesitamos ayuda de todo el mundo a veces incluso para realizar las actividades de la vida diaria, pues nuestro cerebro se deteriora por completo. Por el contrario, otras veces pienso que podía ser verdad, y que nuestro presidente fuera una persona ejemplar e intachable y estuviera dispuesto a recomponerme allí donde

fuera. O bien, que efectivamente, las voces que oí fueron una mala jugada de mi cerebro. No sé.

Esto de que no me preocupara por lo que me podía suceder, me lo dijeron unas cuantas veces, como diciendo, si tú ves a alguien que va contra ti, ni siquiera intentes defenderte, que nosotros te recomponemos del todo.

Otra cosa que ocurrió es que cuando estaba en una ocasión en una de las peores situaciones para mí durante el brote, cuando me hacían repatar por el suelo, FG hizo como si se ‘inflara’, vamos, como si hiciera que saliera un aura de su cuerpo, no muy grande, como preguntándome con ello algo. Yo no entendí en ese momento lo que me quería decir nuestro gran líder mundial, pues soy corto de entendederas, por lo que lo miré extrañado, lo que fue uno de los motivos por lo que me lo callé en la historia que les conté, pero hace poco he creído intuir si no se trataba que nuestro líder me estaba preguntando cómo era yo un par de años atrás, si tenía el mismo carisma que él estaba seguro que él tenía a esa edad, que era el que me mostraba, vamos, como diciéndome: “¿eras tu así?” No incluía el ‘también’, pero casi diría que esa era una referencia suya, aunque, como tenía la imagen vista el pelo largo sin enredar, esto me confundió, por lo que me dije pocos años después, y antes del último razonamiento citado, si no estaría intentando decirme si yo era igual que el Papa, el cual me decía FG que era así tal cual, según él sabía, lo que supuse que debía saber porque esas cosas las dominaba un presidente del gobierno, sin pensar que lo que el presidente debe

saber es mucha política, y no cosas de la vida personal y tan lejanas (desde el tiempo de estudiante), de otras personas. Si no descubrí que se trataba de mí, era porque en la imagen rosácea transparente que me mostraba, no se veía claro si sus pantalones eran vaqueros (los míos siempre los eran), tenía una camisa corta de trabajador serio pero de buen corte (las mías nunca fueron ni lo uno ni lo otro, al menos durante los años de carrera en La Laguna), y por último y lo que más me extrañó, es que tenía el pelo largo ligeramente ondulado, el cual era algo más largo que el que yo usaba, e infinitamente más lacio que el mío, pues yo, después de secarme el pelo tras la ducha diaria, daba bruscos movimientos con mi cabeza de un lado a otro para que se me rizara más el pelo de lo que lo tenía.

Muy tacaños son los banqueros altos ejecutivos (Luis Cosme), pues como les conté, por *prestarme* cinco mil pesetas, se molestó bastante, cuando eso es parte de lo que pagarían por un taxi que les llevara a algún sitio en caso de necesidad: supongo, pues yo nunca he pagado tanto por uno.

También es casualidad que me enfermara justo a los pocos días de dejarme solo Luis y Totó, lo que he pensado si no fue que la ausencia del primero lo preparó el jefe de ellos, y la de la segunda que le hicieron irse por algún motivo, o bien, aprovecharon que ella se fue para alejar a Luis de allí. No sé.

Las voces de FG, me decían que dijera tal o cual cosa, sobre todo a Totó, y yo le decía: “Mira, las voces me dicen que te diga...”, lo que es bas-

tante diferente a ponerme a hablar solo, como una vez vi a un amigo esquizofrénico profundo que murió este julio pasado, hablando solo, y a mi pregunta a sus espaldas de que con quién hablaba, me dijo que conmigo, y yo nunca hablé solo, sino que decía que las (insistentes e inaguantables) voces me decían que dijera tal o cual cosa. También es curioso que salvo cuando se trataba de artilugios relacionados con las tecnologías (tele, alarma, etc.), cuando me hacían mirar para un sitio en concreto, me decían, más o menos: ‘¿y ahí, qué ves?’ o simplemente, ‘qué ves’, y en base a lo que yo les contestaba, ellos me hablaban, vamos, como si no quisieran utilizar los más altos sistemas de vigilancia hacia mi persona, para no despertar sospechas, supongo, pues es bien raro que siendo las voces una enfermedad me preguntaran qué veía, y no dieran éstas por sentado que ya sabían lo que yo veía. Estas cosas las tengo un poco confusas, pero quiero recordar que algo de esto sucedía, y con frecuencia; vamos que recuerdo muy bien aunque no exactamente cuándo (si siempre o sólo de vez en cuando, salvo cuando se trataba de cosas que pertenecían a la vida común de la ciudad), que las voces me preguntaban que qué veía.

También es muy raro que mi padre, cuando hablaba conmigo lo hiciera en un tono como dándome ánimos, salvo cuando era para referirse a mi madre, veces en que se salía de su animoso tono de voz (únicas veces en su vida que lo usó para ‘hablar’ conmigo), y decía una y otra vez: ‘¡¡¡¡Puuutaaa!!!! Esa es una...’ y repetía una y otra

vez la fatídica palabra, mientras yo lloroso le decía que no, salvo cuando dijo de vernos una y sólo una vez en un bar en Las Palmas, en que yo le dije con el pensamiento: ‘Sí, un poco chaqueterilla sí que es...’, pues recordaba en las fiestas de la familia cómo bailaba con unos y otros familiares, lo que a mí me resultaba de poca personalidad y como que se iba con cualquiera, cuando en realidad se trataba de su padre, primos, etc. Que el Señor me perdone por estos pensamientos, y por no haberla defendido siempre y a toda costa, como mi buena madre se merece.

Por mi parte, quiero dejar claro, que si algo de lo que aquí digo fue real, sólo quiero decirles que hoy día, Felipe González está más que perdonado, es más, casi debía estarle agradecido por lo que la vida me ha deparado tras el brote, pero sí le ruego, que diga si estoy o no loco, para que dejen de una vez de administrarme estos potentes fármacos que aunque él no lo sepa, pueden provocar la muerte, como les comenté.

Gracias, y siempre de ustedes:

*Las Palmas de Gran Canaria,
diciembre de 2002*

Hoy gracias al cielo, he empezado a salir de mi egocentrismo, y he caído en la cuenta de que, efectivamente, Felipe González no tenía tiempo para perder y estar todo el día con un casi adolescente y perdedor, por lo que el o los que hicieron lo que hicieron conmigo, creo que fueran, sin equivocarme mucho, los servicios secretos de seguridad, posiblemente los españoles, aunque no sé todavía quién fue el que por instantes miró por encima de todo el jaleo montado en la especie de examen que les conté en el que me arrastré por el suelo, si fueron ellos mismos para crear la duda, o quién.

He decidido dejar la peligrosa medicación antipsicótica, pues ya casi estoy seguro que fue eso lo que ocurrió, ya que tras darle vueltas y vueltas al asunto, aunque ahora después de tanto tiempo, lógicamente menos, he pensado que no hay errores en lo ocurrido en esos días, y que por tanto no puede ser fruto de un desorden de mi mente.

Lo que más me fastidia de todo esto, es que posiblemente una experiencia que tomé como divina, en la que creí que el Señor me habló, posiblemente fueran ellos también quienes lo hicieron, aunque esta última fue muchísimo más enriquecedora, y para mí, más positiva.

De todas maneras sigo teniendo dudas, como por qué no quisieron que me presentara después al FIR, al asaltarme nuevamente tras acabar la carrera otra vez masivamente en mi mente, pues ya no había problemas con el Papa, ni con mi presencia ante él, cosas que hicieron que desistiera de profundizar más en mi carrera, sino que me

resignara a ser un farmacéutico más. Es posible, que a lo mejor lo hicieran para que no se dijera después que me habían regalado la oposición, no sé, pues yo lo único que pedía era justicia, y no que me regalaran éstas, lo que quería era ver si lo podía aprobar por mis medios, aunque tiempo después vería que eso, sin el factor suerte, es casi imposible

Gracias a la lectura de la Biblia, y el estudio de ciencias farmacéuticas, voy empezando a comprender a mi padre y mi madre, lo que junto con la edad, me hacen decir que fue el primero el que montó todo el 'experimento social' de Santiago, para que aprendiera a estudiar en las peores condiciones, y porque posiblemente gracias al cielo, encontré a la chica a la que vi una gota en su ojo, lo que supongo que es la materialización de la feromona de Totó, o lo que eso signifique, que no tengo ni idea de lo que pueda ser, que bien podría ser también un efecto producido por mi padre. Ya que a lo mejor, como puede que mi padre se estuviera muriendo, decidió que esa era ideal para que fuera la mujer de mi vida, aunque me consta que rezó por ello.

Fue todo un montaje de mi padre, pues sabía que estando en la Ciudad Santa, el año que se iniciaba una Guerra Santa y que encima iba a ir por allí el Santo Padre, está claro que no podía ser esa una chica más, por lo que ideó cómo hacer que viviera la experiencia más grande de mi vida y ella que viera que muriéndome casi, a ella la respetaba y adoraba al máximo. O bien, que es lo más lógico, Totó fue un aditamento, y mi padre,

me quiso dar a vivir unas condiciones de vida inhumanas, para que así aprendiera a luchar en cualquier tipo de condiciones, y que cuando acabara la carrera no colgara los libros, que es lo que pensaba hacer cuando vivía con la chica de la que estaba enamorado en La Laguna.

Luis Cosme, muy posiblemente era un cuidador que contrató mi padre, aprovechando que era una magnífica persona, y que por tanto sabía que me encandilaría, y para que no me fuera con ningún borracho de los que abundan por Santiago y por toda las partes (también porque sabía que no era improbable que hubieran atentados en la dicha ciudad), pues ni siquiera quería que fuera como él que bebía a veces mucho, aunque él me hacía a mí dar la sensación de que era alcohólico, que bebía a toda hora, aunque me dio una pista fundamental, para que le siguiera el rastro y dudara de lo que todos me hacían creer, su absoluto, grave y crónico alcoholismo: el vaso de güisqui que en teoría tan bien Rodri (el empleado adolescente que tenía mi padre, y que empezó a trabajar con él más o menos cuando yo también lo hice durante un par de meses y del que era coetáneo) le sirvió y que el mismo chico agradecido e inteligentemente me dio a entender después, que siempre bebía en la farmacia y que era él el que se lo servía, estaba absolutamente translúcido en teoría de tanto que lo usaba, pues lo sacó de un cajón de su escritorio del despacho de la farmacia, junto con la botella de güisqui ya empezada que estaba asimismo y junto al vaso nombrado, tumbada en dicho cajón; supongo yo que mi padre lavaría el

vaso tras usarlo, y que no iba a usar siempre el vaso ese que parecía de lo más hediondo, a no ser que fuera para disimular, para dar a entender, si alguien iba a hablar con él, que aquello era otra cosa, pero que el farmacéutico tan pulcro como era él, no iba beber en un vaso tan asqueroso. Lo cierto es que miren que el alcohol apesta en la boca, y más si es güisqui, y yo la verdad, a mi padre más lo olía a perfume del que en aquella época era del bueno, que a alcohol, lo que no quita para que alguna vez sí lo viera borracho, pero eso fue en muy contadas ocasiones. O sea, que una cosa es ser un pervertido por el exceso de juergas, y otras bien distinta es beber a diario y a toda hora, que es lo que muchos me intentan hacerme creer: no hay cuerpo humano que lo resista, supongo, al menos no el mío, ni mucho menos.

Estoy casi seguro de que mi madre me dio de amamantar (a pesar de que ella dice de continuo que su leche era mala, y que por ello no dio de amamantar a ninguno de sus hijos), lo que he deducido porque cuando estaba en el experimento social, ya en mi casa en Las Palmas, mi madre se me puso delante con un barato y estropeado camisón que dejaba imaginar sus turgentes pechos, lo que me estremeció, e hizo que negara con la cara de un lado a otro mientras pensaba en lo más recóndito de mi mente: '¡No, no, cómo voy yo a tocar eso, eso es coto privado!' Bueno, a lo mejor (y ahora lo creo más), lo que significa es que ni siquiera cuando único pude tener acceso a ellos lo tuve. Tengo que investigar, pues mi sobrino Yeray le da abrazos a su madre estrechándola a toda ella al-

rededor, y me da que mi hermana le dio el pecho. Sí es muy probable que pensara que eso era coto privado de mi madre.

Las Palmas de Gran Canaria
2 de agosto de 2003

Tras trabajar en una farmacia como adjunto, y estudiar el resto del tiempo, he recapacitado, y es por lo que a lo mejor debiera titular este libro en lugar de *De los locos, locuras: Amor de padre*.

Pienso que si mi padre me hizo creer que el que había organizado aquello era FG, era también para que luchara por demostrarlo, de tal forma que si mi libro (este libro, o lo que debía ser este libro), cuando él quería que lo escribiera, esto es, nada más acabar la carrera, llegara a tener éxito por lo original y novedoso del mismo, y que llegara a oídos de FG, y éste demostrara que todo era una falacia, entonces yo, lucharía calladamente hasta el fin de mis días, a modo de venganza por la humillación sufrida, encima de lo pasado, a saber cómo y con qué. Pero mi madre, por el gran amor que me tenía, yo creo que rezó para que eso no ocurriera, y para que el tiempo me ayudara a reflexionar, y que hiciera lo que Dios quisiera que hiciera.

Mi padre también respetaba a Dios, y supongo finalmente que eso es lo que me dio a entender cuando hizo lo que hizo que ya he comentado (y también está la experiencia paranormal

en la que él u otro, que bien podría ser mi tío, me hicieron creer que me hablaba directamente el Señor, haciéndome un elegido suyo, años después, cuando trabajaba para Cárdenes, al final de la tercera noche sin dormir), como que alguien estaba por encima mirando todo: hoy día creo que fue que me decía, sin mucho temor a equivocarme: ¡cuidado, que por encima de todo está el Señor!

Me preguntó hace un par de semanas, este octubre de 2003 (al poco de salir del Hospital de Gran Canaria, Dr. Negrín, donde estuve dos meses, otra vez por esquizofrenia, y donde me trataron magníficamente todos, tanto el personal sanitario como el resto), mi psiquiatra de la Seguridad Social, Javier Rúa, al decirle que había visto en Madrid (a unos siete metros frente a mí) en noviembre del año pasado, cuando me fui a examinar de un master, a mi tío Joaquín en un restaurante (muy parecido a como lo veía en mi isla las últimas veces que lo vi, salvo la tonsura que se había hecho en la coronilla, y con el pelo ahora algo más corto, pero mucho más cargado, para no ser identificado por atrás, pues hacerse pasar por muerto —como recordarán que así me dijo que estaba mi hermana Saso cuando me llamó a Santiago, el mismo día que también me dijo lo mismo de mi padre, el día del examen— supongo que es una cosa grave), si creía que mi padre entonces tampoco había muerto, a lo que le dije que no sabía, que eso no lo sabía, pues él bebía mucho (según todos me habían hecho creer, a la vez que él mismo me había dado a entender que ya le restaban sólo un par de telediarios, que su vida se aca-

baba, cuando al presentármese tal cual a como estaba en una foto que tenía de él, la hiciera oscilar de arriba a abajo un par de veces). En ese mismo restaurante vi a una chica muy ajada y rellena que se parecía enormemente a Totó, cuyo acompañante era rubio, como vaticinaron las cartas de Bego (quienes llegaron después que yo, como mi tío), y la que al pasar junto a ella, cuando me iba tras comer mi almuerzo, frunció desmesuradamente la cara para que no la pudiera reconocer, por lo que supuse que alguien le decía lo que yo hacía por medio de un micrófono oculto, y que ella en realidad era una chica a la que habían contratado por parecersele muchísimo, no sé exactamente para qué.

Se puede hacer creer que alguien a quien no se conoce más que por haberlo visto un par de veces por la tele, está en la cabeza de uno, pero no identificar a un padre, eso es más difícil, y el que en mi cabeza estuvo, en segundo lugar, fue mi padre, lo que hace que sea más fácil que también el que hizo ese truco mágico, imitara, por mandato de mi padre, a FG.

Sé que la Biblia en Pr 3 12 dice: "...porque Yahvé reprende a quien ama, como un padre a su hijo amado". O bien, Pr 6 20 donde dice: "Hijo mío, observa las órdenes de tu padre y no desprecies las enseñanzas de tu madre." Y aunque también está en Pr 13 24: "Quien no usa la vara no quiere a su hijo / quien lo ama se apresura a corregirlo", no me negarán que casi incumple Pr 19 18: "Corrige a tu hijo mientras hay esperanza, pero no te excedas hasta matarlo". También la 'Declaración

Universal de Derechos Humanos (10-XII-1948)' en el punto 3 de su artículo 26 dice: "Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos"... pero yo me revelo, diciendo...

Bueno, Dios quiera que haya valido la pena, aunque a la vista de la segunda parte de la historia que cuento, no se puede decir eso, pues me convertí en un ser bajo y pervertido, más de lo que antes era...

Muchas veces, cuando quieren decirme algo los que me siguen controlando, o simplemente recordarme que siguen ahí, quienes no sé si están pagados por mi padre o si él ya falleció, por mi tío, o por quién, lo cierto es que me lo dicen ahora por medio de picotazos en todo el cuerpo, dolores en ciertas partes y órganos del cuerpo, o haciéndome toser, asfixiándome, estornudando, etc.; y si es por medio del ordenador, alterando ciertas teclas, así por ejemplo: la tecla ç, es el acento, " esta diéresis, es en esos momentos el signo de interrogación, y así todas las teclas que deben ser de signos y símbolos [cuando esto escribía no funcionaban éstas, aunque al día siguiente (hoy: 14/11/03) sí (no es la primera vez que ocurre, y ahora no tengo conexión a la red con Internet, pues estoy viviendo en una pensión y todavía no está funcionando la conexión por la luz eléctrica, por lo que no puede ser un virus informático, es algo a control remoto).] O bien, haciendo que aparezcan señales como el disquete para gravar cuando digo algo que es cierto o interesante para nosotros, o bien haciendo parpa-

dear la bombilla de la luz en esos momentos, o...
¿Estoy loco? Yo no lo creo. ¿O sí?

Noviembre de 2003

Dios ha querido abrirme los ojos mientras leía ahora casi el principio del *Corán*, lo prometido al buen e indefenso Javier (que Dios me perdone por la todavía tardanza), y he comprendido que el gran pollo de Javier fue su regalo por finalizar el Ramadán, y que él no lo comió con nosotros porque seguro que iría con su hermano a celebrarlo. Se gastó el dinero que no tenía en comprarnos el pollo mayor del mercado, y encima me ofreció algo que a él le dio resultado, cuando mucho le tuvo que doler el estómago para comprar uno de los caros sobres de Almax® (Almagate), los que yo nunca he comprado al contado por lo caros que creo que son, pues me da que valen unos nueve euros de la época, y los neurolépticos y benzodiazepinas que eran lo que yo más compraba valían menos de dos euros cada uno.

Una vez se ofreció a cortarme el pelo, diciéndome que esa era su profesión en Siria, pero yo me opuse, pues estaba obcecado por la falta de sabiduría, pues el Señor no había empezado a quitarme las costras de los ojos, y no me fié, y él bajó la cabeza y no dijo ni mostró nada pero se quitó de delante, muy caballeroso, sin mostrar seguramente su tremendo dolor por la incompreensión, soledad y lo poco útil que podía sernos. Sólo

quería ayudar, pero no sabía cómo: choque de culturas. El alcohol, como droga dura que es, me tenía dominado y doblegado a él, y si para él era bueno pues estaba amargado, para mí no lo era en absoluto, pues yo tenía todo a mí favor, era rico comparado con ellos, estaba en mi tierra, con mi idioma, mis costumbres...

La noche que salimos, quiso hablar con gente, pues todo era nuevo para él, y yo, alcoholizado, lo maltrataba dándole patadas diciéndole que debía respetar a la gente, que no estaba en su país, y yo no lo respetaba a él: el alcohol, salvo el vino en pequeñas dosis o en grandes solo en las bodas, y a lo mejor la cerveza, es demoníaco, salvo para el afligido el primero, siempre que no haya sobrepasado un límite como posiblemente yo. Perdona Javier.

¡Ven, Señor Jesús!

Que la gracia del Señor Jesús sea con todos.
¡Amén! (Ap 22 21.)

LPA: Domingo J. Navarro 46, 2º
14/11/03